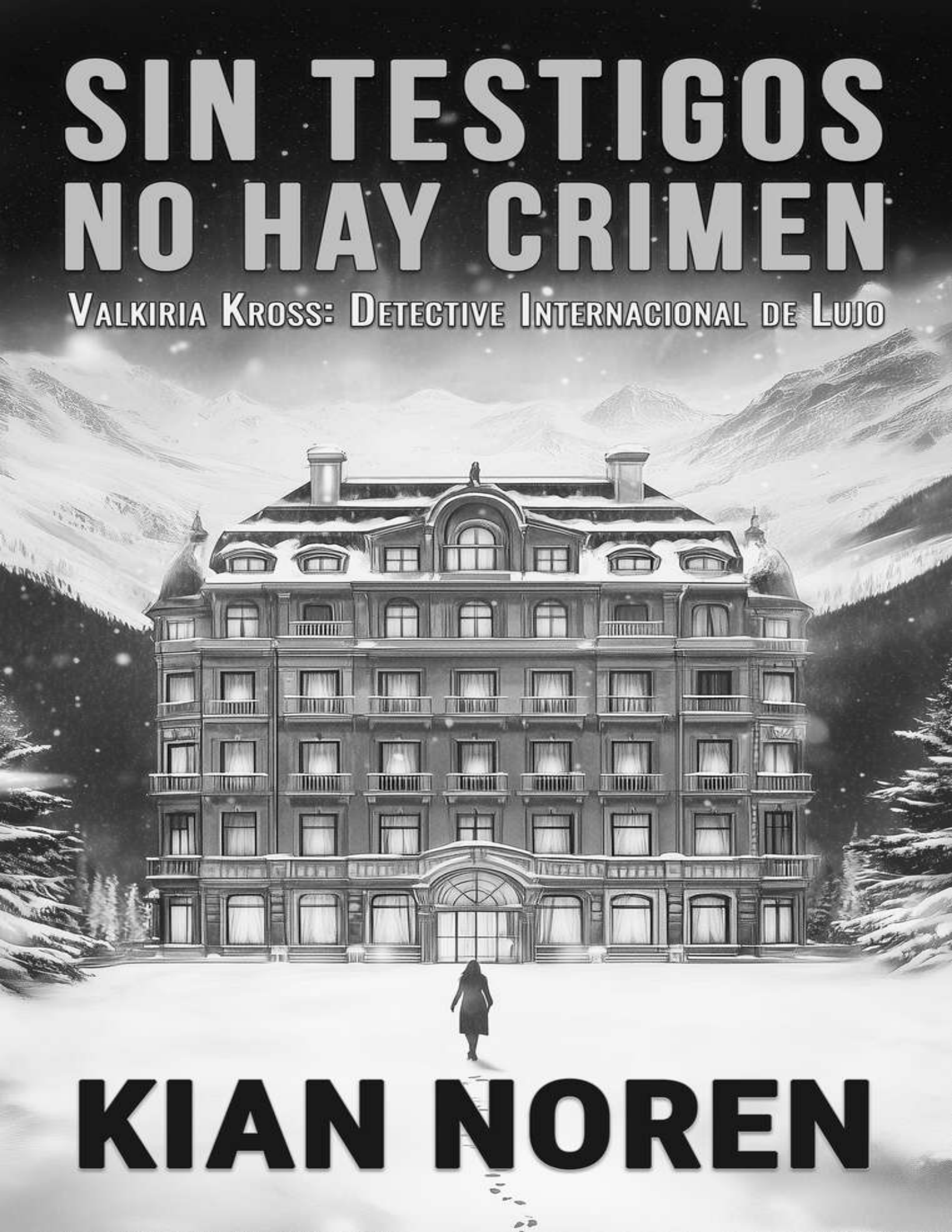
SIN TESTIGOS NO HAY CRIMEN

Valkiria Kross: Detective Internacional de Lujo



KIAN NOREN

SIN TESTIGOS NO HAY CRIMEN

Valkiria Kross: Detective Internacional de Lujo

KIAN NOREN

Sin Testigos no hay Crimen — Valkiria Kross 1
© Kian Noren, 2025
© Alejandro Quijada, por la corrección
ISBN: 978-84-09-74438-1
Todos los derechos reservados para Kian Noren.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación y otros métodos sin el permiso previo y por escrito de este autor. Quien infrinja estos derechos podrá ser sancionado por la Ley.



VOROS
Studios

En la vida, debemos elegir nuestros remordimientos.
—Christopher Hitchens

1

A los ocho años descubrí que mi mente no funcionaba como la de los demás. Si mi cerebro no ocupa su atención en algo, si no enfrenta un desafío, se convierte en un reloj sin manecillas, consciente de su propia inutilidad. Necesito una estimulación constante, y nada me activa más que un misterio sin resolver.

A los catorce supe que ser detective privada era una profesión real: un trabajo en el que la creatividad y la astucia eran clave para resolver problemas ajenos. Infiltrarme en casas, disfrazarme para pasar desapercibida, seguir a sospechosos por callejones oscuros… Todo eso sonaba emocionante. Era lo que necesitaba para mantener mi mente ocupada y alejarla de pensamientos más oscuros que nadie debía conocer. Pero la realidad, como siempre, era otra muy distinta.

Llevo los últimos treinta minutos rebuscando en la basura. No es por necesidad, y desde luego que tampoco por afición. Es el aspecto del trabajo de detective que nunca mencionan en la descripción del puesto.

Investigo a Hugo San Honorio, un empleado modélico. Es proactivo y resolutivo, o por lo menos lo era. Dos semanas atrás pidió una baja por depresión para sorpresa de sus compañeros y, en especial, de su jefe. Trabaja en una startup con empleados de edad media inferior a los treinta, donde hacer jornadas de doce horas porque «quieres cambiar el mundo» es lo aceptable. Que de un día para otro un empleado pase de ser tu mayor activo a un salario que debes seguir pagando sin que siquiera pise la oficina, no es fácil de digerir.

A pesar de que San Honorio llevó un justificante de un profesional que avala su estado, el jefe sigue reticente. La semana pasada contactó con la agencia de Detectives Fabra para investigar la veracidad de la baja. Yo llevo los últimos cinco días vigilando su casa. La tarea de seguir a la gente sí que era cierta en el trabajo de investigador, pero rara vez mencionaban lo que eso realmente implicaba: quedarte sentada durante horas mirando una puerta sin

que ocurriera nada. Hugo no había salido de su casa en las últimas ciento veinte horas, o por lo menos era así hasta treinta minutos atrás, cuando por fin apareció para tirar la basura y regresar a la cueva a la que llama hogar.

¿Conoces esa sensación de repulsión al necesitar sacar algo de tus propios residuos porque lo tiraste por error? Ahora imagina tener que hurgar meticulosamente en tres bolsas de desechos que ni siquiera son tuyas. Es como si me hubiera convertido en una versión retorcida de mí misma, alguien que se alimenta de la miseria de otros para no enfrentarse a la suya propia. Eso es lo que llevo haciendo los últimos ochocientos segundos, y hablo en segundos porque así de lento pasa el tiempo. Al menos, si fuese a servir para algo, estaría satisfecha. Pero lo único que he encontrado hasta ahora son los restos de la comida a domicilio que ha pedido en la última semana, unos calzoncillos rotos y usados —que lógicamente no están lavados, porque, ¿quién lava la ropa antes de tirarla?—, y unos rotuladores de pizarra gastados.

Tras ocho meses como detective privada, mi visión del trabajo es mucho más realista. Solo necesito dos palabras: estar sentada. Esa era la esencia de mi día a día. Pasaba horas de seguimiento en el coche; en un banco o en la terraza de una cafetería observando una ventana; en un bordillo hurgando en la basura de un desconocido; y, por último, en la oficina redactando un informe sobre todo lo que había visto mientras estaba sentada en los lugares ya descritos.

Al pensar en lo que he sacrificado para estar aquí, la sangre me hierve. Porque no es solo trabajar para una agencia mediocre y recibir encargos patéticos como hurgar en la basura de un tipo cualquiera. Es que para llegar a este punto he tenido que romper la única promesa que me hice cuando me fui de Valencia: no volver jamás. Me lo repetí tantas veces que llegué a creérmelo. Marcharme era empezar de cero, dejar atrás el pasado y convertirme en alguien mejor. Pero aquí estoy, de vuelta, como si todo ese esfuerzo no hubiese significado nada. Como si cada fracaso me arrastrara de regreso a esta ciudad que nunca dejó de ser una herida abierta.

Si la paga fuese buena, al menos tendría un consuelo, pero a raíz de los estratosféricos precios de alquiler de la ciudad, ni siquiera me

puedo permitir una buhardilla enana para mí misma. Vivo con tres estudiantes borrachos cuyo pasatiempo favorito parece ser recrear asaltos domiciliarios. Cuatro noches a la semana vuelven a casa a las tantas y simulan un robo. No lo hacen a propósito, claro, pero entre el alcohol y la falta de neuronas, el realismo es preocupante.

Si mi ocupación me da poco dinero, me deja todavía menos tiempo libre. En la profesión de detective privado sabes cuándo empiezas, pero nunca cuándo acabas. Las horas fuera del trabajo las uso para dormir, el único lujo que me puedo permitir, y para ir a escalar, la razón por la que mantengo un cuerpo atlético a pesar de que mi trabajo consiste en «estar sentada».

Es posible que entonces te preguntes por qué sigo aquí. Esa es la misma cuestión que no deja de bombardear mi mente en las últimas semanas. Una incógnita que continúa sin una respuesta definitiva.

Cansada de caer una vez más en el mismo pozo mental de siempre, devuelvo mi atención a la tarea. Saco las últimas cajas de la tercera bolsa. Solo me sirven para confirmar que Hugo San Honorio está obsesionado con una cadena de comida mediocre que disfraza un simple bol de arroz con dos trozos de pescado crudo como si fuera alta gastronomía. Quizás trata de combatir la depresión con una sobredosis de mercurio.

Me pongo en pie y estiro la espalda. Después de treinta minutos encorvada, mis articulaciones se sienten como unas bisagras oxidadas rechinando con cada movimiento. Vuelvo a poner la basura en sus contenedores originales y me deshago de los guantes que he usado. Me costará mucho más deshacerme del tufo que emana de mis brazos.

Saco el móvil del bolsillo, intentando que mi piel no toque nada de ropa. Entonces veo una notificación de mi hermano:

Salgo ya de casa, llego al restaurante en 40 minutos.

El mensaje se envió hace quince minutos. El trabajo es monótono y aburrido, pero tiene una forma asombrosa de absorberte. Sin darme cuenta, ya es mediodía y he olvidado por completo la comida con mi hermano.

Abro la conversación de hace dos días y pulso sobre el nombre del restaurante. Ni me planteo pasar por casa a ducharme: ya voy justa llegando directa. Al parecer, me toca presentarme a comer oliendo a basura.

2

La elección de Max era un restaurante en el barrio del Carmen, un pequeño local escondido en un callejón estrecho, pensado para los turistas que se pierden y los valencianos que saben dónde encontrar un buen arroz.

Aunque estamos en pleno marzo, el invierno en esta ciudad apenas pide una chaqueta fina, sobre todo en tardes soleadas como la de hoy. Al llegar al restaurante, veo que mi hermano ya me espera en la terraza. Un alivio, así al menos el viento puede ayudar a disimular el olor que todavía llevo encima, pese al medio litro de desinfectante que me he echado.

—¡Val! —dice Max cuando me planto a su lado.

Nos abrazamos con fuerza, intentando borrar los años de silencios y errores, fingiendo por un momento que aún somos aquellos adolescentes inseparables que lo compartían todo. Pero al apartarnos, lo siento: lo que nos unía ya no basta. La distancia entre nosotros es demasiado grande.

—¿Por qué hueles tan mal?

—Gracias, yo también me alegro de verte. —Max me devuelve una sonrisa risueña, pero sus ojos siguen clavados en mí—. Gajes del oficio, vengo de rebuscar en la basura de un sospechoso.

—¿Realmente se hace eso? ¿Hoy en día no hay lugares más modernos de donde sacar la información?

Suelto un resoplido. El noventa y cinco por ciento de mi vida lo ocupa mi trabajo, en esa comida es de lo último de lo que me apetece hablar. Parece que mi hermano lo percibe y trata de rebajar un poco la tensión.

—Sigues sin tener pinta de investigadora.

Me rio entre dientes ante su comentario.

—Justo de eso se trata, hermanito. Si fuese con una gabardina y un sombrero fedora no pasaría muy desapercibida, ¿no crees?

—No me refiero a eso. Eres demasiado alta y guapa para ser detective.

Esa respuesta, que cualquiera interpretaría como un cumplido, me

molesta. Jaume Fabra, mi jefe, me dijo lo mismo cuando me vio por primera vez en la agencia. ¿Qué podía hacer yo si había heredado el metro noventa de mi padre y solo un poco de la baja estatura de mi madre? Lástima no poder elegir qué heredar; de él preferiría no llevar ni un centímetro encima. Tampoco era mi culpa tener un rostro con una mezcla intrigante de rasgos caucásicos y asiáticos. La heterocromía de mis ojos era el toque final, un imán para miradas que jamás había deseado. Ser guapa no basta, también tienes que querer serlo. Y yo nunca lo quise.

—¿Cómo va la universidad? —digo cambiando de tema sin mucho disimulo.

—Este año más tranquilo —responde con la despreocupación de quien tiene como mayor responsabilidad asistir a clase todos los días y no ir con excesiva resaca a los exámenes—. Ya estoy en el último cuatrimestre de la carrera, así que solo me quedan optativas sencillas. Aunque el proyecto de fin de grado me roba un montón de tiempo.

Mi estrategia funciona y nos pasamos la siguiente hora hablando de él. Max tiene cuatro años menos que yo y se encuentra en un punto decisivo en su vida, el problema es que no lo sabe. En unos meses, cuando se dé cuenta de que con un grado se tendrá que matar a trabajar para mantener un estilo de vida mucho más puñetero que el de un estudiante, valorará lo que ahora mismo tiene.

Continúa hablándome sobre Sofía, una chica que lleva viendo durante tres meses. Yo le pregunto por qué no sabía de ella antes y es cuando me doy cuenta de que ha pasado casi medio año desde la última vez que nos vimos, a pesar de que vivimos en la misma ciudad. Ni siquiera coincidimos en Navidades, cada uno de nosotros las pasamos con un lado diferente de la familia.

Cuando se llevan la paellera, limpia hasta el último grano, el rostro de Max se ensombrece, como si hubiera estado esperando justo ese momento para abordar un tema pendiente. Sin preámbulos, deja caer la conversación que hemos esquivado durante toda la comida, la que siempre evitamos.

—Papá regresa a Valencia en unos meses. ¿No crees que es

momento de que vuelvas a acercarte a él? Ya ha pasado suficiente tiempo desde lo de mamá.

Pego un pequeño bote en mi asiento. En parte por lo directo que ha sido, y también por su última frase. «¿Ya ha pasado suficiente tiempo desde lo de mamá?», pienso con una voz interior capaz de invocar a los mismísimos demonios. ¿Acaso no se acuerda de lo que hizo nuestro padre? ¿Suficiente tiempo? Ni en mil vidas habría transcurrido el tiempo suficiente para olvidar lo que ese hombre hizo.

Trato de respirar con profundidad y mirar mis pensamientos con distancia. Pienso en las palabras de Katagiri, el monje budista que dirigió el retiro de silencio que hice durante doce días en una montaña japonesa: «Quien te enfada te domina». Luego vuelvo la mirada hacia mi hermano y la imagen de Katagiri se desvanece, pero la ira permanece intacta. Está claro que años sin meditar tienen sus consecuencias.

El camarero nos interrumpe, ajeno a nuestra tensión, y sirve una tarta de queso con una pinta espectacular. Ni la apetecible cremosidad de ese manjar consigue sacarme de mi turbación.

Max se moja los labios, parece dispuesto a romper el silencio. Antes de que prosiga con una barbaridad que me enfurezca todavía más, elijo las palabras menos agresivas que tengo en mi cabeza:

—Cuando mamá murió, me cambié de nombre y renuncié a la nacionalidad española de padre para adoptar la de ella. Llevo casi seis años sin hablar con él. Se dio por vencido hace tiempo. Lo sé porque ya ni siquiera se molesta en llamarme. Solo manda dos mensajes al año: uno en Navidad y otro en mi cumpleaños. Considerando que nací el 5 de enero, eso significa que durante once meses y medio ese hombre no existe para mí. Lo prefiero así. Es más sencillo ignorarlo cuando su presencia se limita a unas pocas palabras insípidas en la pantalla del móvil.

»Claro que, como siempre, él busca la manera de salirse con la suya. Si no puede acercarse a mí, intenta corromperme con obsequios disfrazados de oportunidades. El año pasado, cuando estaba a punto de terminar la carrera, recibí una oferta de trabajo de Clave 22, la agencia de detectives más importante de España.

Sonaba a cuento de hadas: quedarme en Barcelona, mantener a mis amigos de la carrera, entrar en el mejor lugar posible. Pero había un problema. Un detalle que lo arruinaba todo. Esa oferta fue cosa de padre. Con sus malditas influencias y juegos de favores, se aseguró de que quisieran contratar a una novata que ni tenía la titulación todavía.

»En vez de aceptar su ayuda, me mudé a Valencia. Justo la ciudad a la que juré no volver jamás. Y acabé trabajando en una agencia mediocre que se alimenta de novatos como yo para explotarlos. Pero al menos era mi decisión, mi fracaso.

»Así que, Max, créeme cuando te digo que da igual cuántos años pasen, ni cuántos intentos haga por arreglar lo irreparable. El daño ya está hecho, y nada podrá borrar lo que le hizo a mamá.

Mi hermano no habla, no hay nada que pueda decir. Cuando cojo una cucharada del postre él me imita. Así, en silencio, terminamos la comida. A los pocos minutos traen la cuenta. Yo soy la adulta que tiene nómina. Pero entre ese sabor tan amargo del final de la comida y el hecho de que seguramente él tiene más ingresos que yo debido a la paga de nuestro padre, divido el coste.

Nos ponemos en pie y echamos a andar hacia el río.

—Está bien, Val —dice Max por fin, tras unos minutos de paseo—, me duele que no quieras acercarte a papá, pero respeto tu decisión.

Se para en seco y me ofrece la mano, como si fuésemos a cerrar un trato de negocios. Sonrío ante las ocurrencias de mi hermano pequeño y la aparto para fundirme en un fuerte abrazo. Cuando nos separamos entrecierro los ojos y suelto varios estornudos que no puedo aguantarme.

—¿Sigues estornudando tres veces seguidas? —pregunta entre risas.

—Lo dices como si fuese una elección propia. Soy incapaz de estornudar solo una vez.

Emprendemos la marcha de nuevo. Max retoma la conversación al llegar a un semáforo.

—¿Has dicho que te tienen esclavizada en el trabajo?

—Sí, aunque es lo normal. He hablado con otros amigos de la carrera y no soy la que peor está de todos. Supongo que es cosa del

oficio. Es una profesión muy sacrificada.

Max frunce el ceño, pero no añade nada. Una vez más, en mi cabeza surge el mismo pensamiento que quiero sacarme de dentro desde que nos hemos visto. Después de que apareciera mi padre en la conversación tenía claro que no iba a decirlo, pero con nuestra reconciliación tan rápida, estaba dudando. Vacié el aire de mis pulmones en un suspiro que destensó mi cuerpo y hablé. A fin de cuentas, si no se lo decía a Max, ¿a quién tenía para contárselo?

—Llevo meses dándole vueltas a dejar todo e irme a Singapur. La tía Suyin dice que podría trabajar en el negocio familiar. Ganaría bastante más que aquí y viviría con ella y el primo Sheng. Bastante mejor que compartir piso con los tres estudiantes con los que estoy ahora.

Max no responde de inmediato, ni siquiera reacciona ante mi bombazo. Sigue caminando con el rostro circunspecto. Permanece así hasta que el semáforo en el que estamos parados se pone en verde, como si esperase su confirmación.

—Pero si tú siempre has querido ser detective. De pequeños yo no tenía espacio en la estantería porque tus libros de Sherlock Holmes, Agatha Christie y Thomas Harris acaparaban todo. Hasta los diez años no salías de casa sin tu lupa, aunque el único que le dio uso fui yo, para freír hormigas al sol. Cuando a los catorce años te dije que esa profesión no existía, que solo estaba en los libros y en las películas, te pusiste tan triste que mamá te tuvo que llevar a la universidad para demostrarte que hasta había un grado llamado Investigación Privada en la Facultad de Criminología. Nunca he visto tanta ilusión en tus ojos como en esa tarde. Realmente ahora, que te has convertido en lo que siempre has querido ser, ¿vas a dejarlo para conformarte con ayudar a la tía Suyin?

Bajo la mirada, como si esa niña de la que Max habla estuviese delante de mí a punto de echarse a llorar. Entonces aprieto los puños y elevo el mentón.

—Tú mismo lo has dicho, Max, ese era el sueño de una niña. Una niña ingenua que no sabe cómo funciona el mundo. Este trabajo dista mucho de las novelas de misterio y las películas de espías. Yo no estoy hecha para esto, no soy capaz de aguantar el aburrimiento

ni tengo la persistencia suficiente para seguir aquí. Sinceramente, me sorprende que lleve ya más de ocho meses.

—Entonces vas a volver a hacerlo, ¿no?

Esta vez las palabras de Max no suenan dulces y con esperanza, parecen más un ataque lleno de decepción.

—¿Volver a hacer el qué? —digo alzando mis defensas.

—Dejar las cosas a medias, como siempre. Constantemente has saltado de un lado a otro. Tienes la suerte de que muchas cosas se te dan bien, por eso desconoces la impotencia de no destacar en nada. En cuanto algo se complica y aparece una alternativa que parece mejor, cambias de rumbo sin dudar.

»Cuando acabaste el instituto, en lugar de estudiar Investigación Privada, te tomaste un año sabático para viajar y conocer el mundo. Al volver no seguiste tu pasión, empezaste una ingeniería. Algo que, para sorpresa de nadie, se te daba bien, pero que abandonaste antes de terminar el primer año. Luego probaste el servicio militar en Singapur, opcional para mujeres, y tampoco lo completaste.

»Nunca te lo he dicho, pero me sorprendió que terminaras los estudios de detective. No te creía capaz. Cuando lo lograste, pensé que habías cambiado, que por fin ibas a enfocarte y dar el cien por cien en algo por primera vez en tu vida. Me equivoqué. Te ha bastado un año de trabajo para tropezar con la realidad y volver a querer abandonar, como si el problema fuera el lugar y no las expectativas que tú misma te creaste. Ahora te ilusiona la idea de irte a Singapur a ayudar a la tía, convencida de que allí todo será distinto. Pero la hierba solo parece más verde al otro lado del río porque también hay estiércol. No existe el camino perfecto, solo uno que realmente resuene contigo.

Sus palabras no dejan de repetirse en mi cabeza, como un eco que no se apaga. ¿De qué va Max? ¿Por crecer y madurar un poco se piensa que ahora se ha convertido en mi padre? Cada palabra duele más de lo que quisiera admitir. ¿De verdad piensa que soy incapaz de terminar nada? Quiero negarlo, reírme en su cara… pero el nudo en mi garganta me dice que, en el fondo, temo que tenga razón. Mi mente bulle a tal velocidad que soy incapaz de concentrarme. Quiero responder a tantas cosas que no puedo con ninguna.

Me paro en seco y me doy cuenta de que estoy en la puerta de la oficina, instintivamente he dirigido el paseo hasta allí. Aplaco el ardor de mi mente y suelto lo primero que me viene a la cabeza.

—Estaba claro que no me ibas a entender. No sé para qué te digo nada. —Me giro con intención de marcharme, pero no doy ni dos pasos cuando algo arde en mi pecho. No tengo más remedio que darme la vuelta y soltar lo que me quema la lengua—. Ah, y no dejé la ingeniería porque «me cansé de ella». La dejé porque mamá murió. Te lo recuerdo, ya que parece que a ti se te ha olvidado.

Las palabras se me escapan y me arrepiento al instante. No por falsas, sino porque dejan ver más de lo que quería. Odio haberle mostrado mi herida. ¿Desde cuándo permito que se cuelen estos sentimientos? Max se queda en silencio, con la mandíbula apretada y los ojos anclados al suelo. Por una vez, no sabe qué decir. Y yo tampoco. Solo queda el hedor a basura que aún me cubre la piel.

Quiero que me entienda, que comprenda por qué no puedo perdonar a ese hombre, pero también odio que piense que soy incapaz de terminar algo. ¿Es eso lo que soy? ¿Una persona que abandona en cuanto las cosas se ponen difíciles?

El nudo en mi garganta se endurece y me giro de nuevo. Acelero el paso, como si intentara escapar de algo que nunca deja de perseguirme. Mis pies me llevan automáticamente hacia la oficina mientras mi cabeza hierve con pensamientos que no puedo ordenar.

Él no lo entiende. Nadie lo entiende. No fue solo la muerte de mamá. Fue todo lo que vino después. El silencio incómodo. Las palabras vacías. Los intentos de padre de comprar mi perdón como si fuera otro de sus malditos negocios.

Subo las escaleras tan rápido que cuando llego a la oficina me falta el aire. Me apoyo en la pared y trato de respirar, pero la rabia sigue ahí, empapando cada fibra de mi cuerpo. Las palabras de Katagiri resuenan en mi cabeza: «Quien te enfada te domina». Pero en este momento ni siquiera soy capaz de dominarme a mí misma.

Impotente, entro en la oficina con una súplica muda de que no haya nadie. Mis deseos no son escuchados, pero afortunadamente el único presente es Ferris.

—¡Valkiria! —dice con su habitual energía que desmiente la edad

que tiene—. ¿Qué tal va ese seguimiento? Por la cara que llevas, veo que el hombre te ha pegado su depresión.

Sin saber cómo, soy capaz de esbozar una media sonrisa.

—¿Tú cómo llevas lo de Monsalvatje? ¿No se estaba convirtiendo en una trama de extorsión a empresarios y políticos?

—Sí, el caso es de lo más estimulante… —dice Ferris, aunque la emoción le dura poco—. Pero toda la gracia se va al traste teniendo que trabajar con el jefe. Aún no entiendo en qué momento acepté colaborar con ese patán —suspira y baja la cabeza, derrotado, pero enseguida la vuelve a alzar con un gesto de alerta—. Ah, por cierto, antes de que se me olvide: alguien te ha enviado una carta.

—¿Una carta? —digo, dejándome caer en mi escritorio.

—Sí, una carta.

—Estamos en el año 2025, ¿quién manda cartas?

—Se me sigue olvidando que apenas tienes veinticinco años.

—Veintiséis —lo corrijo.

—Desconozco el contenido del sobre, pero parece que te ha salido un admirador.

3

Observo la carta que Ferris me acaba de entregar. El papel exterior tiene un tono ocre y un tacto rugoso que se siente extraño entre mis dedos, distinto a cualquier cosa que suelo recibir. Nada que ver con las facturas del alquiler, del agua o los avisos del banco. Esto tiene una apariencia especial. Parece importante… hasta elegante.

Le doy la vuelta y leo la dirección de la agencia Fabra junto al nombre que adopté casi seis años atrás: Valkiria Kross. Un leve escalofrío recorre mi espalda. ¿Quién me escribiría algo así? ¿Y por qué?

—Bueno, ¿la abres o qué? Ya me ha costado suficiente tiempo esperarte a que vinieras como para que ahora te andes con miramientos. Para abrir un sobre solo tienes que despegar la solapa…

—¡Sé cómo se abre una carta, Ferris!

Me recompongo de inmediato y hago un gesto de disculpa. Hoy mi paciencia es inexistente. Con cuidado de no rasgar el sobre, extraigo un folio doblado en tres pliegos. Es de alto gramaje; con solo sostenerlo, uno se siente como un embajador leyendo una misiva de gran importancia. Desdoblo el documento y escaneo su contenido. Es breve. Ferris carraspea y yo, resignada, me dispongo a saciar su curiosidad. Está en inglés, así que traduzco en tiempo real:

Estimada detective Valkiria Kross:

Se requieren sus servicios para la investigación de un crimen que tendrá lugar la noche del 11 de marzo en el…

—¿El 11 de marzo? Eso es mañana.

—Sí —respondo molesta. Odio que me interrumpan.

—¿Y cómo se puede tener una investigación sin antes haber un crimen? ¿Esta persona no sabe que las cosas funcionan al revés? Primero tienes un crimen, o la sospecha de que ha ocurrido uno, luego llamas a la Policía o al detective, y entonces es cuando

empieza…

—Si me dejaras continuar podríamos obtener la respuesta.

—Sí, perdona.

…la noche del 11 de marzo en el hotel Esmeralda, en la localidad de Bansko, Bulgaria.

Tendrá…

—¡¿Bulgaria?! ¿Esta carta es búlgara? No me habías dicho que tenías amigos búlgaros. Como se nota que te has recorrido el mundo.

—No conozco a ningún búlgaro, por lo menos a ninguno que pueda mandar un documento así. Si no te importa, déjame que termine el mensaje de una tirada para que pueda saber de qué demonios va esto.

Ferris asiente al borde de la silla.

Tendrá todos los gastos pagados durante la investigación, al igual que el coste del viaje a Bansko. Al final de esta carta tiene los detalles del billete de vuelo para que pueda realizar la facturación y obtener su tarjeta de embarque.

Respecto al motivo de su contratación, me temo que debido a la naturaleza sensible del asunto no puedo compartir más detalles. Una vez esté aquí le contaré lo que necesita saber.

En caso de venir se le pagarán 5000 €. Si resuelve la investigación con éxito, se le retribuirá con 5000 € más.

El vuelo sale la mañana del 11 de marzo a las 12:00, tiene hasta entonces para decidir si acepta el encargo.

Atentamente,

Willow Bowman

En cuanto termino de leer la carta, esta desaparece de mis manos.

Ferris, con una expresión de absoluto desconcierto, relee el documento para sí, a pesar de que su inglés sea poco más que decorativo.

—Pero, esto… esto es… esto es…

—Un fraude —digo categórica.

—¿Fraude? ¿De qué estás hablando?

—Esto es la estafa del Príncipe Nigeriano, pero con mayor creatividad. Nada del contenido de esa carta tiene sentido.

—No lleguemos a conclusiones precipitadas, Valkiria. —La voz de Ferris suena más calmada que de costumbre, un contraste incómodo con su mirada encendida—. Antes de asumir que es una estafa, deberíamos comprobar la información que nos han dado. —Teclea con habilidad en su portátil y asiente satisfecho—. Bansko es real. Un pequeño pueblo en las montañas del suroeste de Bulgaria, popular entre turistas que van a esquiar en invierno.

—Perfecto, así que me secuestrarán en un sitio turístico lleno de desconocidos. Muy tranquilizador.

Ferris ignora mi sarcasmo y prosigue.

—El vuelo también es real. La reserva existe y, si quieres, puedes facturar ahora mismo. Eso significa que alguien se ha molestado en comprar un billete de avión a tu nombre. —Su mirada se endurece —. Nadie se toma tantas molestias por nada.

Me tenso al escuchar eso. Ferris nunca habla en serio salvo que la situación lo merezca.

—¿Y el remitente? —pregunto, con menos seguridad que antes.

—Willow Bowman. Un inversor británico que construyó un resort de lujo en Bansko. El hotel Esmeralda. Tiene dinero, eso está claro.

—¿Y te parece razonable que alguien con dinero quiera contratar a una detective privada de una agencia mediocre en Valencia?

—No, no me parece razonable —admite Ferris, clavando sus ojos en mí—. Pero ahí está lo interesante. Es demasiado elaborado para ser una estafa común. Y demasiado específico como para ignorarlo por completo.

Lo dice con una calma tan firme que me desconcierta.

—Mira, Val —continúa—, no te digo que aceptes a ciegas. Pero si tienes razón y esto es un fraude, ¿no sería mejor descubrirlo con

pruebas en lugar de asumirlo desde la seguridad de tu escritorio?

—Que la información que han enviado cuadre solo significa que se han tomado el tiempo para preparar la estafa. Así es como empieza en las películas, y ya te puedo decir cómo acabará. Dentro de veinte años saldrá el siguiente titular en todos los medios españoles: «Se encuentra el cadáver de una joven valenciana enterrado en un bosque búlgaro después de dos décadas desaparecida».

—Como periodista no durarías mucho: tu titular sería algo como «El caso que estremeció a Valencia: hallan en Bulgaria el cuerpo de una joven desaparecida hace veinte años». Y sí, tiene sus riesgos, pero estamos en el siglo XXI. Irías con tu móvil, tendrías internet desde el momento en el que aterrices en Bulgaria y podrías llamar a la Policía ante cualquier emergencia.

—Me parece increíble que tú —digo mientras recupero la carta de las manos de Ferris—, un señor de cincuenta y siete años, me intentes convencer de aceptar esta propuesta disparatada. Y hablas como si no tuviese trabajo, pero te recuerdo que ahora mismo tengo un caso en curso que no puedo dejar en…

—No te preocupes por eso, si mañana antes de coger el vuelo no has finalizado, me encasquetas el seguimiento a mí.

Frunzo el ceño achantada por la insistencia de Ferris. ¿De verdad es una oportunidad que no puedo perderme? ¿Debo coger ese vuelo y aceptar un caso que promete ser interesante, con un buen sueldo y un cambio de aires? Sacudo la cabeza para alejar esa idea.

—Que no, Ferris, y no insistas más. Ya tengo demasiadas cosas encima como para aceptar algo que tiene todas las papeletas para ser una estafa.

Siento la tensión acumularse en mis hombros, en parte por la absurda oferta de la carta y en parte por la vida que llevo últimamente. Todo se siente igual: trabajos mediocres, días monótonos y esa sensación constante de no estar avanzando. ¿Cuánto tiempo más voy a seguir así?

Ferris parece notar mi frustración. Su expresión se relaja, como si acabara de entender lo que realmente me preocupa.

—¿Sigues dándole vueltas a dejar la agencia?

Suelto un resoplido y me desinflo sobre la silla. Aparte de mi

hermano, solo se lo he contado a Ferris. También es el único que puede entenderme, llevando ya más de treinta años en un negocio en el que la mayoría terminan muy quemados.

—¡Valkiria! —resuena mi nombre por toda la oficina—. Si tú estás aquí, ¿quién está haciendo el seguimiento a San Honorio?

Me incorporo de inmediato y me planto frente a la imponente figura de Jaume Fabra, recortada en el umbral de la puerta.

—Disculpa, jefe, he venido a la oficina porque necesitaba comprobar un indicio que he encontrado.

—¿Tienes algo? —pregunta con un tono más calmado, pero aún fulminándome con su mirada.

—No, todavía no.

—Entonces sal ahora mismo de la oficina y no vuelvas a entrar por esta puerta hasta que tengas una confirmación final de si ese hombre estafa a su empresa.

—Sí, jefe —digo pasando a su lado con la cabeza gacha.

Detesto que me miren por encima del hombro con la única autoridad de ser hijo del fundador de la empresa. Pero detesto aún más no tener ni para comprar comida. Así que transfiero la furia que siento al sobre que sostengo.

Salgo a la calle con la carta aún en la mano. Sé que aceptar sería una locura, pero algo me impide soltarla. Entonces pienso en mi jefe y aprieto el papel con fuerza. Si esto es una estafa, ¿por qué siento que me arrepentiré si no la investigo? ¿De verdad estoy tan harta de mi vida que me planteo irme a Bulgaria por un caso absurdo que suena más a un secuestro que a un trabajo legítimo?

Respiro hondo y fuerzo a mis pies a seguir avanzando. Me acerco a la papelera más cercana y arrojo la carta con un movimiento brusco, como si así pudiese librarme también de las preguntas que me taladran la cabeza. Pero después de alejarme, tengo la incómoda sensación de que he cometido un error.

4

A pesar de haber viajado en ese coche desde pequeña, realmente lo he llegado a conocer en el último año. Es un Toyota Avensis del 2000, solo un año más joven que yo. Tras incontables tardes y madrugadas en su interior, he tenido la oportunidad de estudiarlo a fondo, de memorizar cada rasguño dejado por mi despreocupación infantil o la de mi hermano.

El coche que perteneció a mi abuela se ha convertido en mi lugar de trabajo, y esta noche me sirve como cama una vez más.

Hacer seguimiento nocturno no significa estar despierta todo el rato. Es peor. Es permanecer en ese estado de duermevela en el que tus pensamientos se mezclan con sueños a medio formar y la realidad se difumina en el borde de la consciencia. Intentar mantenerte alerta mientras tu mente, traicionera, se escapa hacia cualquier rincón que no sea la puerta del edificio que vigilas.

El problema principal es que cuando te aburres, piensas. Normalmente me pongo a memorizar listados de términos de lo más aleatorios: últimas palabras de criminales famosos antes de ser ejecutados, el orden cronológico de los emperadores romanos, los decimales del número pi —ya llevo doscientos veintidós—, nombres científicos de plantas venenosas o palabras en japonés que no tienen traducción directa —mi favorita es tsundoku, el hábito de comprar libros y dejarlos apilados sin leer—.

Pero esta noche mi mente me llevaba inevitablemente al tema que prefería evitar. Esa maldita carta. La oferta de Bulgaria sigue rondando mi cabeza como una mosca insoportable. Una parte de mí desea olvidarla, tirarla a ese mismo agujero negro donde va todo lo que no quiero enfrentar. Pero la otra… la otra se aferra a ella como si fuera un salvavidas.

Me muevo en el asiento, tratando de encontrar una posición menos incómoda mientras la duda me carcome. ¿Por qué pienso tanto en eso? Porque sé que mi vida no va a ninguna parte. Porque todo este trabajo me parece una rutina que nunca elegí realmente. Y esa carta… esa carta promete algo distinto. Promete un caso de

verdad. Promete ser algo más que pasar horas sentada en este coche, aguantando el frío y mis propios pensamientos.

Pero también me aterra. Porque si la acepto y fracaso, significará que Max tenía razón. Que soy una impostora. Que siempre lo he sido.

Tamborileo con los dedos sobre el volante, incapaz de mantenerlos quietos. ¿Y si no tengo lo que hace falta para ser detective? ¿Y si solo he estado fingiendo, intentando encajar en un mundo que no es el mío?

Lo más cruel es que amo esta profesión. O al menos la idea: resolver misterios, enfrentar retos imposibles. Pero la realidad es otra. Trabajo mediocre, casos sin alma. Y yo aquí, en este coche, mirando una puerta cerrada y dudando de si valgo para algo más.

¿Por qué dudo tanto? ¿Por qué me frena una oportunidad real de demostrarlo?

Porque si lo intento y fracaso… entonces no habrá excusas. No podré seguir fingiendo. Seré, oficialmente, una impostora. Y quizá, en el fondo, siempre lo he sabido.

Exhausta tras diez horas de bucle mental, me estiro en el asiento. Son las nueve. Hora de moverse.

Llevo cinco días investigando a Hugo. Mi coche no se ha movido de esa posición ni cuando yo me he ausentado. Al revisar la grabación de la cámara que tengo en el retrovisor panorámico he corroborado que en ese tiempo solo ha salido de su casa para tirar la basura una vez, el día anterior. Durante mi seguimiento, ni siquiera ha descorrido las cortinas del que supongo que es su salón. Cada día recibe comida a domicilio y, por las noches, una habitación permanece iluminada hasta bien entrada la madrugada.

Cada uno de esos indicios apunta a que el sospechoso realmente sufre una depresión severa. Pero desconfío de la forma repentina en la que se ha visto afectado y del hecho de que el psicólogo que avala su estado es su primo. Quizás solo es casualidad, pero debo realizar una última comprobación antes de dar por finalizado el caso.

Ya he ido preparada para ello.

Salto a la parte trasera del Toyota y me desvisto con prisa, tratando de ignorar el frío matutino y a los curiosos que puedan

pasar por la acera. Me cambio tan rápido que, por un momento, siento como si estuviera robando un banco en lugar de prepararme para un simple engaño.

El disfraz de «técnica del gas» es uno de mis favoritos. Chaqueta con el logo de una empresa de energía, pantalones y gorra a juego. Profesional y creíble. Cojo mi tablet y le pongo la funda con el mismo emblema de la compañía. Mientras camino hacia la puerta del edificio, repaso mentalmente el plan. El corazón me late acelerado. Esto no debería ponerme nerviosa. Es una actuación. Un truco aprendido tras meses de trabajo repetitivo.

Toco varios timbres al azar hasta que una voz masculina responde:

—¿Diga?

—Vengo para la revisión del gas. —Las palabras salen de mi boca con la precisión de un autómata. Lo he dicho tantas veces que ya suena natural.

El clic metálico de la puerta al desbloquearse me sorprende, aunque debería estar acostumbrada. Me sigue asombrando lo fácil que es acceder a la vida privada de la gente con unas pocas palabras adecuadas. Una mentira creíble y ya estoy dentro. Como siempre.

Subo las escaleras de dos en dos y me detengo al llegar al 5B, donde vive Hugo. Son pasadas las nueve de la mañana en un día de diario. Aunque el hombre se durmió alrededor de las tres, por lo que he observado, el movimiento en la casa comienza sobre las ocho. Es la hora perfecta.

Lo único que me falta por comprobar es el interior de su vivienda. Pero no puedo entrar. Ni puedo colarme, ni tengo una orden, ni me la darían. Así que recurro a una de las herramientas mentales que más uso cuando todo parece bloqueado: el principio de inversión. Si no puedo entrar yo, ¿cómo hago para que el interior venga a mí?

Llamo al timbre y espero paciente. Golpeo la uña de mi dedo corazón con la del pulgar, un gesto automático que siempre aparece cuando finjo ser otra identidad, aunque sea una tan sencilla como esta.

A los segundos escucho unos pasos seguidos del descorrer de un cerrojo. La puerta se entreabre para mostrar el rostro de un hombre

cerca de la treintena. Aunque parece que solo ha dormido unas horas, derrocha energía por todos sus poros. Me observa con unos ojos llenos de vida y la única mueca de molestia que detecto seguramente se debe a que he interrumpido algo importante.

—¿En qué puedo ayudarte? —dice autoritario pero con un tono afable.

—Estoy haciendo una revisión del gas en el edificio. —Señalo el logo de la empresa y mi tableta en un gesto calculado que pretende parecer inconsciente—. Como medida preventiva, es necesario que todos los domicilios habitados abran las ventanas. Será rápido, en quince minutos podrá volver a cerrarla.

El hombre frunce el ceño ante la petición, pero al ver el poco esfuerzo que requiere de él, se encoge de hombros y asiente. Se despide de mí y cierra la puerta. En ese momento se aparta del umbral y, por unos instantes, puedo ver el interior de su salón. Me da tiempo a reconocer tres pantallas encendidas sobre un escritorio lleno de papeles.

Bajo las escaleras y, cuando tengo claro que ya no me puede ver por la mirilla, sonrío. Tanto a mí como a la agencia nos pagarán lo mismo independientemente del resultado de la investigación, pero siempre es más satisfactorio descubrir que el sospechoso miente. Hugo no tiene depresión, ahora solo me falta averiguar qué estaba haciendo.

Salgo a la calle y cruzo la calzada para llamar al portal de enfrente. Accedo al edificio usando la misma frase y subo hasta la quinta planta. Las ventanas de las escaleras dan al exterior y me ofrecen una vista perfecta a la fachada de la vivienda del sospechoso. El apartamento de Hugo, que hasta hace escasos minutos permanecía oculto tras unas cortinas cerradas a cal y canto, ahora se muestra como un escaparate improvisado. Las ventanas están abiertas de par en par, y el estor se ha recogido hacia un lateral, dejando al descubierto el interior del salón.

Contengo una sonrisa al comprobar que mi trampa ha funcionado. Pero no saco la cámara. Sería inútil. Aunque la vista es clara, tomar fotografías sería ilegal, y las pruebas no tendrían ninguna validez en un juicio. En su lugar, me limito a observar. Me concentro como si

estuviera memorizando la escena de un crimen, cada detalle grabándose a fuego en mi mente.

Las tres pantallas encendidas. Una pizarra blanca que ocupa el lugar del sofá, cubierta de esquemas, logotipos y flechas. Una mesa atestada de papeles, algunos con lo que parecen ser diseños de marca corporativa. Todo indica que Hugo no está precisamente medicándose y descansando en la oscuridad, sino diseñando un negocio. Uno que, por los elementos que alcanzo a distinguir, se parece demasiado al de la empresa que le está pagando la baja por depresión.

Saco mi cuaderno del bolsillo y anoto lo que veo, incluso hago un esbozo torpe de la distribución del espacio. Si mañana me preguntan qué vi, sabré describirlo al milímetro. No necesito fotos para demostrar que Hugo ha cometido un error grave: darme acceso visual a su vida sin el más mínimo cuidado.

Recuerdo una lección del profesor Manzanares en la facultad: «El derecho a la intimidad solo existe si haces algo por protegerlo», decía en aquella clase. «Si dejas tus cortinas abiertas, pierdes la privacidad por voluntad propia». Hugo ha abierto sus ventanas y sus secretos. Yo solo me he limitado a mirar.

Saco el móvil y escribo el nombre subrayado y rodeado que he memorizado de la pizarra. Ahí está: una web recién publicada, aún en pruebas, con textos genéricos y varias secciones en construcción. Con un par de búsquedas más veo que el dominio se registró hace apenas unos días, cuando Hugo ya estaba de baja. A partir de ese dato tiro del hilo y encuentro más: una cuenta asociada al proyecto, actividad digital reciente y una estructura demasiado elaborada como para ser un simple pasatiempo. Todo encaja. No necesito entrar en su casa ni tomar fotos comprometidas. Con lo que he visto, y lo que se puede rastrear, queda demostrado que está trabajando. El caso está cerrado.

Guardo el móvil con mis anotaciones. En parte me da un poco de pena Hugo. No tengo nada personal contra él, ni simpatía hacia la empresa que lo ha contratado. Lo único que me importa es la verdad. Y la verdad es que ha cometido un fraude. Aun así, entiendo el impulso. Querer dejar un empleo agotador para levantar algo

propio. Cambiar el rumbo, buscar aire. Solo que la forma que ha elegido para hacerlo no es la correcta, y ahora tendrá que pagar las consecuencias.

Entonces algo encaja en mi cabeza. Es tan simple y tan devastadoramente obvio que me pregunto cómo no lo he visto antes. El problema no es ser detective. Amo este oficio, amo la adrenalina de resolver incógnitas y burlar sistemas que otros consideran infranqueables. Lo que odio es la agencia. Las órdenes de Fabra. La sensación de que nunca soy más que un peón en un tablero que ni siquiera he elegido. Si voy a seguir con esto, tengo que hacerlo a mi manera.

Bulgaria es la oportunidad perfecta para empezar de cero. No bajo las reglas de otro. Bajo las mías.

Consulto el reloj del móvil y desciendo por las escaleras de dos en dos. Me tengo que dar prisa, el vuelo sale en dos horas y media y necesito pasar por casa. Ya haré el informe final de la investigación de Hugo San Honorio en el avión o a la vuelta del viaje, si es que acaso vuelvo de Bulgaria y no acabo convirtiéndome en el titular que Ferris proclamó.

5

Una mujer con la expresión de hastío de quien ha sido despertada de la siesta revisa mi pasaporte singapurense sin demasiado interés. Lo sella, me lo devuelve y, con un cabeceo, me indica que siga adelante.

La mayor desventaja de haber renunciado a mi pasaporte español fue lo complicado que resultó moverme por Europa. Tengo la residencia en España, así que puedo estar el tiempo que quiera en el país, pero para viajar por el continente cuento con las mismas restricciones que un extranjero no europeo.

Camino por el pasillo de inmigración hasta llegar a la zona de recogida de maletas. El país entero desprende un aire rancio de decadencia soviética. Nada más cruzar el control de inmigración, me golpea la sensación de haber retrocedido en el tiempo.

El aeropuerto parece un fósil olvidado de los años ochenta. Paredes de hormigón desnudo, techos blancos como una sala de hospital, suelos cubiertos de baldosas con patrones horribles que lastiman la vista. Todo es frío y funcional, sin ningún intento de suavizar su austeridad.

Me rodea un ambiente opresivo, decrépito. Como si todo este lugar se esforzara en recordarme que he llegado a un país extraño donde cualquier cosa puede salir mal. Esto no es distinto a otros países que he visitado, me digo a mí misma. Pero, aunque lo repita mil veces, la verdad sigue ahí: nunca había llegado a un lugar sin saber qué hacer a continuación.

Evito a las personas que esperan sus maletas y salgo por la puerta que dice «Sin nada que declarar». Me da la bienvenida la entrada principal del aeropuerto, construida con el mismo estilo soviético. Detrás de una barandilla se agolpan una decena de hombres, todos con nombres escritos en carteles. Normalmente los ignoro y me dirijo al transporte público, pero esta vez mi objetivo no es descubrir el país gastándome lo menos posible. Aun así, al revisar los nombres, no encuentro el mío.

Entonces caigo en la cuenta de que no sé nada. El billete de avión

es real, el destino también, pero aparte de eso, todo lo demás es un vacío inquietante. No tengo un número de contacto, ni instrucciones claras de qué hacer al llegar al país. Solo un nombre garabateado en una carta y un impulso estúpido de comprobar si todo esto era una estafa o una oportunidad irrepetible. Y, por ahora, no sé cuál de las dos opciones prefiero.

Que alguien venga a recogerme al aeropuerto es solo una suposición mía; la carta ni siquiera lo mencionaba. ¿Acaso pretendían que me buscara la vida para llegar hasta ese pueblo perdido en las montañas? ¿Por qué había cedido ante la voz de Ferris que decía que aceptar la investigación de un desconocido en Bulgaria era buena idea?

Confusa, me aparto hacia un lateral cuando un hombre trajeado se me acerca.

—¿Valkiria Kross?

Su tono es amable, pero su expresión parece la de alguien incapaz de mostrar una sonrisa.

—Sí, soy yo.

—Por aquí, por favor —dice en inglés con un acento un poco tosco —. ¿Cómo ha ido su vuelo?

—Los últimos veinte minutos con bastantes turbulencias debido a la lluvia, pero bien.

—Sí, desde esta mañana llueve con fuerza.

Salimos a la calle y un viento gélido me golpea la cara. La lluvia sigue cayendo con furia; golpea el asfalto y anega las aceras. El chófer se apresura a abrirme la puerta trasera de un Mercedes negro aparcado en el carril de taxis. Por un instante, la escena me resulta inquietantemente familiar. Como cuando mi padre nos llevaba en su coche a la oficina y me pedía que no preguntara nada, que solo me portara bien. Esa misma sensación de ser arrastrada a un lugar que no comprendo, sin más opción que obedecer.

El hombre arranca el motor sin decir palabra y avanzamos por una carretera desierta bajo un cielo de plomo. La calefacción del coche no logra disipar el escalofrío que me ha recorrido el cuerpo.

A través de la ventanilla empañada, la ciudad se convierte en una colección de edificios anclados en otra época. La misma arquitectura

soviética que dominaba el aeropuerto se extiende por las calles como un eco de un pasado que se niega a desaparecer. Todo se siente hostil, frío. Y la idea de que acepté este trabajo sin saber realmente a qué me enfrento me pesa más con cada kilómetro que recorremos.

No tardamos en salir a la autovía, dirección sur. A excepción de algún pueblo desperdigado, lo único que veo por las ventanas tintadas son campos de cultivo y montañas en la lejanía. Una hora más tarde salimos de la carretera principal y nos introducimos en una de doble sentido que discurre por un sinuoso valle. La lluvia hace rato que se ha convertido en una nieve densa que no da descanso al limpiaparabrisas. Se acumula en las cunetas y sobre la vegetación, hasta ocultar su verdor bajo una capa blanca que alcanza varios palmos de altura. Disfruto de la vista del denso bosque, el río que desciende entre las rocas y los escarpados desfiladeros.

—Vamos a Bansko, ¿no? —digo para romper el silencio sepulcral del coche.

—Así es.

—¿Tú eres de allí?

—No, soy de Blagoevgrad, la ciudad que hemos pasado hace veinte minutos.

—¿Trabajas para el hotel Esmeralda o directamente para Bowman?

—Para el señor Bowman —responde, sin titubear.

—Pero él es el propietario del hotel, ¿no?

—Sí. El resort más importante de todo Bansko.

—Entonces… ¿Cuántas personas trabajan para él? —pregunto con una aparente indiferencia. Pero es la clase de detalle que necesito para entender en qué me he metido.

—En el hotel, muchas. Con él directamente… solo unos pocos. —El chófer suelta un leve suspiro, como si no le gustara hablar de su jefe.

—¿Y cómo es ese pueblo? —digo, intentando sonar casual. Pero nada de esto se siente casual. Estoy nerviosa y mis preguntas suenan como lo que son: desesperados intentos de reunir información antes de quedar atrapada en un lugar desconocido.

—¿Bansko? —El hombre me lanza una mirada extrañada por el retrovisor—. ¿Es tu primera vez?

Yo asiento, desconcertada de que le sorprenda que nunca haya estado en un remoto pueblo búlgaro, perdido en mitad de la montaña, cuyo nombre ni siquiera había oído hasta la mañana anterior.

—Es un lugar muy turístico, al menos lo es ahora. Cuando yo era pequeño no era más que otro pueblo rural de los montes Pirin. Pero en los años noventa y a comienzos de este siglo la ciudad experimentó un crecimiento como nunca antes había tenido. Británicos y rusos descargaron dinero en el pueblo, compraron terrenos, construyeron grandes complejos de edificios y mejoraron las infraestructuras de Bansko. Junto a la apertura de la estación de esquí, este pequeño pueblo se volvió un destino único en pocos años. Es un lugar mágico, hay muy pocas personas que solo lo visiten una vez en su vida. Todos los que vienen, siempre regresan a Bansko.

Frunzo el ceño ante ese eslogan publicitario, pero deseo que sea así. Al menos significaría que esta vez saldría con vida del país.

El bosque se abre de repente y deja al descubierto un valle amplio, cubierto por un cielo oscuro que no cesa de descargar nieve. Un cartel señala las dos direcciones de la bifurcación. En cirílico y en inglés, indica el camino hacia Razlog y Bansko. El chófer toma la segunda salida. A pocos metros, unos conos y luces advierten que debes reducir la velocidad. Dos policías hacen una seña y el conductor detiene el Mercedes en mitad de la carretera. En la última media hora no nos hemos cruzado con nadie, no es necesario apartarse.

El primer agente se acerca al coche, un hombre corpulento enfundado en un abrigo que parece sacado de una película de la Guerra Fría. El chófer baja la ventanilla y un viento gélido irrumpe en el coche; el calor de la calefacción desaparece al instante. Los dos hombres hablan en búlgaro, intercambiando alguna carcajada y comentario que, solo por la entonación, parece fuera de lugar. Está claro que ya se conocen.

Tras unos minutos en los que empiezo a congelarme, se despiden

y retomamos el camino.

—¿Qué ocurre?

Por el retrovisor veo que los agentes ponen conos donde acabamos de pasar.

—Están cortando la carretera. —El chófer lo dice con la misma indiferencia con la que podría anunciar que el sol se pondrá esta tarde—. La tormenta que viene esta noche será fuerte. No es seguro que transiten vehículos.

—¿Tormenta fuerte? —repito, pero no porque no lo haya entendido, sino porque necesito asegurarme de haberlo oído bien.

—Esta ventisca nos ha pillado a todos desprevenidos, no teníamos una tan tarde en la temporada en años. Las máquinas de invierno ya estaban guardadas para diciembre. Las han tenido que volver a sacar.

»Cuando lleguemos al hotel no te extrañes si ves muy poca gente, aunque no sea lo habitual en esta época. Entre que es el final de la temporada, es un día laborable y las pistas han cerrado a causa de la tormenta, mucha gente ha cancelado a última hora su viaje a Bansko o ha terminado sus vacaciones antes de lo esperado. Si te quedas hasta el fin de semana verás el pueblo en todo su esplendor. Mañana por la tarde estarán las pistas con nieve de la mejor calidad y un día completamente despejado.

A mí la calidad de la nieve me importa bien poco, lo único que quiero es tener la posibilidad de escapar de este pueblo en caso de que sea necesario.

—Pero… aunque cierren la carretera de entrada, se podrá salir de Bansko hacia la capital, ¿no? —Mi voz suena quebradiza, como si estuviera a punto de romperse.

—No. Si la carretera es peligrosa en un sentido, también lo es en el otro.

El coche sigue avanzando y siento que una presión extraña me aprieta por dentro.

—¿Y no hay otra carretera?

—No. —El chófer se encoge de hombros, como si aquello no tuviera la menor importancia. Para él, tal vez no la tiene. Pero para mí… para mí significa que si algo sale mal, estaré completamente

aislada.

Fuera, la nieve se vuelve más densa y el mundo se va cubriendo de un blanco inquietante que parece dispuesto a enterrarlo todo.

Salimos de la carretera y entramos en Bansko. Una vez cruzadas las nuevas calles residenciales de las afueras, las casas del centro del pueblo son de piedra, madera y tejas. El chófer tiene razón, incluso con la densa nieve que cae, se puede apreciar el encanto de este lugar.

Ascendemos por una calle que sube paralela al río y giramos a la izquierda. Detrás de un amplio aparcamiento vacío, un gran complejo de edificios se erige imponente. Con una arquitectura de estilo nórdico, enormes terrazas dan a las pistas de esquí que comienzan después del aparcamiento. Varios abetos de una decena de metros marcan el perímetro del recinto, como si tratasen de contener la opulencia de esta construcción sobre el resto del pueblo.

Al llegar a una esquina rodeamos el resort y el coche accede al pórtico del hotel que nos cobija de la tormenta. El chófer baja y me abre la puerta. Al salir me encuentro con unas letras doradas:

Hotel Esmeralda.

He llegado a mi destino.

6

El lujo del hotel Esmeralda cae como un golpe seco en el pecho: inesperado, casi asfixiante. La puerta se cierra tras de mí con un murmullo sordo. El rugido de la ventisca queda atrás y me veo arrojada al silencio sofocante de un recibidor demasiado perfecto.

El calor de las chimeneas intenta abrazarme, pero solo consigue que me sienta más fuera de lugar. Las paredes de piedra, revestidas en madera de nogal pulido, transmiten un poder ancestral que no tiene nada que ver con la tecnología o la comodidad moderna. Aquí, cada detalle parece calculado para impresionar y subyugar.

Me cuesta respirar. No porque el aire sea denso, sino porque la opulencia exagerada me resulta más intimidante que acogedora.

Los sofás dispuestos alrededor de las chimeneas están vacíos. La recepción también parece desierta, salvo por un conserje que me observa con una mezcla de profesionalidad y desinterés. En la esquina del vestíbulo hay un conjunto de cuadros aún embalados, como si alguien hubiese olvidado terminar de decorar la estancia. Un hotel tan caro y, aun así, algo parece incompleto.

—Señorita Kross, es un placer que hayas decidido acudir a mi súbita y escueta petición.

Escaneo el vestíbulo. Entonces un brazo se eleva detrás de uno de los sillones.

—Willow Bowman, pero me puedes llamar Bowman a secas.

El hombre se levanta para estrecharme la mano y me invita a que me siente en el sofá. Tiene el acento de quien se ha criado en una escuela privada del centro de Londres. Su atuendo es propio de un caballero de Inglaterra, vistiendo un traje a medida. Sin embargo, en su mirada percibo un atisbo de que su vida debe de estar muy lejos de la de alguien digno de ese título honorífico.

—En ese sobre tienes el adelanto prometido por tu trabajo. Cinco mil euros.

Me sorprende su franqueza, aún no he dicho ni una sola palabra. Tomo el sobre y echo un vistazo en su interior: un fajo de billetes de cincuenta euros.

—Ya veo que vas directo a los negocios. En ese caso, dime, Bowman, ¿por qué te has tomado tantas molestias para tenerme aquí?

—La vida es demasiado corta para desperdiciarla en palabras innecesarias, señorita Kross. —Bowman se inclina hacia delante y su mirada parece perforarme—. Te he contratado para protegerme. Esta noche alguien morirá, y tu trabajo es evitarlo.

Trato de mantener mi expresión impasible, pero mis dedos se crispan alrededor del sobre que sostiene el dinero. Esto tiene que ser una broma. O una trampa. Pero Bowman no parece dispuesto a detenerse.

—¿Quién?

—Mi socio, Grigor Markov. —La facilidad con la que suelta el nombre me descoloca. Casi parece que esté hablando del menú del desayuno—. Según la carta que recibí, su destino está decidido. Y peor aún, yo seré quien lo mate.

No puedo evitar que una carcajada ácida se escape de mi garganta.

—¿Me estás diciendo que tú mismo me has contratado para evitar que te conviertan en un asesino?

—Justamente. —Sus dedos repiquetean sobre el reposabrazos, pero su expresión sigue tan serena que parece una máscara—. No necesito que encuentres al culpable, ya sé quién es. Yo. Lo único que te pido es que impidas que eso ocurra.

Bowman mete la mano en el interior de su chaqueta y extrae un segundo sobre que deja en la mesa con un gesto medido. El papel parece normal, sin marcas ni logotipos, pero la forma en que lo sostiene, con pulso firme y el gesto contenido, revela más de lo que intenta esconder. La mandíbula se le tensa y un músculo palpita justo bajo el pómulo izquierdo. Sus ojos grises permanecen fijos en mí, tratando de aparentar serenidad, aunque la otra mano, la que no sujeta el sobre, se cierra en un puño sobre el brazo del sillón.

—Lee esto —dice.

Toma un leve respiro antes de soltar las palabras, como si tuviera que convencerse a sí mismo de que puede compartirlo.

En ese silencio espeso, algo se me hace evidente. Este no es el

gesto de un hombre acostumbrado al miedo. Es el gesto de alguien que odia sentirse vulnerable. Y que lo está. No solo por el contenido de la carta, sino por lo que esa amenaza desentierra. Aunque intenta mantenerse frío, hay algo bajo esa fachada: rabia, tal vez. O miedo. O ambas.

Deslizo el papel del sobre con dedos tensos. La tinta impresa se despliega ante mí, fría y sin alma. Tal vez es eso lo que la hace tan aterradora.

La noche del 11 de marzo tendrá lugar un crimen en el interior del hotel Esmeralda. El asesino y propietario del hotel, Willow Bowman, matará a sangre fría a su socio, Grigor Markov.

No hay nada que se pueda hacer para evitarlo. El destino de este hombre hace mucho tiempo que ya está sellado.

A. M. D.

Siento un escalofrío recorrerme la espalda. A pesar de lo absurdo que suena, hay algo en la redacción que me produce náuseas. Esa frialdad absoluta, como si todo ya estuviera decidido.

—¿Recibiste esto aquí? —pregunto, incapaz de apartar la vista de las palabras.

—Hace seis días. Apareció en el mostrador del hotel, sin sobre, sin remitente. Simplemente estaba ahí. —Bowman me observa con una intensidad que casi me hace retroceder.

—Si no tiene dirección significa que no se ha llegado a enviar. Es decir, no la entregó un repartidor. ¿Se han revisado las cámaras de seguridad para ver quién la dejó?

—Las cartas se revisan una vez al día, a mitad de mañana. Ninguna de las cámaras del vestíbulo apunta directamente a la bandeja donde se depositan. Se ha revisado el movimiento que hubo desde que se vació el correo el día anterior hasta que se encontró la carta. Pasan cientos de clientes y decenas de personas de la plantilla del hotel y trabajadores ajenos a la organización. Es imposible identificar al mensajero.

—¿Sabes a quién hacen referencia las iniciales A. M. D.?

—No tengo la menor idea —responde tajante.

Dejo esa información aparcada en un lado de mi mente y me centro en lo realmente importante. ¿De qué va todo esto? Si es cierto que Bowman quiere asesinar a ese tal Grigor Markov, ese paripé carece de sentido. Y, si alguien quiere inculpar al propietario del hotel, ¿por qué hacerlo de un crimen que todavía no ha ocurrido? Es más fácil cometer el asesinato y asegurarse de que las pruebas apuntan a ese hombre.

La puerta del vestíbulo se abre y deja pasar un rugido helado que arrastra la nieve del exterior. El nuevo visitante se quita un gorro y una bufanda empapados con la misma desgana con la que uno se despoja de una carga inútil.

—La tormenta bien podría haber esperado una semana, hasta que yo estuviese de vacaciones en las Maldivas, lejos de este maldito congelador. —Su voz es grave, rasposa, y se dirige al recepcionista con la autoridad de quien está acostumbrado a dar órdenes.

—Grigor, llegas en el momento perfecto. Quiero presentarte a nuestra invitada.

—¿Invitada? —Su ceño se frunce al mirarme, una mezcla de escepticismo y molestia—. Pensaba que de los pocos huéspedes que llegaban hoy solo faltaba por registrarse una pareja.

—No se trata de una clienta. —Bowman me señala con un gesto cortés, pero sus ojos siguen puestos en su socio—. Es Valkiria Kross, la detective que he contratado para esta noche.

—¿Detective? —Grigor deja escapar una carcajada burlona, pero hay algo en sus ojos que sugiere incomodidad—. Nunca pensé que te tomarías tan en serio esa ridiculez de la carta.

—Tal vez deberías haberte molestado en leerla más de una vez antes de decidir que es absurda. —Bowman mantiene su tono calmado, pero su mandíbula se tensa ligeramente.

—¿Para qué? Ya conozco el contenido. Tú eres el supuesto asesino, y yo la supuesta víctima. —Se gira hacia mí, como si esperara que me riera de la broma—. Siento decirte, señorita Kross, que aquí va a tener poco trabajo que hacer.

No hay burla en su sonrisa. Solo una tranquilidad fría que me

incomoda. Es como si toda esta situación le resultara divertida, y yo no soy más que un entretenimiento pasajero.

—¿No te preocupa el contenido de la carta? La declaración de que morirás esta noche es inequívoca.

—¿Morir esta noche? Por favor, no es más que una broma de mal gusto. A lo sumo, se trata de una estafa elaborada. Además, señala a Bowman como mi asesino, lo cual es absurdo. Él es el principal responsable de la vida que tengo, y yo le he devuelto el favor con mi apoyo incondicional. A ninguno nos conviene que el otro fracase, menos aún a mí. Todos sabemos que si Bowman cae, caemos con él —añade con una carcajada.

El rostro del propietario del hotel no parece tan halagüeño como el de su gerente. Su mirada vacilante deja claro que tiene motivos para creer que esa carta no es una simple broma de mal gusto.

—Está claro que yo no te voy a matar, Grigor, pero hay algo en todo esto que no hace gracia. Por eso estás aquí, señorita Kross.

—Justo eso te quería preguntar —intercedo antes de que Grigor hable—. Entiendo el problema que tienes y el porqué de contratar a un investigador. Lo que no llego a concebir es por qué yo. No nos conocemos, no tenemos allegados en común y hay miles de detectives privados con más experiencia que yo.

Bowman se acomoda en el asiento y me dedica lo que trata de ser una sonrisa cálida, pero se asemeja más a un gesto oscuro.

—No te tengas en tan baja estima, señorita Kross. Pero tienes razón, no hay ningún motivo aparente de por qué contratarte a ti. Sin embargo, te equivocas en una de tus suposiciones. Sí que tenemos conocidos en común. Para ser concretos, tu padre.

La palabra se clava en mi pecho como un golpe en seco.

—¿Perdón? —La voz se me escapa antes de que pueda reprimirla. Mi tono suena entre incrédulo y desafiante.

—Tu padre, Lucio. Nos conocimos hace unos cuantos años, cuando él trabajaba en Sofía. —Bowman habla con naturalidad, como si su nombre no fuera un puñal oxidado que me acaban de hundir en la garganta.

Intento controlar mi respiración. Pero es como si una niebla invisible se me hubiera metido en el pecho, áspera y pesada,

raspándome los pulmones con cada intento de respirar. Mis dedos se crispan sobre el brazo del sillón, y la piel me arde por la tensión.

—¿Y qué se supone que tiene que ver él con todo esto?

—Aparte de amigos, también se podría decir que hemos sido socios. Lucio me ha ayudado en varias ocasiones con la adquisición de propiedades en la capital búlgara. El día que recibí esa carta, tu padre se encontraba aquí. Le conté mi problema y él me dijo que tenía una hija detective. Me habló de lo buena investigadora que eres.

Todo encaja de golpe, como un rompecabezas maligno diseñado para aplastarme. Mi padre. Otra vez ese maldito hombre, irrumpiendo en mi vida como si aún le quedara algún derecho sobre ella. El calor me sube al rostro, la rabia ardiendo bajo mi piel, y por un instante no sé si gritar o levantarme y largarme de allí sin mirar atrás. Pero hasta eso me lo ha arrebatado. Porque ya no puedo salir de este maldito pueblo búlgaro hasta que la tormenta amaine. Vine hasta Bulgaria para demostrar que podía hacerlo sola, para escribir mi historia con mis reglas… y resulta que mi padre ya tenía la mesa puesta. Como siempre. Enredada en sus planes, sin haber dado nunca mi consentimiento.

7

El agua caliente me despeja y elimina la rabia de mi cuerpo, como si quitara la sal pegada a la piel tras un baño en el mar. Ese maldito… Todo este viaje para descubrir que mi padre me tendió una trampa. Y yo, como una idiota, caigo en ella.

Apago la ducha y me envuelvo en la toalla, la mandíbula apretada. No puedo permitir que siga interfiriendo en mi vida. Eso es justo lo que quiere: que pierda los nervios, que todo gire en torno a él. No pienso dárselo. Si desea que me quiebre, se va a quedar con las ganas. Este trabajo es mío ahora. Aunque me lo haya conseguido él, es mi oportunidad de demostrar que puedo ser la investigadora que siempre he querido ser, lejos de su sombra. Así que, si la cena es parte del trabajo, es mejor que empiece cuanto antes.

Me pongo ropa cómoda y respiro hondo. El escenario no ha cambiado, pero yo sí. Y esta vez, pienso dejarlo claro.

Embaucada por esa energía renovada, salgo de mi habitación y me dirijo al comedor. Bowman me ha dicho que la cena es a las siete y media, llego diez minutos tarde.

Desciendo por las escaleras hasta la planta baja y cruzo un vestíbulo solitario. Resulta extraño estar sola en un espacio lleno de lujo, arte y arquitectura deslumbrante, como si una belleza así mereciera una audiencia mucho más amplia.

Al acercarme al comedor, el ruido de la tormenta cede paso al murmullo de voces, risas y el bullicio de un restaurante. Cuando entro en el salón me encuentro a menos de una docena de personas. La mayoría de mesas están vacías. Un grupo de cuatro mujeres que deben de tener mi edad son las que más vida le dan al lugar, hasta el punto de volverse molesto. Hay dos personas solas, acompañadas únicamente por un libro. Una de ellas tiene un rostro familiar, pero no identifico dónde la he visto. Por último, una mesa está ocupada por tres hombres. Bowman, Grigor, y un tercer individuo a quien no conozco.

—Ya veo que el agua de Pirin ha hecho su magia —dice el propietario del hotel Esmeralda como saludo. Frunzo el ceño, sin

entender del todo su mensaje—. Los montes Pirin están repletos de aguas termales. Se dice que tienen muchas propiedades curativas. En tu caso, parece que te han animado.

—Sí, supongo que sí —digo sorprendida por su perspicacia.

—Valkiria Kross, te presento al superintendente Vartav.

—No estoy de servicio. ¿Cuándo vas a dejar de presentarme como policía y vas a empezar a hacerlo como tu amigo?

Vartav suelta una carcajada cálida al reprender a Bowman, y al estrecharme la mano, su apretón es firme pero amistoso. Entre la densa barba se percibe una sonrisa genuina.

—Hablas como si fueras su mujer —interviene Grigor.

—Ya que nunca se ha casado, le ayudo a que experimente lo que se ha perdido —añade Vartav entre risas, acompañado por los otros dos hombres.

Mientras bromea, no puedo evitar notar cómo sus ojos, pese a la calidez de su tono, me analizan con la precisión de un bisturí. Como si bajo esa apariencia de camaradería, el policía nunca dejara de estar alerta.

—¿Es normal que el director del hotel cene tranquilamente como un huésped más? —pregunto con curiosidad.

Me doy cuenta de que el tono suena un tanto acusador, pero Grigor no parece ofenderse.

—Mira a tu alrededor. A excepción de un huésped más y los pocos trabajadores que hay hoy en el hotel, aquí estamos todos. Por una noche me puedo relajar.

Asiento ante su respuesta, pero en mi interior me río. Es curioso que piense que se puede relajar la misma noche en la que una carta anónima asegura que el amigo con el que comparte mesa lo va a asesinar.

—¿Qué te trae a Bansko en un día tan tempestuoso como hoy? —pregunta Vartav, acercándose un poco más.

—Bowman me ha contratado.

—¿Contratado? —En su rostro aparece una chispa de interés, como si disfrutara anticipando hacia dónde puede llevar esa conversación.

—Es una detective privada —aclara Bowman.

La reacción de Vartav es inmediata. Su cuerpo se tensa ligeramente y da un paso atrás. Incluso se le escapa una microexpresión de desagrado, fugaz pero reveladora.

—¿A tales extremos piensas llegar? Atemorizado por la absurda amenaza de una carta anónima.

—Eso mismo le he dicho yo —añade Grigor, negando con la cabeza.

—¿Y qué crees que va a solucionar una investigadora extranjera? —dice Vartav como quien lanza una pregunta retórica al aire, pero me mira de reojo, evaluando cada reacción.

—¿Tú también piensas que se trata de una amenaza sin fundamento?

Vartav relaja un poco su tosquedad.

—Por supuesto, no tiene ningún sentido. ¿Bowman va a asesinar a Grigor esta noche? ¿Qué clase de amenaza es esa? Yo ni siquiera lo consideraría una amenaza, en todo caso una afirmación trivial carente de base.

—Yo no conozco a Bowman tan bien como tú, ni tampoco sé en qué estima lo tiene la gente de por aquí. Pero entiendo que alguien no llega a ser propietario de un negocio tan lujoso como este sin hacer unos cuantos enemigos por el camino.

El policía suelta un resoplido, como si su paciencia se agotase al explicarle a un niño cómo funciona el mundo. Su condescendencia me es irrelevante. A los hombres de este tipo es más fácil extraerles información cuando piensan que son superiores.

—Bowman tendrá decenas de enemigos, pero esto no es obra de ninguno de ellos. En este negocio un enemigo te denuncia, te hace competencia desleal o te roba a tus clientes o empleados, no te manda una carta anunciando que vas a asesinar a tu socio de más de treinta años una noche determinada. Lo que Bowman tendría que haber hecho desde el inicio es quemar la carta y olvidarse de este juego de niños.

—No estamos hablando de un enemigo cualquiera —digo tratando de exprimir las últimas gotas de esa conversación—. Estamos hablando de A. M. D. ¿Se te ocurre a quién pertenecen esas iniciales?

Vartav se tensa como si una descarga de mil voltios acabase de recorrer su cuerpo. Bowman y Grigor, que hasta entonces observaban la conversación entretenidos por mis preguntas incisivas, también cambian la expresión.

Antes de que responda ya sé que no me va a decir qué significan, pero no lo necesito. Al menos ya he confirmado que los presentes conocen su significado, y también deduzco que esas tres letras son el motivo por el que Bowman ha interpretado la carta como una amenaza real y no como un juego de niños.

—¿A qué se deben estas caras? ¿Tan nerviosos os habéis puesto porque haya llegado tarde?

Las palabras del desconocido rompen la tensión de la mesa. Me giro para encontrarme con un hombre de rasgos eslavos que debe de rondar los sesenta años.

Sin esperar una respuesta, se sienta entre Grigor y Vartav y empieza a hablar con ellos. Aunque es obvio que me ha visto, no pregunta por mí. Yo permanezco ajena a la conversación, analizando mi alrededor. Observo a los otros huéspedes, cómo interaccionan entre sí, las expresiones que muestran, las ropas que visten y las miradas que dedican al resto de visitantes. Dos camareros se encargan de poner platos y cubiertos en las mesas y apuntar las comandas. Una mujer entra un par de veces. Tiene un aire autoritario y seguro, la actitud de quien ve ese sitio como una zona de trabajo y no un lugar de descanso. Por último, me fijo en Willow Bowman, la razón por la que estoy aquí. Mientras los demás charlan animadamente, él parece ausente. Remueve el hielo de su whisky con un giro de muñeca y lanza miradas fugaces hacia Grigor y Vartav. Cada tanto, sus ojos viajan a las ventanas castigadas por la nieve, inquietos. Cuando cree que nadie lo observa, se lleva dos dedos a la sien y cierra los ojos un par de segundos, inspirando despacio. Enseguida recupera la compostura al notar mi mirada, regalándome una sonrisa educada.

Tras diez minutos de espera salen de la cocina platos humeantes de comida. Nuestra mesa es la última. Quien parece ser el chef viene junto a los camareros que la sirven.

—Buenas noches, caballeros y señorita. Gracias a que hoy hay

menos trabajo en la cocina, me he tomado la libertad de preparar un pequeño menú de degustación, espero que lo disfruten.

—Si han sido tus manos las que lo han elaborado, chef Demir, estoy seguro de que sí —dice el hombre a quien todavía no conozco con un tono adulador que parece sincero.

—Como sabía que hoy estabas aquí, Ivan, ha sido un reto todavía mayor, pero he quedado muy satisfecho con el resultado.

—Estoy deseando paladear ese resultado.

El chef asiente y, con un leve gesto de la cabeza, se despide. Frente a mí descansa una de esas elaboraciones creadas con tal minuciosidad que casi da pena romper su equilibrio. Sobre un lecho de puré blanco como la nieve, se alzan finas láminas de carne curadas al punto, dispuestas en espiral como si ocultaran algo en el centro. Pequeños brotes oscuros y gotas de una reducción intensa salpican el plato con la precisión de un crimen premeditado. Es una preparación que se saborea mucho antes de probarlo: primero, al contemplar la armonía inquietante de sus formas; y luego, cuando su aroma seduce los sentidos antes incluso de tocar el paladar.

—Siendo alérgico a tantos productos como es mi caso —dice Ivan explicando la breve interacción con el chef—, el cocinero es siempre la primera persona de la que me tengo que hacer amigo cuando llego a un nuevo lugar.

Vartav y Grigor asienten ante su comentario, Bowman sigue abstraído. Comemos mientras retoman la anterior conversación. No hablan de nada en concreto, cambian de temas con la familiaridad de quienes se conocen por mucho tiempo. Desde lo inesperado de la tormenta, cómo ha ido esa temporada de esquí, alguna historia sobre mujeres protagonizada por Grigor, hasta los problemas geopolíticos de los países vecinos. Cuando me interpelan, solo en un par de ocasiones, doy mi opinión sobre la materia. Si no tengo un motivo claro para intervenir, prefiero limitarme a escuchar. Así obtengo más información, y de eso trata mi trabajo.

Cualquier otra detective novata de veintiséis años podría sentirse intimidada rodeada de hombres poderosos. Yo no. En mi adolescencia frecuentaba los mismos círculos en los que se movía mi padre, y allí aprendí una lección valiosa: cuanto más alto hablaban,

más inseguridades intentaban tapar.

Cuando los camareros traen un nuevo plato, un individuo se detiene al lado de nuestra mesa. Es el hombre cuyo rostro me es familiar. Algo en su expresión tranquila y en su paso decidido me resulta extraño, como si estuviera demasiado acostumbrado a ser bien recibido en cualquier lugar.

—Hace un rato que he terminado la novela que me acompañaba esta noche, ¿os importa que me siente con vosotros?

—Hombre, Jac, no me había dado cuenta de que estabas aquí —dice Ivan, que sin duda es el más animado de la mesa—. ¿Cuándo llegaste?

—La semana pasada.

—Ya pensaba que este año no ibas a venir por aquí.

—Eso es imposible, ya soy incapaz de perderme unas semanas de Bansko al año.

El hombre se sienta entre Bowman y yo. Cuando repara en mi presencia me dedica una sonrisa cálida.

—Creo que no nos conocemos. Me llamo Jac Ros.

Su nombre me golpea como un recuerdo que irrumpe sin avisar. Jac Ros. El escritor superventas de suspense y misterio. Había visto su rostro en entrevistas, en solapas de libros y, aunque nunca he disfrutado demasiado de sus obras, no podía negar que era uno de los autores más exitosos de los últimos años. Era difícil no sentirse un poco intimidada.

—Valkiria Kross.

Bowman sonríe.

—Por tu cara, parece que ya sabes quién es.

—Sí, he leído algunos libros suyos.

—Hoy en día hay pocos que no lo hayan hecho —añade Ivan con la atención fija en la última creación del chef.

—¿Y qué haces en Bansko, Valkiria? Si has venido por la nieve, me temo que has llegado unos días antes de tiempo.

—No, no esquiaré. He venido por trabajo, Bowman me ha contratado. Soy detective privada.

Su reacción contrasta por completo con la de Vartav. Sus ojos brillan con entusiasmo y una sonrisa amplia se extiende por su

rostro.

—Una investigación en Bansko… suena a que esta noche será especial. ¿Para qué requiere Bowman de tus servicios?

Lo dice como si fuera un comentario casual, pero percibo la emoción velada bajo la superficie. Como si para él esto fuese más que una simple coincidencia. Como si, de algún modo, sintiera que está atrapado dentro de la trama de una novela y no quisiera perder ni una línea del argumento.

Mientras habla, recorre con la mirada el salón, casi con reverencia, como si absorbiera cada detalle del lugar.

—Todavía para nada —digo tajante. No me apetece que me convierta en una caricatura para el personaje de su próxima novela —. Y esperemos que sea así durante el resto de la noche.

—Oh, ya veo…

—¿Y tú? ¿Por qué vienes a Bansko todos los años?

—A trabajar, por supuesto.

—Ya había escuchado que te gusta escribir en lugares fuera de lo común.

—Es necesario para crear historias fuera de lo común.

Me esfuerzo por reprimir un comentario sincero: sus novelas me parecen la definición perfecta de lo común. Al menos las últimas que ha publicado, las que he leído, no son más que fórmulas repetidas una y otra vez, cambiando personajes y escenarios como quien cambia la ropa de los maniquíes en un escaparate.

—¿Y qué convierte a Bansko en un lugar fuera de lo común?

—Entiendo que es tu primera vez aquí. No creo que te tome mucho tiempo averiguarlo por ti misma. Pero hay poca gente que venga a este pueblo solo una vez en su vida. Tiene un encanto único. Las montañas, su gente, las calles pintorescas… Bansko desprende una energía distinta, especialmente en este hotel.

—¿En el Esmeralda?

Jac asiente.

—¿No lo notas? De todos los sitios en los que he escrito, estas montañas alimentan mi imaginación como ningún otro lugar.

—¿A qué te refieres?

—Ah, ¿no lo sabes? Últimamente se han viralizado varios vídeos en

redes sociales explicando lo que ocurrió hace tiempo. El auge turístico de estos años se debe en parte a ello.

»En los noventa, cuando no había ninguno de los grandes edificios residenciales que ahora colman el pueblo, en Bansko hubo un incendio que redujo una casa a un montón de cenizas. Desafortunadamente, el matrimonio que la habitaba no pudo salir de su hogar y murió calcinado.

Escucho la historia con el escepticismo que siempre muestro ante cuentos similares.

—Déjame adivinar. Este hotel se erige justo donde estaba esa casa y ahora el espíritu de ese matrimonio recorre sus habitaciones.

—Eso es lo que piensan algunos, pero a mí me da igual. Para mí, el valor de un lugar lo otorga la historia que hay detrás, y Bansko está repleto de historias. Esa es la energía que me inspira a escribir en este pueblo. El año pasado aquí esbocé dos capítulos enteros en una noche. —Sonríe con nostalgia, pero enseguida su mirada se desliza hacia el ventanal, como si persiguiera una idea que no logra atrapar—. Aunque últimamente no consigo arrancar. Las ideas están, pero no se dejan moldear.

Los otros hombres de la mesa ríen con ligereza, y alguien hace un comentario banal sobre sus novelas. Yo, en cambio, me fijo en Jac. Hay un destello sutil de frustración en su rostro, una sombra que apenas asoma cuando cree que nadie lo observa.

Entonces, Grigor dirige la mirada hacia la mujer que de vez en cuando deambula por el salón.

—Alexenia —dice Grigor levantando la mano. La mujer se vuelve ante la llamada—. Hoy te puedes relajar. ¿Por qué no te sientas con nosotros? Esta noche no hay prácticamente trabajo. No creo que a Demir le importe preparar un plato extra de lo que quede de menú.

—Todas las noches hay trabajo, Grigor —responde con un tono respetuoso, pero firme, que no deja margen a réplica.

Está a punto de girarse para continuar con sus quehaceres cuando Bowman interviene, cortando el ambiente con su voz seca:

—Alexenia, en cuanto el chef y sus ayudantes de cocina se vayan del hotel, cierra todas las puertas.

Ella se detiene. Frunce levemente el ceño, como si le sorprendiera

una orden tan tajante por parte del propietario.

—Todavía faltan dos huéspedes por llegar —apunta, clavando sus ojos en Bowman.

Hay una determinación inusual en su voz. Más que deferencia hacia los clientes que faltan, parece verdadera urgencia.

Bowman desvía la mirada hacia la ventana. Yo también observo el exterior. La ventisca ha cobrado fuerza. Aunque ya me he acostumbrado al murmullo de fondo, en la calle el viento ruge con violencia, como si quisiera sepultar el hotel bajo una montaña de nieve.

—Si para cuando se termine la cena no han llegado, dudo que vengan —responde él con calma—. Es posible que su vuelo o transporte a Bansko se haya cancelado. Además, esta noche no quiero tomar riesgos innecesarios.

8

Después de la cena los huéspedes se trasladan poco a poco al lounge del hotel. Una sala acogedora formada por varios sillones y sofás, un suelo de madera con una amplia alfombra, dos chimeneas y multitud de librerías colmadas de tomos de literatura clásica. En una de las paredes, una barra seduce a los huéspedes con la promesa de saciar sus caprichos más alcohólicos. El grupo de cuatro mujeres no tarda en lanzarse primero. Teniendo en cuenta los pocos visitantes que nos hospedamos, quiero conocer a todos de primera mano. Me siento a su lado.

—¿Qué estáis tomando? —pregunto cuando hago contacto visual con una de ellas.

Al contestarme le pido al barman que me prepare una versión sin alcohol de ese cóctel.

—Por cierto, me llamo Valkiria.

La mujer que me ha respondido y una segunda chica me miran, las otras dos continúan su conversación.

—Yo soy Freya.

—Yo Abby, y déjame que te diga que me encanta tu acento, ¿de dónde eres?

Frunzo el ceño. Mi acento es bastante neutral, prácticamente inexistente. Pero supongo que depende del oyente. Y para estas cuatro mujeres, cualquier persona fuera de Mayfair, Chelsea o el barrio pijo de Londres del que proceden deben de tener acento.

—De Singapur.

En mi interior me regocijo ante mi respuesta, siempre me ocurre cuando digo que esa es mi procedencia en vez de España, aunque realmente ambas son ciertas. Es un pequeño acto de rebeldía contra mi padre.

Abby abre los ojos de par en par, con una expresividad acentuada por el cóctel que se ha bebido de dos tragos.

—¿En serio? ¡Madre mía! Me encanta Singapur. ¡Chicas, es de Singapur! —añade en un tono agudo que perfora el ambiente con descaro.

Las otras dos mujeres ni se inmutan, como si no hubieran oído nada o sencillamente no les importara. Freya, en cambio, me mira con auténtico interés. Abby, mientras tanto, gesticula con entusiasmo y apoya su copa en la barra. Tiene las uñas perfectamente cuidadas, pintadas con un esmalte impecable… salvo una, en la que destaca el triángulo con la raya y el círculo del símbolo de Harry Potter.

No estoy segura de si lo lleva por nostalgia o por parecer especial, pero esa uña desentona con su abrigo de borrego y su bolso de marca. Como si hubiera una parte de ella que aún no encaja del todo en el molde. Tal vez Abby no sea tan simple como parece. O sí, pero al menos ha leído algo más que Vogue.

—El año pasado fuimos las cinco a Singapur y nos encantó la ciudad. Nos quedamos en el Marina Bay Sands y… oh, dios mío, espectacular. No quería volver a Londres.

—¿Las cinco? —pregunto sin saber por dónde continuar la conversación.

—Sí, bueno, Sally no ha venido a este viaje. Digamos que se lio con el ex de Isa y… pues las cosas no acabaron muy bien.

Freya lo dice sin mirar a Isabella, y el tono de su voz se vuelve de pronto más neutro, casi defensivo. La aludida se limita a beber, sin decir nada, aunque su mandíbula se tensa como si estuviera reprimiendo una respuesta. La cuarta, que hasta ahora parecía ausente, se inclina hacia su bolso y empieza a rebuscar algo que no necesita. El tipo de silencio que solo se construye entre amigas de toda la vida, el que guarda más cuchillos que palabras.

—Bueno, da igual. Es flipante que seas de Singapur —retoma Abby, con ese entusiasmo desproporcionado que parece más una fuga que un comentario real—. Déjame que te invite a una copa, tu gente nos trató superbién.

Había algo en esa mujer que me chirriaba. Quizá era el tono chillón, o tal vez esa sonrisa artificial que parecía practicada frente al espejo. O tal vez era solo el hecho de que, aunque estaban todas físicamente juntas, ninguna parecía escucharse de verdad.

—No hace falta. Además, estoy trabajando.

—¿Trabajas en el hotel? —pregunta de repente una de las otras

dos amigas.

—No, no trabajo aquí. El propietario del hotel me ha contratado. Soy detective privada.

Los cuatro rostros se transforman en una sinfonía de expresiones. Antes de dar mi respuesta ya me había arrepentido de hacerlo. Es mi primera vez en una investigación así, tan distinta al resto de trabajos que he hecho. Debo crearme diferentes personalidades para pasar más desapercibida, pero estoy tan fuera de mi entorno que todavía no me he hecho a la idea de mi cometido.

—¿Detective privada? ¿Cómo en las películas? —pregunta la misma chica con cierta inquina.

—Sí, aunque supongo que eso se puede decir de todos los trabajos —digo irritada por que me hagan esa comparación una vez más.

—¿El qué?

—No hay ninguna profesión que no se haya representado en una película. Así que eso se puede decir de cualquier trabajo.

La chica alza las cejas con una notable molestia. La cuarta mujer aprovecha para romper la tensión.

—Yo me llamo Irene. Y por cierto, ¿qué le pasa a tus ojos?

—Soy Valkiria. Y se llama heterocromía —digo, aceptando su mano.

—Yo soy Isabella —dice la mujer que me ha preguntado por mi trabajo, con un deje de superioridad que roza lo cómico—. Y dime, ¿no eres un poco joven para ser detective privada? No sé… siempre imaginé que eso era cosa de hombres de cincuenta con gabardina y halitosis.

Antes de que pueda contestar, le hace una seña al barman como si invocara a un sirviente. Más que una clienta, parece la dueña del lugar. El gesto va en sintonía con su aspecto: se refugia tras unas gafas de pasta con estampado de leopardo. Si su objetivo era destacar, lo ha logrado… aunque más como la villana de El diablo viste de Prada que como una editora de moda de verdad.

—Nunca se es demasiado joven si el trabajo se te da bien.

Una vena surge en la frente de Isabella.

Mientras tanto, yo evalúo. Abby habla sin filtros, Freya observa demasiado, Irene apenas se ha mojado e Isabella… Isabella parece

acostumbrada a controlar la conversación, no a formar parte de ella.

Si tuviera que sonsacar información, ¿quién sería mi mejor apuesta? ¿Quién rompería antes el silencio con una confesión estúpida o una pista sin querer?

Isabella se dispone a soltar alguna respuesta envenenada cuando el recepcionista entra en la sala con brío.

—Señor Bowman, las puertas ya están cerradas. Como usted predijo, los últimos dos huéspedes no han llegado.

El dueño del hotel consulta la hora, yo miro mi móvil. Faltan cinco minutos para las diez. Entonces recorro el lounge con la mirada. Estamos los mismos que compartimos la cena en el comedor, reunidos como si, en una noche como esta, la soledad fuera demasiado pesada. El único ausente es Grigor Markov.

Me levanto justo cuando Isabella recupera la compostura y me acerco al sillón en el que Bowman conversa con Vartav.

—¿Dónde está Grigor? Debemos permanecer los tres juntos en la misma sala en todo momento para asegurarnos de que no ocurre nada.

El hombre no cuestiona mi actitud alarmada, pero permanece relajado.

—No te preocupes, señorita Kross, está en la sala de póker preparando la partida.

Sigo la dirección que señala y veo una de las puertas laterales abiertas. En ese momento el director del hotel se planta en el umbral y carraspea para llamar la atención.

—Quien quiera jugar al póker está invitado a unirse. La entrada a la partida son cien euros.

Las cuatro pijas cuchichean entre ellas, por su expresión no parecen muy dispuestas a unirse. Jac se levanta con un encogimiento de hombros. La mujer solitaria con la que todavía no he hablado e Ivan, que más tarde en la cena he descubierto que es el abogado de confianza de Bowman, también se unen.

—¿Hoy no vas a jugar? —pregunta el dueño del hotel con la mirada fija en el policía, quien sigue unido al sillón.

—Ya he dejado que el maldito Grigor me saque suficiente dinero, hoy prefiero no tentar a la suerte.

—¿Y tú?

—Asistiré a la partida, pero solo miraré.

—No nos gusta tener mirones —responde Bowman con una media sonrisa—. No te preocupes por la entrada a la partida, la cubro yo. Cuéntalo como un gasto de la investigación.

—Timur, necesitamos un crupier.

El recepcionista alza el rostro como un conejo que escucha una rama partirse en mitad del bosque.

—Déjale trabajar, le pago para que se encargue de las necesidades de los huéspedes, no para que te ayude a sacarnos el dinero —le espeta Bowman a su socio.

—Perdona, pero tú ya no eres más que el propietario del hotel, el director soy yo. Llevas ya varios años jubilado en la mejor suite del edificio, lo que cuesta una pasta cada vez que no puede ser alquilada. Como tú mismo sueles decir, los problemas ya no son asunto tuyo: tú recibes el dinero y yo gestiono los contratiempos. Así que, Timur, si no tienes ninguna tarea pendiente, serás nuestro crupier esta noche.

—Será un placer, señor —responde con ilusión.

La partida empieza tranquila, sin ningún intercambio copioso de fichas. Pero conforme se suceden las rondas y los cócteles, los jugadores se vuelven más audaces o estúpidos, en función de cómo se mire. Varios han comprado una segunda entrada y la mayoría de fichas se acumulan en mi lado y en el del director del hotel.

—Parece que hoy no vas a limpiar la mesa con tanta facilidad —dice Ivan con un tono ostensiblemente ebrio.

Grigor frunce el ceño, irritado por la burla velada en las palabras de su amigo. Con un resoplido de desdén, empuja la silla hacia atrás y se levanta de la mesa.

—¿A dónde vas? —exclama Bowman alterado.

—No me hables como si fueras mi madre. Reserva tu eterna prudencia para ti. ¿Todavía sigues con la tontería de esa carta?

—¿Qué carta? —interrumpe Ivan con cierto recelo.

—Voy al baño. Me salto la siguiente ronda, seguid sin mí —añade Grigor saliendo al lounge.

Timur asiente y comienza a barajar para preparar el siguiente

turno. Al ver mis dos cartas me encuentro con un cuatro de tréboles y un dos de diamantes. Soy la última en apostar en esa ronda, no parece muy prometedora.

Desvío la atención de la partida hacia Bowman. No me gusta que Grigor esté solo, pero mientras el hombre que me ha contratado permanezca conmigo no hay peligro de que se cumpla la premonición de la carta.

—Parece que la tormenta no deja de intensificarse a cada hora que pasa —dice Jac a la vez que apuesta la ciega pequeña.

El dueño del hotel se inclina para avanzar unas fichas hacia el centro de la mesa, pero antes de que llegue a tocarlas, la oscuridad se abate sobre nosotros con la brutalidad de un telón que cae sin aviso.

Mis sentidos se disparan. La piel se me eriza como si un millar de agujas gélidas me perforaran al mismo tiempo. El aire se vuelve espeso, impregnado de un miedo instintivo. Algo va mal. Algo va terriblemente mal.

El sonido repentino de una silla volcando rompe la penumbra. Bowman se ha puesto en pie y grita con voz cargada de pánico:

—¡Mierda, es una maldita trampa!

9

Antes de que pueda preguntar a qué se refiere, Bowman sale disparado. Me quedo inmóvil. Sé que debo seguirlo, que no puedo dejarlo solo, pero mi cerebro, incapaz de procesar lo que ocurre, se niega a reaccionar. Jac Ros se levanta y corre hacia la puerta. Su iniciativa finalmente rompe mi parálisis, y salgo tras él.

—¡¿Por dónde se ha ido?! —pregunto cuando salimos al lounge.

Solo soy capaz de distinguir formas y siluetas. Las chimeneas de la sala eran pantallas, así que no hay ninguna fuente lumínica.

—¿Ese era Bowman? —pregunta quien está plantado enfrente de nosotros. Por la voz sé que es Vartav.

—¿Qué está ocurriendo? —exclama una de las británicas.

—¿Acaso no es obvio? Un corte eléctrico en el pueblo, seguramente a causa de la tormenta —responde Isabella con su inconfundible superioridad moral.

—¡¿Alguien me quiere decir por dónde se ha ido?! —repito irritada por perder tanto tiempo.

—La puerta de la derecha —responde el barman por fin.

Salgo a la máxima velocidad que la penumbra del lugar me permite. Vartav y Jac van detrás de mí. Escucho más pasos, seguramente algún otro huésped se ha unido a la búsqueda.

Llegamos a la entrada. Hay ruidos en el piso superior.

—Vartav, ¿tienes una idea de a dónde ha ido Bowman? ¿Por qué ha salido corriendo? —Percibo que duda durante unos segundos antes de negar en redondo. Mi paciencia se está acabando ante tanta ocultación—. Vosotros dos, id a buscar a Grigor al baño, aseguraos de que no le pasa nada. Yo voy a por Bowman.

Los dos hombres asienten. Al salir hacia las escaleras, varios huéspedes llegan al vestíbulo soltando una sucesión molesta de preguntas. Las ignoro. Subo a toda prisa y me detengo en cada nivel para escuchar cualquier señal de movimiento. El eco de los pasos de Bowman se aleja con cada segundo que desperdicio.

El ruido de los huéspedes en las plantas inferiores me confunde. En más de una ocasión, me obligan a revisar pasillos vacíos que solo

me hacen perder tiempo.

Mi respiración se vuelve entrecortada cuando alcanzo el quinto piso. La oscuridad sigue siendo densa, aunque mis ojos ya se han acostumbrado a ella. El lugar es diferente. No hay un pasillo que se extienda hacia ambos lados, solo un pequeño recibidor con acceso al ascensor y cinco puertas. Todo parece más opresivo aquí.

Intento avanzar, pero los contornos de los escalones y los umbrales de las puertas se desdibujan en la penumbra. Tropiezo varias veces, mi cuerpo se tambalea en el vacío antes de recuperar el equilibrio.

Finalmente, llego a la puerta central, la más grande. Está entreabierta. Entonces, el aire se quiebra. Un estallido agudo retumba por el hotel, tan fuerte que siento cómo la vibración me golpea el pecho. Mis pies se anclan al suelo y todo mi cuerpo queda paralizado. A mi cerebro le lleva unas milésimas de segundo comprender qué ha ocurrido.

Un disparo.

Antes de que mi sistema reaccione, otro estallido reverbera en el hotel Esmeralda, varias plantas más abajo.

A una velocidad mucho mayor y apoyándome en las paredes y barandillas que encuentro, desciendo desbocada. Tengo claro que el sonido no provenía de la cuarta planta, así que me la salto. Al llegar a la tercera corro por los pasillos, con la mirada fija en la lejanía, tratando de identificar cualquier tipo de movimiento. También analizo las puertas, en busca de alguna abierta.

Sin éxito, desciendo otro piso. Oigo voces y protestas confusas, pero provienen del vestíbulo. Cuando tomo el pasillo hacia un lado veo una figura corriendo en dirección a una de las escaleras laterales del edificio. Acelero detrás del desconocido cuando, sin saber cómo, caigo de boca contra el suelo y ruedo por la moqueta. Trato de incorporarme mientras echo la mirada atrás. Hay un bulto sobre el pavimento. Está inmóvil.

Entonces las luces del hotel se encienden de golpe. El destello me hiere los ojos, pero no necesito parpadear para verlo. El cuerpo está ahí, justo frente a mí. Boca abajo. Dos agujeros abiertos en su espalda se oscurecen bajo un charco creciente de sangre. El aliento

se me atasca en la garganta mientras me inclino hacia un lado para confirmar lo inevitable.

Un frío me recorre la sangre. Tenía una sola misión y he fallado. La escena frente a mí se vuelve borrosa por un instante. ¿De qué sirvo como detective si no pude prevenir un asesinato anunciado?

10

Las primeras en llegar a la escena del crimen son las cuatro británicas seguidas de la única huésped con la que todavía no he hablado. Abby, Irene y Freya sueltan un grito y retroceden varios pasos, mientras que Isabella se queda paralizada en el umbral del pasillo. La mujer solitaria, cuyo nombre desconozco, se acerca aterrada al comprobar que los disparos que ha escuchado han arrebatado la vida de una persona.

Después llegan el recepcionista, Alexenia, el barman y el abogado Ivan. La reacción de todos ellos es la esperada. Ivan es el más afectado. Además de la sorpresa y dolor en su mirada, percibo una angustia mayor que en el resto de huéspedes.

Analizo el cuerpo de Grigor Markov. No es la primera vez que veo un muerto; en la carrera hicimos varios estudios con cadáveres de la Facultad de Medicina. Pero no es lo mismo enfrentarte a un cuerpo sin vida bajo luces blancas y rodeada de estudiantes que encontrarlo en mitad del pasillo de un hotel, todavía tibio, con la violencia aún flotando en el aire.

Termino de examinarlo, sin mucho que ver, y entonces llega Bowman. Me giro hacia él, atenta a cada gesto. En cuanto reconoce a Grigor tendido en el suelo, retrocede un paso, como si acabara de recibir un golpe invisible. Sus labios se entreabren, pero durante unos segundos no consigue articular palabra. El rostro, siempre tan contenido, ahora muestra una grieta: los ojos se le humedecen, y se lleva una mano a la boca, aturdido, como si necesitara algo físico a lo que aferrarse para no venirse abajo.

Las preguntas constantes de las británicas y las palabras suaves de Ivan parecen no alcanzarlo. Durante un momento, lo veo distinto: no es el magnate seguro de sí mismo que me contrató, sino un hombre al que acaban de arrancar a su socio y que no sabe cómo encajar el golpe.

Y quizás eso quiere aparentar.

—No… —murmura con la voz quebrada, más para sí que para los demás—. Esto no podía pasar…

Se gira, como si no pudiera soportar seguir mirando el cuerpo, y pasa una mano por su cara en un intento torpe de recomponerse. No derrama lágrimas, y tengo la impresión de que no sabe cómo hacerlo.

Lo observo con atención, buscando cualquier atisbo de culpabilidad o remordimiento. No encuentro ninguno. Solo esa angustia muda que deja claro que, en el caso de que él realmente no lo haya matado, esa muerte le incumbe más de lo que está dispuesto a admitir.

Los últimos en llegar son el superintendente Vartav y Jac, el escritor superventas. Han debido de pasar apenas sesenta segundos desde que volvió la energía. Llegan jadeando, con el rostro enrojecido por el esfuerzo. Al entrar y ver el cuerpo tendido en el suelo, Vartav se queda en silencio. No hace ningún gesto brusco, no suelta exclamaciones dramáticas, pero algo se quiebra en su mirada. Su mandíbula se tensa y su respiración se vuelve más lenta, como si su cuerpo intentara procesar lo que su mente ya ha comprendido: la amenaza era real. Grigor está muerto.

Durante unos segundos parece petrificado. No por sorpresa, sino por esa rabia contenida de quien quiso restarle importancia a algo que ahora desearía haber enfrentado con mayor seriedad. A través de su barba poblada, la tensión en su rostro es más evidente que nunca. Veo cómo sus ojos se clavan en el cadáver con una mezcla de incredulidad y culpa, como si el peso de lo inevitable le hubiese caído de golpe sobre los hombros.

Jac, en cambio, no oculta nada. Su expresión está entre la fascinación y la pena, como si presenciar la muerte en directo fuese la experiencia literaria que no sabía que necesitaba. Da un paso atrás y se apoya contra la pared del pasillo, fuera del foco de los demás. Sus hombros se hunden ligeramente, como si le costara sostener el peso del cuerpo. Se pasa una mano por el rostro, luego dirige la vista al cadáver con una mezcla de espanto y escrutinio. No solo lo mira: lo examina. La forma en que sus ojos recorren la escena, fijándose en los detalles del cuerpo, la postura, el rostro… no es la de alguien horrorizado. Es la de alguien que memoriza. Como si una parte de él no pudiera evitar tomar notas mentales,

incluso ahora. Y eso, más que su consternación, es lo que me resulta inquietante.

Retorno la vista a Bowman. Por muy afectado que parezca, la realidad es innegable: la energía se cortó justo cuando Grigor estaba solo, y Bowman salió corriendo de inmediato. Nadie puede confirmar que no sea el culpable; de hecho, es el principal sospechoso. Desconozco qué papel juega la carta en todo esto, quizás alguien intenta incriminarlo o, quizá, realmente es el asesino. Sea como sea, mi trabajo es descubrir la verdad.

—No hay señal. La tormenta se ha cargado las comunicaciones del pueblo. El internet tampoco funciona —dice Vartav dirigiéndose a Bowman, como si fuese el único presente en ese pasillo—. No me puedo poner en contacto con la central, y salir con esta ventisca es una locura.

—No importa, aquí ya hay un policía —digo—. Puedes encargarte de la investigación hasta que la tormenta cese.

—¿De qué estás hablando? Llevo los últimos años trabajando desde un despacho, no he dirigido una investigación en décadas, y menos todavía en una situación así, donde ni siquiera se puede llevar el procedimiento habitual.

Entorno la mirada, aunque, en el fondo, no me sorprende.

—Todo el mundo, escuchadme un momento —digo para que cesen las voces de las británicas y el cuchicheo de otros huéspedes—. Necesito que bajéis al vestíbulo y permanezcáis ahí juntos mientras llevamos el cuerpo a una habitación. Vartav, Bowman, quedaos aquí para ayudarme.

—Pero ¿qué está pasando? —pregunta Abby casi en sollozos—. ¿Quién ha matado a este hombre? ¿Por qué nadie parece sorprendido?

—En cuanto baje os explicaré la situación.

Freya la rodea por los hombros y trata de tranquilizarla. Poco a poco los huéspedes y empleados vacían el pasillo.

Antes de mover a Grigor, grabo un vídeo rápido. Registro su posición en el suelo, la forma en la que ha caído y los dos impactos en la espalda. También enfoco sus manos y las paredes cercanas.

No hay señales de forcejeo. Las uñas están intactas. Sus muñecas

y nudillos no muestran ninguna marca reciente. Las lámparas, cuadros y mesas del pasillo están en perfecto estado. Todo indica que fue un ataque limpio y preciso. Los disparos fueron certeros. Uno en la parte superior de la espalda, centrado. Otro en el lado izquierdo, perforando el corazón.

La conclusión preliminar es que el asesino disparó a quemarropa desde atrás. Grigor nunca vio venir el ataque.

—Bowman, ¿sabes qué estaba haciendo Grigor aquí?

Su expresión de derrota se ha suavizado, aunque sigue notablemente afectado. Es a la primera persona que quiero interrogar, pero todavía prefiero observar cómo evoluciona su reacción.

—El balcón de la habitación 211 tiene la barandilla rota. La semana que viene llega su sustitución. Hasta entonces, Grigor estaba usando esa dependencia. Supongo que no quería usar el baño del vestíbulo y ha subido al de su habitación.

Yo asiento. La puerta 211 está a unos metros de distancia. Vartav y Bowman levantan el cadáver y lo llevan hasta su cuarto. Cuando lo tumban boca arriba compruebo que los disparos no tienen orificio de salida, las balas siguen en el interior del cuerpo. Giran el cadáver para evitar que se desangre y volvemos al pasillo. Salvo por una pequeña mancha en la moqueta, no queda rastro alguno en el pasillo que sugiera que, minutos atrás, alguien murió allí.

Descendemos sin intercambiar ni una sola palabra. Al llegar a la planta baja, me sorprende el vacío sonoro que lo envuelve todo. Algunos rostros reflejan miedo, pero en la mayoría solo se percibe desconcierto.

—Alexenia, ¿hay alguien más en el edificio además de los que estamos aquí?

—No. El chef, sus ayudantes de cocina y los camareros ya se fueron. Los únicos empleados que íbamos a permanecer esta noche somos nosotros tres —dice señalando al recepcionista y al barman.

—En ese caso, me gustaría que cada uno se presente brevemente y diga por qué está aquí.

Responden a mi propuesta con cierta desconfianza, pero Jac da el primer paso, animado por la emoción de cómo se están

desarrollando los acontecimientos. De manera ordenada y calmada, las presentaciones se suceden. La única información nueva que obtengo es el nombre del barman, Nikolay, y la información sobre la desconocida, quien sigue afectada por el asesinato. Se llama Laura Vélez, es de Nicaragua y ha ido a Bansko a esquiar. A pesar de la cirugía que trata de esconder su edad, debe de sobrepasar la cincuentena de años.

—¿Lo que ha ocurrido es normal? —pregunto dirigiéndome de nuevo a Alexenia—. Me refiero a que se vaya la electricidad.

—Pasa una o dos veces al año. Algún árbol se habrá caído sobre el tendido eléctrico o la tormenta habrá afectado a la red. El hotel tiene un generador de emergencia, es lo que ahora mismo nos da energía. Somos el único edificio en todo el pueblo con luz.

—¿Y por qué no se ha encendido inmediatamente?

—Se activa tres minutos después de quedarse sin energía.

—Entiendo. ¿Quién estaba solo en el momento en el que se han escuchado los disparos?

Las cuatro chicas se miran entre ellas, como un grupo de estudiantes que ya han elegido compañeros para un proyecto de clase. La nicaragüense afirma que también estaba con las británicas, ellas lo confirman. Ivan y Nikolay, el barman, seguían en el lounge cuando los disparos. Vartav y Jac, al contrario de lo que esperaba, se separaron para buscar a Grigor al poco de que yo subiera por las escaleras. Alexenia y Timur, el recepcionista, también estaban solos. Si nadie miente, hay cinco sospechosos posibles: Bowman, Jac, Vartav, Alexenia y Timur. El detalle de «si nadie miente» es esencial en la afirmación.

—La víctima ha muerto de dos disparos. El asesino no ha dejado el arma en la escena del crimen. Antes de que continuemos, ¿alguien está armado?

La mayoría se intercambia miradas, como si acabara de proponer una locura absurda, pero Ivan reacciona al instante y dirige la vista a Vartav, quien desliza la mano hacia su chaqueta y deja al descubierto una pistola oculta en su costado.

—Nunca voy desarmado —dice sin ningún reparo.

—¿Te importaría dejar que la vea?

Vartav no ha modificado su actitud de recelo ante mi sucesión de preguntas. Sin apartar la mirada de mí, saca su pistola y me la extiende por la empuñadura. Es una nueve milímetros que, por su calibre, bien podría ser el arma homicida. Confirmo que el seguro está puesto y agarro el arma por el cañón, siempre apuntando hacia el suelo. El metal tiene la misma temperatura que el resto del arma. Sería imposible que se hubiera disparado dos veces hace quince minutos y no conservara calor al tacto.

—Yo también tengo un arma —dice Bowman mientras le devuelvo la pistola a su dueño—. Pero no la llevo encima, está guardada en mi suite.

He retrasado la pregunta obvia, no quería influenciar su reacción en lo ocurrido, pero ya es hora de confrontarle.

—Bowman, ¿por qué saliste corriendo cuando se fue la luz y Grigor no estaba? ¿A dónde fuiste? ¿Y por qué gritaste que era una trampa?

El hombre suelta un suspiro. Sus ojos ya no reflejan la misma seguridad. Ahora parece más acorralado que desafiante.

—En mi suite hay una caja fuerte electrónica. Hace unos meses alguien trató de robarla provocando un apagón. Por un momento he pensado que la carta era una distracción para un segundo intento. Cuando se fue la luz y Grigor no estaba, asumí que el verdadero objetivo era la caja fuerte.

—¿Qué tienes ahí?

—Dinero, oro, relojes… papeles importantes. Lo habitual que guardas en una caja fuerte.

Antes de que pueda decir nada más, un resoplido furioso rompe el silencio.

—¿Alguien va a explicar de una vez qué está pasando? —dice Isabella con los ojos encendidos de frustración.

Su demanda desata el caos. Los murmullos crecen hasta convertirse en un coro de exigencias y quejas.

—¿Qué es eso de la carta, Bowman? —interviene Ivan, con el ceño fruncido.

—¿Quién ha muerto? —pregunta Freya, su voz aguda y temblorosa.

—¿Y tú quién eres para dar órdenes? —espeta Laura, la mujer nicaragüense, con la mirada clavada en mí.

Las pulsaciones de mi corazón aumentan a cada segundo. Hasta entonces he sido capaz de centrarme en lo ocurrido. Tengo un muerto y debo encontrar a la persona que le ha quitado la vida. Es una tarea directa. Añadir a un grupo de humanos con sus emociones, demandas y quejas es completamente diferente. Nunca he hecho algo así, no sé cómo manejar todas esas partes a la vez.

—Señores y señoras, nuestra compañera es Valkiria Kross, detective privada —dice Jac, modulando la voz como un narrador, quizás imaginando cómo sonaría esta escena en uno de sus libros—. Y está aquí porque el señor Bowman, el propietario de este hotel, la contrató.

A pesar de la tensión ambiental, en los ojos de Jac brilla una chispa de emoción. Para él, es como estar dentro de una de sus novelas, y asumir un pequeño liderazgo le resulta casi natural.

El ambiente se sume en un nuevo silencio. Antes de que el caos vuelva a surgir, aprovecho la entradilla del escritor y continúo con la explicación. Menciono la carta que Bowman recibió y cómo predecía el asesinato con exactitud. También narro los hechos que han sucedido hasta la muerte de Grigor y la imagen que tengo por ahora del asesinato.

—Para resumir —continúo—, mientras siga la tormenta y no contemos con ayuda del exterior, debemos permanecer juntos. No hay ninguna confirmación de que no vayan a suceder más cosas esta noche. A fin de cuentas, todo apunta a que uno de los aquí presentes es un asesino.

Aunque no es mi intención, mi última frase queda suspendida en el aire como una advertencia ominosa. Los presentes nos intercambiamos miradas, intentando discernir si esa afirmación es realmente cierta.

Siento las respiraciones contenidas, la tensión acumulada en la sala, la carga invisible de ser la única con la responsabilidad de mantener a todos a salvo.

El eco del crimen sigue reverberando en mi pecho. ¿Y si me equivoco? ¿Y si dejo escapar una pista crucial y hay otra víctima esta

noche? ¿O más de una? Jamás he llevado un caso así, con tantas vidas pendientes de cada decisión que tomo. Me esfuerzo por mantener la compostura, pero por dentro, una voz insiste: No estás lista para esto. La ignoro. O lo intento.

Me reincorporo justo cuando un sonido irrumpe sobre el rugido de la tormenta: dos golpes secos y seguidos resuenan en el vestíbulo.

Alguien acaba de llamar a la puerta del hotel Esmeralda.

11

Los golpes en la entrada se repiten por segunda vez y hacen resonar un eco en el vestíbulo. Timur, el recepcionista, sale de su inmovilidad y corre hacia la puerta. Saca las llaves para desbloquear la entrada del hotel.

Los dos individuos que entran son una pareja de mediana edad recubierta de nieve. No hay un solo rincón de sus abrigos que no esté empapado o teñido de blanco, al igual que la maleta ancha que arrastran, que va formando un charco de agua a su paso.

El hombre de la pareja dedica una mirada enfurecida a Timur y le habla con rabia. No entiendo lo que dice, pero su descontento es notable. Al principio pienso que habla en búlgaro. Cuando Alexenia intercede para disculparse, comprendo que es ruso. El resto de huéspedes presenciamos esa discusión sin decir ni una palabra. Esa intromisión parece haber hecho que, por un momento, todos olvidemos que apenas veinte minutos atrás han asesinado a un hombre en este mismo edificio.

Cuando la conversación termina, el recepcionista acompaña a la pareja rusa al ascensor y desaparecen los tres de nuestra vista.

—Alexenia, ¿qué está ocurriendo? —pregunta Bowman alarmado. Por su expresión, no habla ruso.

—Eran los últimos huéspedes que quedaban por llegar —dice la directora de operaciones tratando de brindar un poco de luz al extraño suceso—. Tuvieron un accidente fuera del pueblo. Su coche se salió del arcén y se estrelló contra un árbol. Por suerte iban despacio. El vehículo está destrozado, pero ellos salieron ilesos. No tenían señal y no querían quedarse allí atrapados, así que… —Hace un ademán con la mano—. Caminaron hasta aquí.

—¿Dices que estaban en las afueras de Bansko? —pregunto suspicaz—. Cortaron el acceso justo cuando yo llegué, y eso fue a las seis y media de la tarde.

—Lo sé. Dicen que han movido el bloqueo de la carretera para entrar. Sabiendo que estaban al lado del pueblo y dada la tormenta, se negaban a dar la vuelta.

Asiento sin estar del todo convencida.

—¿Les has contado lo sucedido?

—¿El asesinato? No. Era mejor que primero dejaran las cosas en su habitación y se quitaran la ropa mojada.

—Está bien. Pero ahora sube a por ellos y explícales lo ocurrido. No se pueden quedar en la habitación. —Me giro hacia el resto y hablo con más fuerza—. Nadie debe estar solo. No hasta que descubramos qué está pasando aquí. Quedaos todos en el lounge. Bowman, Vartav y yo subiremos a su suite para ver si la pistola de Bowman es el arma homicida.

Los huéspedes me miran dubitativos. Está claro que la voz de una veinteañera extranjera no es muy autoritaria. Sin embargo, cuando el abogado se dirige hacia la sala de estar, el resto comienza a seguirle poco a poco, y el grupo se dispersa sin que nadie proteste.

Al final el único que queda es Jac. Antes de que abra la boca, ya sé lo que quiere. Se mueve con una vacilación que no le había visto antes. Se pasa la mano por la nuca, como si buscara las palabras.

—Me gustaría subir con vosotros, si no es inconveniente.

Detecto un brillo extraño en su mirada, mezcla de curiosidad genuina y algo que no alcanzo a nombrar del todo. Quizá remordimiento. O quizás esa maldita fascinación por lo real que tienen los escritores de crimen.

Suelto un suspiro y me dirijo al ascensor sin responderle. Él me sigue en silencio.

—Alexenia, asegúrate de que el matrimonio ruso y el recepcionista también van al lounge.

La directora de operaciones del hotel me observa con cierta reticencia, pero acaba asintiendo. El ascensor se cierra con los cuatro dentro. Ninguno dice una palabra, todos tenemos la mente en otro lugar. No sé en qué piensan esos tres hombres, pero yo sí que tengo claro qué hay en mi cabeza: los individuos que me acompañan son mis principales sospechosos.

Las razones que justifican por qué Bowman podría ser el asesino son obvias. En cuanto al policía y el escritor, ambos estaban solos en el momento del asesinato, los dos presentan una fisonomía similar a la silueta que vi corriendo junto al cadáver de Grigor y tienen

experiencia disparando armas.

Al llegar a la última planta del hotel el vestíbulo se percibe de una manera completamente distinta. En la penumbra absoluta y bajo el influjo de la adrenalina, todo adquiere un matiz peculiar. Lo que antes me pareció lúgubre ahora se transforma en la opulencia esperada de la planta más exclusiva de un hotel ya de por sí lujoso. La puerta más amplia sigue entreabierta.

Al entrar, la habitación me sorprende. A diferencia del resto del complejo, esta suite parece un hogar. El lujo sigue presente en los pilares de roble y los muebles de acabados impecables, pero aquí también hay calidez, un toque personal.

—¿Dónde guardas tu arma? —digo cuando termino mi inspección visual.

—En mi dormitorio.

Nos dirigimos hacia el cuarto principal. Las grandes ventanas del salón llegan hasta su alcoba. Ahora mismo solo se ve una negrura profunda, quebrada por el impacto de la tormenta, pero de día debe de otorgar unas vistas magníficas de la montaña.

Bowman se agacha para abrir su mesita de noche y se encuentra con un cajón vacío.

—No está —recalca sin un ápice de asombro en la voz.

A mí tampoco me sorprende.

—Entonces ya sabemos cuál es el arma homicida. ¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Anoche. Antes de dormir siempre me aseguro de que está ahí.

—¿Quién tiene acceso a tu suite? —dice Jac, adelantándose a que yo formule la misma pregunta.

Le miro de soslayo, su atención permanece fija en Bowman. Está claro que disfruta sintiéndose dentro de uno de sus libros.

—El personal de limpieza y yo.

—¿Nadie más? ¿Grigor o Alexenia no pueden pasar aquí? —respondo yo antes de que el escritor interfiera.

—Sí, aunque no directamente. —Al ver mi expresión carraspea y se explica mejor—. Cuando decidí jubilarme y mudarme a la suite, cambié la cerradura. Ya no funciona con el mismo sistema que el resto de habitaciones del hotel. Es decir, ningún recepcionista o

empleado puede acceder a excepción de las dos personas que limpian tres veces a la semana. No obstante, tanto a Alexenia como a Grigor les sería muy sencillo obtener acceso a la suite. A fin de cuentas, no deja de ser una estancia del hotel.

—¿Y dónde tienes la caja fuerte?

Bowman se acerca a una puerta entornada. Lo que pensaba que era un baño se trata de un amplio vestidor. Aprieta una parte del revestimiento de madera y se revela una caja fuerte empotrada en la pared.

—Cuando la luz se ha ido has subido aquí para comprobar el contenido de la caja fuerte, ¿no es así? —Bowman asiente—. ¿Faltaba algo?

—No. Estaba intacta. Quien sea que está detrás de lo ocurrido debe de conocerme lo suficiente como para saber cómo reaccionaría ante un apagón. Han usado esta intuición para crear la oportunidad de asesinar a Grigor y culparme a mí de ello. Desde el inicio lo supuse. Esto no es un juego, el asesino sabe perfectamente lo que está haciendo.

—Es un razonamiento interesante. Si es cierto que hay una tercera persona detrás del crimen, está claro que siguió un plan meticuloso. Pero también cabe la posibilidad de que las apariencias no engañen y tú seas el asesino, y que la historia de la caja fuerte no sea más que una coartada cuidadosamente construida.

Como respuesta, Bowman se encoge de hombros, sabiendo que no hay nada que pueda añadir que niegue mi acusación.

—¿Podemos ver el contenido de la caja fuerte? —pregunta Jac.

La expresión de Bowman se tensa. Esa era una petición que no esperaba recibir, pero sabe que no se puede negar. Bloquea la pantalla de control con su cuerpo e introduce una serie de dígitos. Un pitido indica que la secuencia es correcta.

—Ya os lo he dicho. Guardo efectivo, relojes, oro y documentos importantes. Algo que un ladrón desearía tener, pero nada que me inculpe del crimen.

Jac y yo nos asomamos al interior de la caja fuerte. Relojes, lingotes de oro, fajos de billetes en varias divisas. Y al fondo, un montón de documentos que no me detengo a analizar. Todo aquello

debe de valer millones.

Sin previo aviso, Bowman cierra la caja y vuelve a ocultarla tras el revestimiento de madera. Si la persona no conoce previamente su localización, es imposible detectarla a simple vista.

Al salir al recibidor Bowman cierra con llave la suite. Yo llamo al ascensor. Se encuentra en el vestíbulo, lo que indica que Alexenia ya debe de haber bajado con los últimos huéspedes.

—¿Dónde está la sala de control de las cámaras de vigilancia? —digo señalando el aparato que nos enfoca desde una esquina.

—Junto a la oficina, en la planta baja.

Asiento y los cuatro nos metemos en el ascensor. Miro a Vartav. Sigue con la misma seriedad imperturbable desde que hallaron a Grigor. Es obvio que era su amigo, pero no solo percibo tristeza en su rostro, también cierto temor.

Bowman nos dirige hacia la sala de control. Yo me esperaba un sistema más complejo de seguridad, pero lo que me encuentro es un ordenador y dos pantallas. Aunque están encendidas, en vez de mostrar imágenes del hotel hay decenas de mensajes:

Sin señal.

—¿Esto es normal? ¿Se debe al corte de la corriente?

—Las cámaras tienen batería propia. Esto no es un fallo.

—Las han manipulado —digo resignada—. ¿Cuándo dejaron de grabar?

—Se ha borrado el día de hoy entero. Copias de seguridad incluidas.

—¿Puedes volver a conectarlas?

Su expresión lo dice todo. Suelto un suspiro y salgo de la habitación, con los otros tres siguiéndome. Sin cámaras, sin internet y sin conexión con el exterior, esto será a la vieja usanza.

Cuando llegamos al vestíbulo, además del rugir de la tormenta al golpear las cristaleras, se escucha un rumor de varias voces en la sala de estar. Al llegar no sentimos la inquietud de la vez anterior. Lo que veo en la mirada de los huéspedes es puro pavor.

—¡Yo me voy de aquí ya y nadie me lo va a impedir! —dice

Isabella, la más insoportable de las cuatro británicas.

—Pero ¿tú estás loca? —le responde otra de las amigas—. ¿Has visto la tormenta…?

Freya no llega a terminar su pregunta, se detiene al vernos entrar. Todos me miran con una mezcla extraña de inquina y esperanza. Como si yo fuese la única que puede solucionar lo que está ocurriendo, pero a su vez tuviesen claro que sería incapaz.

—Ha llegado una segunda carta —dice el barman ofreciéndome un trozo de papel.

—¿Qué? ¿Dónde estaba?

—En mitad de la barra del bar. Alguien la ha debido de dejar ahí aprovechando la confusión —responde Freya como si me estuviera retando a descubrir quién es el autor.

Cojo la carta y la leo por encima. Esta es aún más breve que la que recibió Bowman. A pesar de su reducida extensión, su contenido es estremecedor:

> *La noche todavía no ha terminado, al igual que tampoco los asesinatos. En las próximas horas, Bowman matará a un huésped. No os molestéis en tratar de evitarlo, este hombre es imparable.*

Debajo del escueto párrafo, las mismas tres letras firmaban la misiva:

A. M. D.

12

Leo la carta por segunda vez, en esta ocasión en voz alta. Vartav y Jac se tensan al escuchar mis palabras, Bowman permanece inerte. Al igual que yo, él ya debe de suponer que Grigor no es el único objetivo de esa noche. Quien ha orquestado esto se ha tomado demasiadas molestias para que todo acabe en un asesinato aislado. No, esta noche el asesino pretende volver a matar.

Leer la carta no me sorprende; en realidad, me alivia. Es un nuevo hilo del que tirar. Aunque las reacciones parecen auténticas, al menos una es fingida.

—Voy a empezar con los interrogatorios —digo, cortando la quietud cargada que nos envuelve —. Alexenia, asegúrate de que nadie sale de esta habitación solo. Si alguien necesita ir al baño, debe ir acompañado de otra persona. —La directora de operaciones asiente con desgana, sigue sin convencerle mi rol como líder de la investigación—. Willow Bowman, vas a ser el primer interrogado. Pasa conmigo a la sala de póker.

El propietario del hotel asiente con su rostro inexpresivo.

—Valkiria. —Una voz masculina a mi espalda me sobresalta. Jac está a medio metro de mí y habla prácticamente en susurros—. ¿Podría acompañarte…?

—¿A los interrogatorios? Imposible —lo interrumpo tajante.

Ya estoy cansada de la actitud impertinente del escritor. Trata lo ocurrido como un juego, cuando un hombre ha muerto y la vida de los presentes, incluida la suya propia, está en peligro.

—Entiendo tu reticencia, pero te conviene tenerme en los interrogatorios.

—¿Perdona? —replico con un tono más elevado del que me habría gustado—. ¿Me conviene?

Jac me observa como si intentara decidir cuánto puede presionarme antes de que pierda los nervios.

—Seamos sinceros, eres una novata. Lo admito, me sorprende que hayas llegado hasta aquí sin derrumbarte. Pero esta es tu primera investigación de un asesinato, ¿verdad?

Respondo con el silencio. Jac prosigue, con esa media sonrisa de quien se cree demasiado listo.

—Eres detective privada, no policía. Tu trabajo consiste en descubrir fraudes, infidelidades, espionaje empresarial… Tal vez alguna desaparición, pero no asesinatos. Y por tu edad, tampoco pareces tener mucha experiencia.

Sus palabras me irritan, pero también me mantienen alerta. Lo peor es que no se equivoca.

—¿A dónde quieres llegar? —replico con voz fría.

—A que llevo quince años en esto —dice, acercándose un poco más—, viviendo del crimen. No cometiéndolo, claro, pero escribiendo sobre él, investigándolo, entrevistando a gente de ambos lados. Asesinos y quienes los persiguen. —Hace un gesto con la mano, restándole importancia—. Además, hablo un poco de ruso. No querrás interrogar al matrimonio sin ayuda, ¿verdad?

Siento que mi mandíbula se tensa cada vez que Jac abre la boca. ¿Quién se cree que es? ¿Piensa que escribir sobre asesinatos le da derecho a opinar en una investigación real? Aprieto los puños y suelto el aire con lentitud. No he perdido la compostura porque es mi trabajo. Porque llevo años preparándome para este momento. El miedo está ahí, vibrando bajo la piel, pero también lo está la adrenalina que me mantiene alerta.

—No engañas a nadie, Jac. Tú solo quieres participar en la investigación para escribir una versión caricaturizada de la realidad en tu próxima novela.

—Quiero estar a tu lado porque nunca he tenido la oportunidad de documentarme de una forma tan inmersiva. Pero también pretendo salir vivo de aquí, y sé que si te ayudo ambos tendremos más posibilidades de que eso ocurra.

—Sabes que eres un sospechoso, ¿no?

—De no serlo ya me confirmarías que no sirves para esto.

Quizás es el tono con el que habla, pero esa respuesta no me la tomo como un insulto, sino como un reto.

—No abras la boca si no te lo digo. Y también quita esa estúpida sonrisa. No estamos en un parque de atracciones, vamos a descubrir a un asesino.

Jac asiente mostrándome todos sus dientes, incapaz de esconder su satisfacción.

Entramos en la sala de póker y cerramos la puerta. Las fichas y las cartas están desparramadas sobre la mesa. Bowman se ha sentado en el que era su sitio.

—Explícame cómo es que un británico terminó siendo propietario del hotel más importante en un remoto pueblo de las montañas búlgaras.

El propietario del hotel levanta la ceja, seguramente sorprendido porque no indague directamente en los asuntos relacionados con la muerte de Grigor.

—¿Acaso no me investigaste antes de venir aquí?

—Por supuesto que lo hice, pero quiero conocer tu versión.

Bowman se encoge de hombros.

—Trabajé en finanzas en Londres hasta los treinta. Tenía dinero, quería algo diferente. Durante unas vacaciones de esquí en Bansko, vi el potencial del lugar. Decidí invertir.

Se queda en silencio un instante, observando mi reacción. Quiero que se centre en lo importante, pero parece disfrutar de su propia historia.

—Compré propiedades, y cuando las primeras inversiones funcionaron, fui a por algo más grande: este hotel. —Hace un gesto amplio con la mano, como si mostrara su reino particular—. Los primeros años fueron un desastre. Los inversores querían su dinero de vuelta, pero logré convencerlos de que aguantaran. Cuando finalmente construyeron las pistas actuales, los beneficios se dispararon. Hace cuatro años me jubilé. Decidí vivir aquí, en mi hotel, disfrutando de los lujos que puedo permitirme.

—Una historia inspiradora, pero muy poco práctica para la situación. Vamos a los hechos. Háblame de tus enemigos. ¿Quién te puede odiar tanto como para querer inculparte de varios asesinatos?

—¿Enemigos? —dice Bowman con un bufido—. ¿Qué soy, el antagonista de una película?

—Eres alguien que todas las noches comprueba que tiene una pistola al lado de la cama. Me da igual si no los quieres llamar enemigos, pero está claro que hay gente que se beneficiaría de que

estuvieses en la cárcel, y desde luego que también debe de haber personas que te odian tanto como para tomarse las molestias de preparar este teatro.

—Sí, tengo enemigos, es una de las consecuencias de tener dinero y poder, mucha gente querría arrebatártelo. Si esperas que te dé una lista de nombres, no va a ser posible. Una cosa es tener enemigos en los negocios, alguien a quien le gustaría verte arruinado, fuera del mercado, o incluso atropellado para que dejes de ser un obstáculo. Pero, como bien has señalado, eso es diferente a lo que ocurre aquí. Quien está detrás de esto tiene un odio mucho más personal. Los beneficios que alguien obtendría al verme sufrir como pretende van más allá de lo económico. Y es en este caso cuando no tengo ni idea de quién puede ser. Si lo supiera, no necesitaría contratarte; ya me habría encargado de solucionarlo por mí mismo.

—Está bien. Parece que no vamos a sacar mucha información con este enfoque. En ese caso, vayámonos al otro supuesto. ¿Cómo sales ganando con la muerte de Grigor?

Bowman trata de permanecer indiferente durante mis preguntas, quiere mantener la apariencia de caballero británico que tan practicada tiene. Yo quiero ver su verdadera naturaleza. A juzgar por la tensión en su cuello, estoy cerca.

—Señorita Kross, no aprecio tu tono. Grigor era mi amigo y socio desde hace más de treinta años. Su muerte no me da nada más que problemas.

—¿Problemas?

—Sí. La noticia va a recorrer toda Europa. «Gerente de hotel de lujo asesinado en sus propias instalaciones». Los huéspedes disminuirán y, para colmo, Grigor era esencial en la gestión. Encontrar a alguien que lo reemplace será casi imposible. —Bowman respira hondo, clavándome la mirada—. Créeme, no tengo nada que ganar con su muerte.

»Entiendo que me quieras interrogar, soy el principal sospechoso, el asesino se ha encargado de ello. Pero yo no he matado a Grigor. Y te he contratado para encontrar al verdadero responsable, hablando conmigo lo único que consigues es perder el tiempo.

Comprendía la posición en la que se encontraba, sobre todo si él no era el asesino. Y también estaba claro que quería resolver la situación cuanto antes. Lo incoherente era que continuara guardándose información.

—Sobre ese tema va encaminada mi última pregunta. ¿Por qué estoy aquí en realidad? Soy una detective privada extranjera sin excesiva experiencia. No te equivoques, soy buena. Voy a descubrir al asesino, ya se encuentre en esta habitación o en la contigua. Pero eso no explica que me quieras tener aquí.

Bowman se desinfla en su asiento. Está llegando al límite de su paciencia. Se toma un par de segundos para evitar perder los nervios y me responde con cierta antipatía.

—Ya te lo he dicho. —Bowman se pasa una mano por la frente, como si buscara las palabras adecuadas—. Tu padre estaba conmigo cuando recibí la carta. Creyó que necesitaría a alguien para investigar esto y me pidió que te contratara. Acepté porque confío en su criterio y quería a alguien fuera de mi entorno habitual.

Ahí seguía esa omisión de información. ¿Acaso ese hombre estaba tan acostumbrado a mentir que era ya un defecto involuntario?

—¿Por qué tengo la sensación de que me ocultas más cosas de las que me cuentas? Desde que te he conocido he tenido esa percepción. El significado de la firma de las cartas es un ejemplo de ello. Al principio este hecho era un impedimento para que te protegiera con éxito, pero ahora es obstrucción en la investigación de un asesinato. Si sabes cualquier cosa relacionada con lo ocurrido, debes hablar. Tu libertad depende de ello.

»Ahora mismo todas las pruebas te señalan: la carta que anunciaba una muerte que se ha cumplido, tu reacción corriendo ante el corte de luz, la ausencia de testigos en el momento de los disparos y los indicios que apuntan a que el arma homicida es la tuya. Si para cuando acabe la tormenta y recuperemos las comunicaciones no hay más información, te arrestarán por el asesinato de Grigor Markov y, si no actuamos antes, quizá también por la muerte de más personas.

La respuesta que obtengo es un silencio absoluto. Ni siquiera parece que sea capaz de hacer ruido con su respiración. Mantengo

la presión de su mirada durante un minuto. No entiendo qué hago aquí si ese hombre no tiene intención de ayudarme a conseguir el objetivo por el que me ha contratado.

—Te puedes ir.

Sin un ápice de cambio en su rostro, Willow Bowman se levanta y abandona la sala.

—Ese hombre es fascinante —dice Jac en cuanto se cierra la puerta.

Por lo menos ya no suena como si disfrutara del espectáculo. Esta vez lo dice con tono neutro, casi analítico. Aun así, su mano sigue sujetando una pluma, y el bloc de notas abierto frente a él muestra varios garabatos que ha hecho mientras yo interrogaba. No me gusta.

—¿Quién sigue en la lista?

—Tú. Siéntate donde estaba Bowman.

13

Frente a mí tengo al escritor superventas Jac Ros, sosteniéndome la mirada a la espera de mis preguntas. Esta situación dista mucho de lo que imaginaba para mi semana antes de recibir una carta búlgara.

—Empecemos por el principio, ¿exactamente qué haces aquí?

—Ya te lo dije, estoy escribiendo mi siguiente novela. Vengo a Bansko todos los años por estas fechas.

—¿Cuándo llegaste y cuánto planeabas quedarte?

—Vine hace dos semanas. Mi idea era quedarme hasta finales del mes, aunque dada la situación ya no estoy seguro de que eso sea posible.

—¿Qué relación tienes con Bowman, Grigor y este hotel? ¿Cómo descubriste este lugar?

—Llegué aquí por casualidad, como la mayoría. Hace unos años, harto del calor veraniego del sur, busqué un sitio frío en el mapa y terminé en Bansko. —Me mira con esa sonrisa burlona que se le da tan bien—. En cuanto a Bowman y Grigor, los conozco solo porque soy cliente habitual. Vengo a este hotel cada año, la editorial siempre paga los mejores retiros de escritura. Mientras les siga dando beneficios, no ponen pegas. Eso es todo. Ningún misterio.

Jac habla con una tranquilidad pasmosa. Parece que esté dictando una de sus novelas en vez de defendiéndose de una posible acusación de asesinato. Ya no hay rastro del morbo que mostraba por hallarse dentro de una investigación, pero su seguridad me sigue inquietando.

Estoy a punto de retomar mis indagaciones cuando se me adelanta, como si me hubiera leído el pensamiento.

—Si me vas a preguntar sobre mi posible móvil o involucración con el crimen, te seré franco. No gano nada con la muerte de Grigor Markov, ni tampoco con la inculpación de Bowman. El dinero dejó de ser una motivación hace mucho tiempo. Y no tengo una relación con la víctima. Ni amorosa, ni de ningún otro tipo. Con eso ya he eliminado el ochenta por ciento de los motivos para cometer un crimen. Para quitar otro dieciocho por ciento, recalcaré lo obvio, y es

que este no es un asesinato surgido del calor del momento. Se trata de algo premeditado y planificado, es posible que durante meses, o incluso años.

»Está claro que aún queda un pequeño hueco para un posible móvil. Algún tipo de acuerdo comercial privado que desconozcas o un pasado que nos una, pero te puedo asegurar que no existe tal cosa. Mi implicación en esta investigación es meramente casual, aunque estoy encantado de que así sea.

Al contrario de lo que podría parecer, que Jac me diera la información de forma tan directa era más una complicación que una ayuda. Al carecer de la iniciativa en la conversación, me cuesta más discernir la verdad.

—Eres escritor, Jac. Vives de contar historias —le digo mientras me inclino hacia delante, observando cada uno de sus gestos—. Y puede que esto sea otro relato más. He visto tus entrevistas. Eres de esos que se tiran de un avión solo para describirlo mejor en sus libros. —Deslizo la mano sobre la mesa, como si apartara todas sus excusas —. Eso incluye disparar armas. Podrías haber acertado a Grigor en la espalda sin problema.

Jac muestra esa sonrisa que pretende ser divertida y desafiante.

—La figura que vi corriendo tenía hombros anchos y espalda corpulenta. Adivina quién encaja con esa descripción. Además, tú mismo sugeriste separarte de Vartav. Ni siquiera tienes coartada. Y para colmo, pareces estar disfrutando de la situación. Como si me retaras a descubrirte. Los asesinos que se creen más inteligentes que todos suelen hacer justo eso.

»Lo que tú me has contado es una historia. Lo que yo acabo de exponer son hechos. A mí me gusta dejar las historias para los libros de antes de dormir y, cuando trabajo, ceñirme solo a los hechos.

Por su expresión, mi acusación le entretiene más que le preocupa.

—De lo que has expuesto hay un elemento que no es un hecho, lo referido a mi actitud. Esa es una valoración subjetiva. Es más, yo saco una conclusión opuesta a la tuya. Mi actitud es una prueba más de mi inocencia. Teniendo en cuenta que el asesino está entre nosotros, su objetivo es pasar desapercibido. Destacar como yo lo hago es una idea nefasta. La única razón que justificaría hacerlo es

que tratamos con un psicópata de manual.

A pesar de su impertinencia, algo en su forma de pensar y hablar me resulta estimulante. En varias ocasiones ya me ha sorprendido con razonamientos que a mí no se me habían ocurrido. Eso no me suele pasar.

—En ese caso, tú cumples el perfil a la perfección. Siempre he pensado que los escritores de novela negra son unos psicópatas. No se puede estar todo el día dándole vueltas a cómo matar a alguien y no serlo.

—Oh, sin duda —dice para mi sorpresa—. Es obvio que presento al menos una psicopatía leve, pero siempre me cercioro de dejar mis comportamientos antisociales en el teclado. De todas formas, respeto tu punto de vista. Está claro que un escritor de thriller convirtiéndose en asesino es un argumento fascinante y, sin duda, comercial. Pero eso no es lo que sucede aquí.

Tras varias interacciones, empiezo a descifrar su personalidad. No gano nada fijándome en lo irritante que es, pero su experiencia y su psicopatía funcional pueden ser útiles para el caso.

—Entonces, ¿qué sugieres? ¿Qué piensa tu cabeza de escritor que está ocurriendo aquí? Aunque estés acostumbrado a vivir estas situaciones detrás de un teclado, supongo que cuentas con alguna conjetura.

Por primera vez, se sorprende ante una respuesta mía, aunque rápidamente se sustituye por su habitual sonrisa socarrona.

—Te aviso que mi mente de escritor no busca la versión más plausible, sino la más entretenida y comercial. Algo que pueda ser real, a la vez que descoloque al lector y le pille desprevenido.

—Mientras que se contemple dentro de las leyes de la física, estoy dispuesta a valorar tus ideas.

—Yo pienso que el responsable o responsables de la carta de Bowman y el asesinato de Grigor son los espíritus de los Draganov. Se están vengando.

A pesar de su contestación, es la primera vez que me mira con tanta seriedad. Quizás por eso no descarto de inmediato su absurda sugerencia.

—Los espíritus no aprietan gatillos, Jac.

—Pero quienes los utilizan como distracción, sí.

Agudizo la vista, tratando de interpretar sus pensamientos.

—¿Estás hablando de la casa que se incendió hace treinta años? La que se erigía aquí antes de que se construyese el hotel.

—Así es —dice Jac, con un brillo calculador en la mirada—. Un matrimonio búlgaro se mudó aquí buscando tranquilidad. Bowman quiso comprarles la propiedad. Se negaron. Poco después, su casa ardió con ellos dentro. Caso cerrado como accidente. Pero dos meses más tarde, Bowman ya estaba construyendo este hotel.

—¿Y qué te hace pensar que ese incidente, ya fuese accidental o no, está relacionado con el caso actual?

—Yo, al contrario que tú, no solo me fijo en los hechos, también en la historia subyacente. Hay algo muy críptico en lo ocurrido. Una carta que anuncia que el destinatario va a asesinar a alguien. La firma con unas iniciales cuyo receptor conoce su significado. La ocultación de información por parte de Bowman. El asesinato de una persona en una coyuntura muy extraña… En mi experiencia, si quieres matar a alguien lo haces de la forma menos llamativa posible. Lo que está ocurriendo aquí es todo lo contrario.

—Esto solventaría una molestia que tengo en mi cabeza desde que leí la primera carta —digo mientras pienso en voz alta—. En el mensaje llaman a Bowman «asesino y propietario del hotel». Si hablaban de Grigor, aún no había homicidio. ¿Entonces? Tal vez se referían a la muerte de los Draganov. —Me detengo unos segundos, esa conversación se ha tornado un tanto sugestiva—. Supongamos que tienes razón y hay una relación entre ambos incidentes. En ese caso, ¿por qué ahora? Han pasado treinta años.

—Esa parte de la historia es la que estoy deseando descubrir. Puede que sea una simple coincidencia o que haya una razón de peso detrás. Aún no tengo ninguna respuesta.

—Este es el problema de seguir historias en lugar de hechos: terminas en callejones sin salida de los que solo puedes escapar con más especulaciones. Ahora mismo no hay ninguna prueba que conecte ambos incidentes. Y si añadimos que han pasado treinta años desde la muerte de los Draganov, la posibilidad se vuelve aún más remota. En caso de haber sido un asesinato, incluso ya habría

prescrito.

Las últimas palabras las alargo más de lo normal, una idea ha nacido en mi mente. Bajo la cabeza para evitar que se interrumpa esa germinación. Cuando vuelvo a alzarla y miro a Jac, sé que él piensa lo mismo que yo.

—¿Qué haces cuando los crímenes que intentas atribuirle a un culpable ya han prescrito?

—Creas nuevos crímenes con los que incriminarle.

14

Jac y yo, casi sin notarlo, nos dejamos arrastrar por las especulaciones que tanto caracterizan su manera de enfocar el caso. Enfocar la investigación como una historia por contar nos da libertad, pero cuando nuestra conversación termina, no estamos ni un paso más cerca de la verdad.

Lo que sí sucede durante el interrogatorio es que mi percepción de Jac cambia. Aún siento cierta reticencia hacia él, pero empiezo a confiar en su criterio, algo que no me ocurre con facilidad.

Jac vuelve a estar sentado a mi lado, y ahora es el superintendente Vartav quien no me quita ojo de encima. Con esa barba espesa que le cubre medio rostro, da la impresión de estar espiándome desde detrás de un seto. Desde que supo a qué me dedico, su actitud hacia mí ha sido la de un semidiós de las epopeyas mitológicas dirigiéndose a un simple mortal: con suficiencia y hastío. No me molesta; de hecho, que le incordie verme podría beneficiarme: tal vez acabe diciendo más de lo que pretende.

—Me gustaría saber qué clase de relación tienes con Bowman y tenías con Grigor.

Vartav pone los ojos en blanco. Su tolerancia hacia mí se ha desvanecido en la primera pregunta.

—Relación de amistad.

—¿Desde cuándo sois amigos?

—Desde antes de que nacieras.

No solo su tono es tosco, también su acento. Por alguna razón, ahora suena con un marcado acento búlgaro, mucho más fuerte que en otras conversaciones que le he oído mantener, como si al hablar así emergiera su lado más frío y distante.

—¿Dónde estabas en el momento en el que se escucharon los disparos?

—En el hotel —responde sin molestarse en mirarme.

—¿Puedes ser más específico?

—Dentro del hotel.

Me sorprende no sentir irritación. Jac me incordiaba con facilidad.

Vartav, sin embargo, me resulta… entretenido. Solo necesito encontrar la manera de sortear sus respuestas condescendientes.

—¿Estabas solo?

—Sí.

—¿Por qué te separaste de Jac?

—Él lo sugirió.

—¿En qué planta te encontrabas cuando sonaron los disparos?

—En ninguna. —Su mandíbula se tensa un segundo antes de añadir—: Subía por las escaleras.

—¿A dónde?

—A la primera planta.

Sin darme cuenta, mis preguntas salen cada vez más rápido. Vartav responde también a mayor velocidad.

—¿Por qué llevas un arma dentro del hotel?

—Siempre la llevo encima.

—¿Hoy la has desenfundado en algún momento?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando me has pedido que te la dejara.

Sus respuestas son inmediatas, ni siquiera llega a imprimir emociones.

—¿Has asesinado a Grigor Markov?

—No.

—¿Sabes quién lo ha hecho?

—No.

—¿Piensas que Willow Bowman es el asesino?

—No.

—¿Estabas al cargo de la investigación de la muerte de los Draganov hace treinta años?

Como si un cortocircuito lo sacudiera, su rostro palidece. Su expresión contrasta con la impasibilidad que mostraba hasta ahora. Sin embargo, por muy cerca que hubiese estado, mi truco no funciona. Antes de responder, su cuerpo se tensa y detiene las contestaciones automáticas. Han pasado solo unos segundos, pero es suficiente. Ya está en guardia.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una pregunta como cualquier otra. ¿Por qué no la respondes igual de rápido que las anteriores?

—¿Qué tiene que ver algo que sucedió hace treinta años con la muerte de mi amigo? ¿Qué clase de interrogatorio es este?

—Hace un rato mencionaste que llevas veinte años sin hacer trabajo de campo. Mi pregunta es simple. Cuando ocurrió el incidente de los Draganov, ¿trabajabas en Bansko? ¿Estuviste a cargo de la investigación?

—No pienso responderte a nada que no esté relacionado con el asesinato de Grigor. Suficiente incordio me supone ya responder tus preguntas impertinentes. El único motivo por el que coopero es por la remota posibilidad de que sepas hacer tu trabajo. Aunque las pocas esperanzas que tenía ya han desaparecido.

Miro a Jac. Me observa con esa sonrisa irritante de quien disfruta demasiado del espectáculo. Vartav frunce el ceño, claramente harto. Tal vez su enfado me dé justo lo que necesito.

—Hablemos de por qué estás aquí. Cuando mencioné la carta, no te sorprendiste. Ya lo sabías. ¿Qué haces realmente en este hotel?

—Ni siquiera cumples con las pocas expectativas que tenía de ti. Tus preguntas son tontas y evidentes. ¿Qué hago aquí? Bowman y Grigor recibieron una amenaza. Ninguno se la tomó en serio, pero Bowman… —se encoge de hombros con indiferencia—. Siempre ha sido un paranoico. Me pidió que estuviera presente, por si acaso. Quería que alguien con autoridad pudiese decir que no es el culpable si las cosas se complican.

—Entonces has hecho un trabajo pésimo. No estabas con él cuando mataron a Grigor, así que… ¿De qué sirve que estés aquí? No puedes probar nada.

Vislumbro la mandíbula marcada del superintendente incluso a través de su barba poblada. Si no tengo cuidado, no me sorprendería que de un momento a otro salte de la mesa para terminar la conversación con un puñetazo.

—Lo mismo se puede decir de ti. No has conseguido evitar un crimen que ya sabías que iba a ocurrir, y tu forma de investigar es realizar preguntas impertinentes sin ningún tipo de método.

—Yo no soy una guardaespaldas contratada para defender a mi

cliente, soy una detective privada. En cuanto a mis métodos, es cosa mía cómo llevo mis investigaciones. Lo único que…

—Sí, una detective novata que solo está aquí porque papá quería. —Aunque su interrupción me molesta, me callo de inmediato. Parece que por fin voy a sacar algo de provecho—. Quizás te engañas a ti misma, pero a mí desde luego que no. No estás aquí para resolver nada. Solo eres parte de un juego que ni siquiera entiendes.

»Yo estaba con tu padre y Bowman cuando este recibió la carta. Aunque creyó que las amenazas eran improbables, decidió protegerse. Por eso estoy aquí. Pero tu padre, tan entrometido como siempre, quiso intervenir. Desconozco por qué, pero Bowman le debía un favor, y tu padre le pidió que lo saldara contratándote a ti. Según él, acababas de empezar y necesitabas una oportunidad para demostrar tu valía. Aunque está claro que no te tiene en gran consideración. Creo que sus palabras exactas fueron: «Es una investigadora novata, así que podrás manipularla con facilidad. Pero si ocurre algo, contar con una detective extranjera te dará mayor credibilidad si la situación se complica».

»Así que deja de engañarte a ti misma creyendo que eres de utilidad. Solo estás aquí para saldar una deuda de Bowman y porque tu pasaporte no es búlgaro.

Esa información no me acerca a resolver el caso, pero sí me ayuda a enfocarme mejor. Hasta ahora, la incógnita sobre mi presencia aquí seguía abierta. La explicación de Bowman siempre me pareció una simplificación demasiado conveniente. Conociendo a mi padre, sabía que había más detrás de todo esto. Ahora ya lo sé. Estoy aquí para demostrarle a mi padre lo equivocado que estaba.

Cuando le sonrío, Vartav me observa con desconcierto. No esperaba esa reacción ante lo que, para él, debía ser un golpe demoledor.

—Mi padre siempre sobrevalora la capacidad que tiene para ocultarme sus mentiras, e infravalora mi capacidad para descubrir la verdad.

El superintendente se encoge de hombros. Pregunta si hay algo más que quiera saber. Yo le doy permiso para que se vaya.

—¿A qué se debe esa animosidad hacia tu padre?

La consulta que Jac hace cuando nos quedamos a solas me sobresalta, se me había olvidado por completo su presencia mientras me sumergía en mis pensamientos. Me masajeo la frente tratando de aliviar la presión que siento, aunque sin mucho éxito. Me pongo de pie para buscar al siguiente huésped. Antes de salir, respondo al escritor:

—Mi padre hizo la vida de mi madre un infierno. Ella soportó años a su lado durante toda nuestra infancia, empeñada en que no acabáramos siendo como él. Pero cuando ya no pudo más, tomó la única salida que vio posible: se quitó la vida para escapar del hombre con el que se casó.

15

Tras la extraña y tensa conversación con el superintendente, asumo que el resto de interrogatorios serán más apacibles. Pronto me doy cuenta de lo equivocada que estoy.

—¿Y a qué viene tanto interrogatorio? —dice Isabella mientras se quita las gafas de leopardo y se masajea el puente de la nariz con fingida paciencia—. Pensaba que estabas aquí para atrapar a un asesino, no para hacer encuestas.

—¿Qué sabemos nosotras? —añade Freya con voz más suave, pero impaciente.

—A lo mejor visteis algo importante —respondo, ignorando el tono de Isabella—. O algo que contradiga lo que otro huésped me cuente. No hay muchas personas aquí, así que cualquier cosa que digáis puede ser útil. —Pauso, anticipando algún reproche más, pero ninguna se anima a hablar—. ¿Por qué estáis en Bansko?

—Hemos venido a esquiar —responde Abby rápidamente, como si la pregunta le pareciera obvia pero no quisiera sonar grosera.

—¿Es vuestra primera vez aquí?

Las cuatro asienten, aunque Isabella parece más concentrada en arreglarse el pelo que en la conversación.

—¿Por qué elegisteis Bansko?

—Por cambiar un poco de aires. Los Alpes ya están muy vistos —dice Irene con un tono casual, como si hablar de destinos exclusivos fuera lo más natural del mundo.

—Sí, Isabella propuso venir aquí y… bueno, nos pareció interesante.

—¿Fui yo quien lo sugirió? —interviene la interpelada.

—Sí, ¿no te acuerdas? Nos dijiste que te salió un vídeo en…

—¿No fue Freya?

—¿Yo? —dice Freya con mirada dubitativa—. No sé… Pero bueno, da igual. El caso es que vinimos aquí y es nuestra primera vez en Bansko. ¿Qué tiene esto que ver con ese hombre asesinado? Se supone que va a morir una persona más esta noche, por qué…

—¿Cuándo llegasteis?

—Ayer lunes —dice Abby—. Y nos íbamos a quedar hasta el jueves. Bueno, si podemos salir antes de esto.

—¿Y no tenéis trabajo? ¿Cómo es que venís entre semana?

—Claro que trabajamos —contesta Freya casi ofendida—. Pero lo hacemos online. Solo tenemos que ir a la oficina los viernes.

—¿Teletrabajando? —pregunto, sin disimular mi escepticismo—. ¿Echáis vuestra jornada y luego os vais a esquiar como si nada?

Freya se encoge de hombros, como si la pregunta le pareciera ridícula.

—Más o menos. Hay días que ni siquiera necesitamos abrir el portátil si nadie nos escribe.

—No es que no trabajemos —interviene Abby, con un tono más conciliador—. Por la mañana hacemos un par de horas, y cuando volvemos, otras dos o tres. Suele ser más que suficiente.

—¿Y en qué trabajáis exactamente? —digo, intentando no sonar demasiado inquisitiva.

—En consultoría estratégica —responde otra, con una media sonrisa como si acabara de soltar una palabra mágica.

—Consultoría… estratégica —repito, dejando caer las sílabas como si estuviera probando un plato nuevo.

—Básicamente analizamos cosas y redactamos presentaciones bonitas para que otros tomen decisiones —añade Abby, divertida.

Freya asiente con aire satisfecho.

—Y mientras los jefes piensan que seguimos en Londres, nosotras aquí, entre spa y pista roja.

—¿Quieres hacer preguntas relevantes de una vez? —interrumpe Isabella—. No estamos aquí para contarte nuestra vida, estamos aquí para que evites que nos la quiten.

Esta mujer tiene demasiadas exigencias hacia quien, como ella misma dice, pretende evitar que la maten. Pero viendo que su paciencia está llegando al límite, accedo a su petición.

—¿Estabais juntas cuando se escucharon los disparos?

Las cuatro asienten.

—En el vestíbulo —dice Abby—. Nos quedamos en el lounge mientras todos corrían de un lado a otro. Pero como nadie volvía a decirnos nada, salimos a ver qué ocurría.

—Nos dejaron tiradas, básicamente —añade Freya con un gesto molesto.

—¿Quién más estaba con vosotras?

—La mujer mayor —responde Isabella—. Y Timur.

—¿El recepcionista?

—Sí, estaba detrás del mostrador cuando volvió la luz. Parecía tan perdido como nosotras.

Mira a sus amigas. Ellas asienten.

—¿Cuántas personas visteis salir cuando se fue la luz?

—El primero fue el propietario del hotel. Bowman se llama, ¿no? Y luego fuisteis el escritor ese famoso, el policía y tú.

—¿Nadie más?

—No. Las siguientes en salir del lounge fuimos nosotras con la otra mujer.

—Y cuando subisteis a la segunda planta, ¿visteis a alguien más de camino? Además de al recepcionista.

Las cuatro niegan con vehemencia.

Hago unas cuantas preguntas más. Ahora que están relacionadas directamente con la investigación parece que dejan de lado su reticencia a que una mujer de su misma edad las interrogue. En cuanto tengo suficiente de su soberbia, las dejo marchar al lounge.

Al quedarnos solos, Jac suelta un par de sus comentarios ingeniosos: «¿Has notado cómo todas hablaban al mismo tiempo, pero sin escucharse? Me recordó a una reunión editorial»; o «Si alguna de ellas resulta ser la asesina, me ofrezco a escribir el libro. Será un thriller psicológico con brillos, cócteles y crimen pasional. Superventas instantáneo». Por primera vez desde que he llegado a ese hotel me río. Ese gesto me ayuda a que el resto del cuerpo se relaje.

Al salir al lounge, me encuentro con la tensión habitual. Lo que me llama la atención es la conversación que Alexenia y Bowman mantienen. El propietario del hotel, al sentir mi mirada, se gira hacia mí.

—Alexenia está preocupada de que no estén cerradas todas las puertas.

—¿Timur no las había cerrado bajo tu petición? —digo, contagiada

de su inquietud.

—Sí —dice Timur, aludido por mi pregunta—, pero solo las pensadas para los huéspedes. Las de servicio suelen estar cerradas, pero no las comprobé. No tenía ni idea de que esta noche sucedería algo así.

Me quedo en silencio unos segundos. No me gusta la idea de que alguien pueda entrar o salir del hotel sin que lo notemos. Ya es bastante con que los trabajadores tengan acceso a cualquier puerta —al menos, ellos están bajo la mirada del resto—. Pero la posibilidad de que haya un huésped adicional en el hotel… eso es otra historia.

—Está bien. Alexenia, ve a comprobar todas las puertas. Que las británicas te acompañen.

Las cuatro mujeres están a punto de rechistar, pero yo ya estoy de vuelta en la sala de póker, después de indicar a Timur que me siga.

En el interrogatorio, el recepcionista confirma la versión de las británicas: cuando volvió la luz estaba en el mostrador del vestíbulo. Había ido allí a buscar unas linternas de gran potencia, reservadas para esas situaciones. El resto de su relato también encaja con lo que he escuchado hasta ahora. Este es su segundo invierno trabajando en el hotel. Es de origen turco y solo lo contratan durante la temporada alta.

El siguiente es Nikolay, el barman. No se movió del lounge hasta que volvió la luz. Es un veterano en el hotel, trabaja durante todo el año y sabe que, con tormentas fuertes como la de esa noche, los apagones en el pueblo son algo habitual. Aunque le extrañó el revuelo de Bowman y los demás corriendo, simplemente esperó a que el generador de emergencia entrara en funcionamiento.

Sí que me proporciona un dato interesante. Al confirmar que el abogado estaba en el lounge cuando volvió la luz, añade que tenía una expresión de puro pavor en el rostro, como un niño asustado por la oscuridad.

Cuando Nikolay nos deja a Jac y a mí a solas, la sala de póker está en silencio por primera vez desde que llegamos al hotel. Una lámpara de luz cálida cuelga sobre la mesa central, proyectando sombras largas que se arrastran por las paredes de madera. Afuera, el viento sopla contra las ventanas con insistencia. El ruido lejano de

la tormenta parece ahora un recuerdo remoto.

Jac está sentado en la esquina, con una taza a medio terminar junto a él. Tiene la pluma en la mano y su bloc de notas sobre el regazo, pero no escribe. Se limita a mirar la mesa, como si en su superficie vacía pudiese encontrar respuestas. Cuando levanta la mirada y me ve, intenta sonreír, pero el gesto se le queda corto. Sus hombros están caídos, su cuerpo entero habla de agotamiento.

—¿Crees que uno de ellos confesará por aburrimiento?

Jac deja escapar una risa breve, sin fuerza.

—Con lo que llevamos encima, no lo descartaría.

No digo nada. Me siento frente a él y me sirvo un café del termo que descansa junto a la botella de whisky. Jac mira su bloc sin abrirlo.

—Siempre pensé que si algún día me encontraba en medio de un caso real, sabría manejarlo. Que tendría la sangre fría del profesional. Pero esto… esto es otra cosa.

Levanta la vista y se encoge de hombros, como si le costara reconocerse.

—Estoy más asustado de lo que creía.

Sus dedos rozan el borde del bloc con movimientos cortos e inconstantes. Baja la voz, como si dijera algo vergonzoso.

—Mis lectores esperan que yo… lo tenga todo resuelto siempre. Que no me inmute. Pero esto… esto me está rompiendo por dentro. Y lo peor es que hay una parte de mí… que sigue emocionada. No lo puedo evitar. He imaginado escenas así mil veces. Pero estar aquí… es distinto. Me pregunto si está mal.

Lo observo un segundo. No tiene sentido juzgarlo. En este caso, la línea entre lo moral y lo humano se ha vuelto demasiado difusa.

—No está mal sentir algo. Lo que cuenta es lo que haces con eso. Si lo usas para ayudar, no para aprovecharte, entonces vale la pena.

Jac asiente. Hay algo en su expresión que cambia. Como si se permitiera, por fin, aceptar su propio desconcierto. Señala su cuaderno.

—Llevo meses sin poder escribir una sola línea que no me pareciera reciclada. Nada me sorprendía. Hasta ahora. —Baja la mirada—. Necesito encontrar una historia nueva. Una que me

importe. Que no solo entretenga, sino que diga algo.

Lo miro con atención. El escritor cínico empieza a mostrar grietas.

—¿Y qué esperas conseguir en esta noche fatídica? ¿Un libro?

Jac me sostiene la mirada. Esta vez, sin rastro de su encanto habitual.

—No quiero contar esto por el morbo. Ni para firmar otro contrato. Quiero entender qué pasó de verdad. Qué los llevó a todo esto. Que no se pierda entre titulares o versiones distorsionadas.

Habla despacio, como si eligiera cada palabra con cuidado.

—Si lo escribo… tiene que doler. Tiene que importar.

Me sorprende. Pero también me reconforta. Quizá no está tan lejos de entender de qué va todo esto.

Compartimos unos segundos de silencio. El café ya está tibio. Jac finalmente abre su cuaderno, pero no escribe. Solo apoya la mano encima, como si sintiera su peso.

—Si sobrevivimos a esta noche y algún día escribes lo ocurrido aquí, espero que me mandes una copia firmada —le digo, sin pensar.

Jac esboza una media sonrisa.

—Dalo por hecho.

Me pongo en pie y salgo al lounge. Repaso en mi mente a quién me queda interrogar: el abogado, Alexenia, el matrimonio ruso y Laura Vélez, o como la llamaron las británicas, «esa mujer mayor».

Me detengo en el rostro de la nicaragüense. Golpea el suelo con un tacón inquieto, los dedos retorciendo un mechón de pelo que se le escapa una y otra vez. Su mirada salta de un punto a otro, como si buscara una salida que no existe. Cuando sus ojos se encuentran con los míos, los labios se tensan y baja la vista al instante.

Había notado ese cambio de actitud desde la muerte de Grigor. Fuera cual fuera la razón, estoy segura de que la descubriré en nuestra conversación.

—Laura, ¿te importaría que te hiciera unas preguntas?

16

Laura se tensa como si fuese la siguiente en el patíbulo. Sin decir una palabra, asiente y se levanta con rigidez.

El resto de la sala sigue a lo suyo. Entre tanto interrogatorio, han pasado casi tres horas desde la muerte de Grigor y el ambiente se ha calmado. El matrimonio ruso permanece inmóvil en una esquina, Vartav lee un libro y Bowman e Ivan conversan. Están al otro extremo de la habitación, junto a la chimenea. Por la intensidad en sus expresiones y lo absortos que parecen, su conversación debe de ser seria, aunque su tono es lo suficientemente bajo como para que nadie más pueda oírla.

Las británicas y Alexenia todavía no han vuelto. Voy a mirar la hora para ver cuánto tiempo ha pasado cuando las cinco mujeres entran por la puerta.

—¡El chef nos había dejado unos brownies! —dice Abby con una sonrisa exuberante.

Deja la fuente en la barra del bar. Contiene dos docenas de brownies apetitosos que parecen detener el tiempo en el lounge. Parece que no, pero el frenesí de lo ocurrido hace mella en el estómago de uno. Varios se acercan al festín. Ivan, por primera vez en un rato, parece relajarse ante la idea de morder uno de los bizcochos. Laura, en cambio, ni se inmuta. Cruza la puerta y entra al interior de la sala de póker.

—Alexenia, ¿estaban las puertas cerradas? —digo.

—Sí, todas. —Yo miro los brownies, y ella se encoge de hombros —. Cuando hemos ido al acceso de servicio de la cocina hemos visto la bandeja. Con todo el revuelo se me había olvidado el postre del chef.

Asiento y entro en la sala de póker. Al cerrar la puerta, dejo atrás el pequeño tumulto que han generado los brownies.

—Si no te importa, te haré las preguntas en inglés. Jac no habla español. —Laura asiente, abstraída. Es posible que ni siquiera supiese que soy mitad española—. Solo van a ser unas pocas preguntas, no tienes motivo para estar nerviosa.

La nicaragüense sigue moviendo el pie con un ritmo frenético. Sus dedos abandonan el cabello y empiezan a golpear la mesa, los ojos esquivos, apenas capaz de sostenerme la mirada por más de un instante.

—¿Por qué estás en Bansko?

—E… esquiar —dice con la voz entrecortada.

—¿Cuándo llegaste?

—Hace tres semanas.

—¿Tanto tiempo? ¿Esa era tu idea desde el principio?

—Eh, no, para nada. Mi intención era estar solo una semana, pero supongo que la magia de Bansko me encandiló y, sin darme cuenta, dentro de nada voy a hacer un mes.

Dibuja una media sonrisa que trata de infundir seguridad a sus palabras, pero solo consigue delatar aún más su nerviosismo.

—Entiendo. Pasemos a lo ocurrido esta noche. ¿Dónde estabas cuando se escucharon los dos disparos?

—En el vestíbulo, junto a las chicas británicas.

—¿Fuiste con ellas cuando salieron del lounge?

—No, yo… fui un poco más tarde. Tanto revuelo me preocupó, no entendía por qué corríais, y la oscuridad y el ruido de la tormenta en el exterior no ayudaba a calmarme.

Parece que se vaya a desmayar sobre la mesa de un momento a otro. Aunque puedo presionarla para que me diga qué oculta, no es necesario. Parece que es ella misma quien quiere sacárselo de encima, solo necesita un leve empujón.

—Laura, está claro que algo te molesta. Desde que el crimen ha ocurrido estás muy extraña. Estamos hablando de un asesinato, es normal sentirse confusa, pero sé que en tu caso hay algo más. —La mujer desvía la mirada, como si tuviera miedo de que fuese a obtener respuestas con solo observarla. Retira las manos de la mesa y cruza los brazos en un gesto involuntario de defensa—. Puedes optar por que te fuerce a que me lo cuentes, o sencillamente me lo puedes decir ya y quitarte un peso de encima. Sea lo que sea, es obvio que te inquieta.

Laura traga saliva y se acomoda en el asiento. Cuando devuelve su mirada a mí muestra una seguridad hasta entonces inexistente.

—No me he quedado en Bansko durante tres semanas solo porque me haya enamorado del pueblo. Hay un motivo más.

Sus dedos repican con más fuerza sobre la mesa. La tensión se concentra en sus hombros, como si un peso invisible la aplastara. De repente, se humedece los labios y me lanza una mirada insegura, sus ojos volando hacia Jac por primera vez desde que entramos.

—Hay un hombre —susurra cambiando al español—. La razón principal por la que llevo tres semanas aquí es por un hombre.

Le cuesta admitirlo. ¿Vergüenza? ¿Miedo a mostrarse patética? Sus palabras salen atropelladas; parece que intenta convencerse a sí misma tanto como a mí.

—A mi edad pensaba que estas cosas ya no ocurren, pero… nunca se es demasiado mayor para que la vida te dé lecciones.

—¿Quién es ese hombre? —pregunto también en español.

Veo a Jac de reojo, su expresión es de curiosidad más que de molestia. Está claro que no entiende lo que decimos, pero su mirada se clava en Laura, intentando descifrar el sentido de nuestras palabras como si fueran un enigma oculto.

—Era… Ese hombre era Grigor. —Asiento de inmediato—. Mis primeros días aquí tuvimos conversaciones muy estimulantes en ese mismo lounge. Sin saber cómo, la tercera noche acabamos en mi dormitorio. Al principio fue solo por diversión, pero antes de que me diese cuenta me sentía como una adolescente que se ha enamorado por primera vez.

—Si no te importa que pregunte, ¿sabes si los sentimientos eran mutuos?

—Lo dudo, aunque nunca llegamos a hablar del tema, no quería romper la burbuja en la que estaba. Todavía no. Sé qué clase de hombre es. Bueno… era. Pero por mucho que le pusiese mente, el corazón ignora a la lógica.

—¿Alguien más lo sabía?

—No, que yo sepa no. Por lo menos Grigor insistió varias veces en que fuera así. Sería poco profesional, como él decía.

—Entiendo. ¿Esta noche has hablado con él antes del… incidente?

Laura se queda cabizbaja.

—No, tratábamos de mantener las apariencias cuando estábamos

con otros. Hoy, con pocos huéspedes y empleados en el hotel, habría sido sospechoso que estuviésemos muy juntos.

—¿Y sabías algo sobre lo que hoy ocurriría? Grigor conocía la amenaza que Bowman recibió, estaba avisado de su propia muerte. Y aun así, no hizo nada. ¿Te contó algo sobre esto?

—Sí, ese estúpido… —murmura para sí misma—. Yo le dije que no se tomara las cosas tan a broma. Eran amenazas serias. Nadie manda algo así como un simple juego. Pero él estaba tranquilo. Y no es solo eso, el mensaje que recibió Bowman no fue el primer aviso, a él le llegó otro unos días antes.

Mis pensamientos se detienen en seco, como si la habitación se hubiera vuelto más fría de repente. Parpadeo, intentando asimilar lo que acaba de decir.

—¿Grigor… recibió otra carta?

—Sí. Esa noche estábamos en su habitación. Yo le pregunté por el papel que había sobre su escritorio y él se echó a reír. Me la leyó en voz alta como quien lee un artículo sensacionalista. A mí su contenido me parecía de todo menos gracioso. Le pregunté a qué eventos se refería esa amenaza, pero dijo que no eran más que tonterías. Entonces rompió el papel y lo tiró a la papelera.

—¿Te acuerdas de qué decía?

—No. —Sonríe con resignación—. Pero he aprendido, a base de golpes, a guardar pruebas de todo lo que huele a problema. —Saca el móvil del bolsillo—. Cuando fue al baño, recogí los pedazos y les hice una foto. Por si acaso.

Los ojos se me iluminan. Espero impaciente a que encuentre la imagen y me deje verla. Cuando tengo el móvil entre mis manos, la pantalla muestra un papel del mismo tamaño y apariencia que el que recibió Bowman. Solo tiene tres líneas de texto. Hago zoom para leer mejor:

> *Grigor Markov, sé lo que hiciste treinta años atrás. Es posible que tú hayas olvidado tus crímenes, pero la verdad sigue estando ahí. Pronto se hará justicia.*

Al final del texto, al igual que en la misiva a Bowman, tres iniciales:

A. M. D.

Sigo sin saber a qué hacen referencia las iniciales. A. M. D. Tres letras que parecen gritarme desde la pantalla con una amenaza silenciosa. La conexión entre el asesinato de Grigor y las cartas con el incidente de los Draganov ya es obvia, al menos eso sugiere la frase «sé lo que hiciste treinta años atrás».

Le voy a pasar el móvil a Jac, aunque no tenga ni idea de lo que acabamos de hablar, cuando me detienen unos gritos que vienen de fuera. No es pánico, sino el estruendo de una discusión encendida. Dos hombres se están enfrentando.

17

Me levanto y salgo al lounge a toda prisa. Nadie se inmuta; todos tienen la vista clavada en la puerta cerrada de la sala de billar. Echo un vistazo rápido a la habitación: Bowman e Ivan no están. Los gritos vienen de dentro. Deben de haber llevado su discusión allí.

Las voces se elevan, cargadas de tensión. Me acerco justo cuando un grito, más feroz que los anteriores, sacude la estancia como un disparo en seco.

—¡Ya hemos escondido esto suficiente tiempo! No quiero que me explote en la cara, no quiero acabar como Grigor.

Antes de que pueda agarrar la manivela, la puerta se abre de par en par. El abogado, Ivan Kostov, se sobresalta al verme delante de él, pero rápidamente se recompone.

—Necesito hablar contigo.

Me sorprende la firmeza de sus palabras, pero asiento de inmediato, no quiero arriesgarme a que pierda las ganas de hablar. Por fin sabré qué oculta Bowman.

Camino hacia la sala de póker con el abogado siguiéndome de cerca, hasta que un jadeo ahogado detrás de mí me obliga a detenerme. Me giro y lo veo desplomarse sobre un sillón, con la mano aferrada al pecho y el rostro descompuesto. Su aliento es leve, entrecortado; los ojos, vagos, sin foco.

Entonces noto que su cara se ha hinchado, la inflamación se extiende rápidamente hacia el cuello. Antes de que alguien pueda decir una palabra, murmura algo con dificultad y señala con una mano temblorosa la bandeja de brownies, donde ya solo queda la mitad de los bizcochos.

—¡Está teniendo un ataque anafiláctico! —exclama Nikolay de improvisto.

Ese grito rompe el hechizo y nos saca de nuestra parálisis. El barman salta por encima de la barra y corre hacia el abogado. Yo también me apresuro a su lado. Parece que en cualquier momento va a perder la conciencia.

Nikolay lo sujeta y, con mi ayuda, lo recostamos en el suelo. Su

pecho tiembla, como si intentara desesperadamente llenarlo de aire sin éxito.

—¿Dónde guardas la adrenalina?

Ivan clava la mirada en los ojos de Nikolay, consciente de que ese hombre podría ser su única salvación. Mueve los labios, pero le cuesta formar un sonido que tenga sentido.

—Cha… cha… —comienza a decir—. Que… da…

—¡Chaqueta! Está en la chaqueta —digo levantando la vista hacia el perchero.

El barman reacciona antes que yo.

—Es la negra —dice Vartav señalándola cuando Nikolay observa los abrigos colgados.

Mientras, Jac coge uno de los brownies y lo mastica con atención.

—Sin duda contiene nueces, aunque el sabor se enmascara bastante por la presencia del chocolate y la naranja.

Nikolay vuelve a la posición de Ivan, cuyo semblante cada vez toma colores más propios de un hombre sin vida.

—¿Sabes utilizarla? —digo cuando saca dos jeringuillas del bolsillo de la chaqueta.

—Sí, mi hermana también tiene varias alergias severas —responde con voz tensa, sus manos ya preparadas para inyectar.

Apunta con la aguja al interior del muslo del abogado. Entonces, se queda inmóvil, como si el impulso que lo apremiaba se hubiera desvanecido de golpe.

—¡Qué estás haciendo! —exclama Vartav a su lado—. Se está ahogando, ¿quieres ponerle la adrenalina? ¡Se va a morir!

Como respuesta Nikolay coge el segundo tubo y lo observa con la misma perplejidad. Justo cuando el superintendente va a quitarle los dosificadores, él rompe el silencio.

—Están usados.

Su voz es apenas un susurro, pero de algún modo resuena en la sala, impregnada de una gravedad que pone a todos en tensión.

—¿De qué hablas? —digo cogiendo el dosificador que descansa en el suelo.

—El indicador está rojo y la aguja fuera. Ninguno de los dos inyectores tiene epinefrina.

Aunque el rostro del abogado dejó de parecer humano varios minutos atrás, es capaz de reflejar el terror absoluto que lo consume. El pánico de quien es plenamente consciente de que está viviendo sus últimos momentos.

—¿No hay nada que se pueda hacer? —pregunta Jac rompiendo el silencio abrumador en el que nos hemos sumido.

—Ella dice que no. —Me giro a Alexenia, quien ha hablado. Su mano apunta a la rusa—. Es enfermera. Y según ella, viendo la gravedad de los síntomas, Ivan ya está más allá de cualquier ayuda. Sin epinefrina, lo único que podemos hacer es… esperar.

En la expresión de la rusa percibo algo parecido a la pena, o más bien lástima. La lástima de quien ha visto demasiadas muertes como para inmutarse.

—¿Por qué Ivan guarda dos inyectores vacíos? —dice Vartav formulando en voz alta la pregunta que todos se deben de estar haciendo. Un interrogante cuya respuesta es obvia.

No me molesto en responder. Solo mantengo la mirada fija en los ojos del abogado y presencio cómo los últimos vestigios de vida se le escapan. Contra todo pronóstico, la tensión y el pánico no se disipan con la muerte. Al contrario: se incrustan en su rostro, congelados para siempre como prueba de lo que acaba de suceder.

Ese hombre ha muerto a mis pies sin que yo pudiese hacer nada para evitarlo. No importa que estemos todos juntos; quien está detrás de estos dos asesinatos ha planeado cada detalle de la noche durante mucho tiempo. Y yo… yo no soy más que una investigadora sin la suficiente experiencia, alguien que se encuentra completamente a su merced.

Aquí nadie está jugando a los detectives. El cadáver de Ivan sigue frente a mí. Mi hermano tenía razón. Antes veía trabajar por mi cuenta como una gran oportunidad, el césped más verde al otro lado del río. Pero, como Max dijo, si parecía más verde era solo por la mierda. Y ahora, cargando sola con la culpa, estoy hundida en ella hasta el cuello.

18

—¿Está muerto?

La pregunta la hace una de las británicas, ya no sé ni identificar cuál. Nikolay asiente.

Nos sumergimos en un nuevo silencio. La tormenta que continúa en el exterior y el crepitar falso del fuego simulado es el único ruido que interrumpe el flujo de pensamientos que se suceden uno tras otro en mi cabeza. Ya eran dos muertes las que no había sido capaz de evitar. Dos muertes anunciadas.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunta el recepcionista.

—Sigo sin poder ponerme en contacto con la central —responde Vartav como si el cadáver que tiene a sus pies fuese un mero desconocido, en vez del amigo que conocía de décadas atrás.

—¿No se suponía que si permanecíamos juntos estábamos seguros? —dice otra de las británicas.

—Es verdad. Y, sin embargo, uno de los huéspedes ha muerto delante de nosotros.

—Pero ha sido un accidente, ¿no? —pregunta Abby con tono inocente—. El hombre ha comido un brownie con algo a lo que es alérgico.

—No seas ingenua —le responde Freya—, alguien ha vaciado la adrenalina de sus inyectores para que no se pudiera salvar.

—Y el chef conocía su alergia —aclara Jac—. Ambos hablaron durante la cena. Si ha usado un alimento al que Ivan era alérgico, habría avisado al personal. O por lo menos habría dejado una nota. Alexenia, ¿no había nada en la cocina?

—No, solo estaba la bandeja. —Las cuatro británicas ratifican su respuesta.

—Es cierto, solo había brownies —añade Abby, quien había cargado la fuente.

—Además —continúa Alexenia—, siempre avisa cuando deja preparaciones con alérgenos.

—Entonces, alguien ha contaminado los brownies para matar a Ivan —declara Vartav.

Jac y Alexenia ratifican su conclusión.

—Ninguno de nosotros está seguro —dice Laura en un tono sorprendentemente apacible.

—Advirtieron sobre los dos asesinatos y no hemos podido hacer nada para evitarlos.

—¿Cómo sabemos que no va a haber más muertes?

—Ninguno de nosotros está a salvo.

—¿No se suponía que estando juntos estaríamos seguros? —repite alguien.

—Es lo que nos habías prometido, Valkiria.

—Eso. ¿Qué clase de trabajo estás haciendo? Solo has perdido el tiempo con preguntas impertinentes.

—¿Realmente eres una detective privada?

—Porque está claro que el trabajo que has hecho hasta ahora es pésimo —dice Isabella agachándose para hacer contacto visual conmigo.

—¡Cómo queréis que resuelva el caso si lo único que hacéis es mentirme!

Estoy de pie, en el centro de todas las miradas. La mandíbula me duele. Sin darme cuenta, llevo varios minutos apretando los dientes con demasiada fuerza. Siento las marcas de mis uñas incrustadas en las palmas. No puedo ver mi rostro, pero siento cómo se me dilatan las fosas nasales con cada respiración y una vena palpita en mi frente hasta el ojo.

—La única que me ha dado algo útil ha sido Laura. Los demás solo mentís u ocultáis cosas. Dos personas han muerto, y cualquiera aquí podría ser el siguiente.

»Bowman, sabes qué significan las iniciales A. M. D. y el porqué de estos crímenes. Ivan iba a decirme algo antes de morir, y tú conoces el qué. Vartav, tú también callas. Seguro que lo ocurrido está relacionado con lo que pasó aquí hace treinta años, cuando eras policía en este pueblo.

Por último me giro hacia Isabella, la más hipócrita de todos. El motivo por el que Bowman y Vartav ocultan información es comprensible, algo muy oscuro debe de esconderse detrás de los asesinatos de esa noche. Pero en el caso de la británica solo hay

egoísmo y farsas.

—Tú también me has mentido. Y, aunque no sea información tan relevante, me obstaculiza la investigación.

—¿Qué? —dice con el rostro pálido. Toda la atención que yo concentraba se ha trasladado a su persona—. ¿De qué hablas?

—Dime, Isabella, ¿qué relación tienes con Timur?

Su expresión se encrudece más y la soberbia que sustentaba su confianza se desvanece mostrando lo que es en realidad, una chiquilla malcriada que la mayor dificultad que habrá experimentado en su vida es elegir qué modelo ponerse para una noche de fiesta.

—¿De… de qué estás hablando?

—Tú fuiste quien sugirió entre tus amigas el venir aquí, hecho que has tratado de disimular. En un intento de proteger al recepcionista has mentido diciendo que estaba con vosotras al volver la luz, tus amigas han mantenido tu historia por lealtad. Sin embargo, en la versión que contasteis la primera vez, cuando estábamos en el vestíbulo, no lo incluíais. Intuyo que hablasteis después para cuadrar vuestra historia, protegerle y eliminarle como sospechoso.

»También le has llamado Timur. No pareces ser del tipo de persona que se dirige por su nombre a la gente que considera inferior. A Nikolay le llamas barman con el tono de quien chista a su criado. Pero a Timur nunca le has mencionado como recepcionista. Así que, te repito, ¿qué relación tenéis?

Isabella está empequeñecida, incapaz de levantar la mirada de la punta de sus pies. Ya intuyo la respuesta, y no es relevante para el caso, pero esta mujer me ha puesto de los nervios desde nuestra primera interacción.

—Somos hermanos. —La respuesta no la ha dado ella, sino Timur. Lo ha dicho con un tono apenado, como si no se sintiese digno de esa distinción—. Bueno, mitad hermanos. Compartimos el mismo padre.

El silencio que sigue es espeso. Las amigas de Isabella se miran entre sí, boquiabiertas, tratando de procesar lo que acaban de escuchar. Una de ellas deja escapar una risa nerviosa, que muere al instante bajo el peso de la revelación. Vartav entrecierra los ojos, con su expresión pétrea pero inquisitiva. Incluso Jac deja de

murmurar para observar la escena con genuina curiosidad. Isabella no puede sostenerle la mirada y se queda clavada en el sitio, con los labios temblorosos.

La tensión cede apenas, lo justo para que mi mente empiece a despejarse. Vuelvo a pensar con algo de claridad. Siento un leve alivio, como si al fin alguien hubiera enderezado el cuadro torcido que llevaba días soportando.

Pero nada de esto cambia la situación. Dos personas han muerto esta noche, es probable que haya más ataques y, por alguna razón, todo lo que está ocurriendo parece conectado con un incidente de hace treinta años.

Necesito silencio y calma, pero no parece que vaya a conseguirlas pronto.

—Eh… Valkiria, he encontrado algo.

Bajo la vista hacia el origen de la voz. Se trata de Nikolay, que sigue agachado al lado del cuerpo del abogado.

—Como sea otra carta juro que…

El farfullo viene de Vartav. No llega a terminar la frase porque está viendo lo mismo que yo. El barman ha sacado un sobre de otro de los bolsillos de Ivan. En la mano derecha sujeta un folio desdoblado con varias frases impresas. Mis ojos se clavan en la firma al final del mensaje. Tres letras. Las mismas que han estado persiguiéndonos toda la noche.

19

—Ivan Kostov, es posible que tus crímenes de treinta años atrás hayan prescrito, pero tus pecados no. Yo sé lo que hiciste. Si no quieres que publique la verdad y destruya tu carrera, debes hospedarte en el hotel Esmeralda el 11 de marzo. —Detengo la lectura para humedecerme los labios. Todos me miran, pero no consigo apartar la vista del papel—. Firmado, A. M. D.

—También estaba esto en el sobre.

Nikolay me entrega una fotografía. Un río atraviesa un pueblo con montañas nevadas al fondo. La imagen está tomada desde una mesa de pícnic donde descansan un libro, un folio y una libreta. Pero lo más inquietante no es la escena, sino la paz que emana de ella: una calma artificial que convierte la serenidad en amenaza.

—Ese es el río Glazne —dice Vartav sobre mi hombro—. A doscientos metros de aquí.

—¿Cuándo se tomó?

—A juzgar por la montaña, en otoño, quizá hace un año —responde Vartav, acariciándose la barba.

—El año pasado —interviene Nikolay—. Esa zona de descanso la construyeron el verano pasado.

—¿Y qué significa? —pregunta Alexenia, impaciente.

—No lo sé —admito—. Pero Ivan sí. Tal vez hay algo oculto en la foto, alguna prueba que respalde la amenaza.

—Pero ¿esto quiere decir que va a haber más muertes o no?

La pregunta proviene de Abby, aunque el resto de huéspedes la secundan. Todos esperan una respuesta de mí. Antes de que pueda darla, la directora de operaciones del hotel toma la palabra.

—No creo que tengamos forma de saberlo, pero tampoco pienso quedarme a averiguarlo. Esta noche han muerto mi jefe y un huésped habitual del hotel, no quiero arriesgarme a ser la siguiente. —Varias personas asienten con vehemencia ante la firme declaración de Alexenia—. Ya hemos visto que permanecer juntos no nos garantiza seguridad. Quien esté detrás de estos asesinatos ha planeado esto con mucha antelación. Creo que nuestra única opción

es descubrir su identidad antes de que haya una tercera víctima.

—Tiene razón —responden varias voces al unísono, respaldando su determinación.

—Valkiria, eres solo una persona. Mientras tú investigas, el resto espera sin hacer nada, rezando por no ser el siguiente. Si trabajamos juntos, tendremos más posibilidades de descubrir al asesino. Supongo que, además de interrogarnos, hay otros lugares que querrás revisar en busca de pistas. Propongo que nos dividamos en grupos de tres o cuatro. Nadie estará solo y cubriremos más terreno. Cuando tengamos algo concreto, volvemos aquí y cruzamos información.

La mayoría ratifican la opinión de la directora de operaciones. Solo Jac me lanza una mirada escéptica, mientras Laura parece atrapada entre la duda y el miedo.

—¿Y si eso solo empeora las cosas? —musita Abby, aunque su voz se pierde en la aprobación general.

—Tiene razón. Es mejor que no hacer nada —insiste Nikolay, a pesar de que su tono suena más a autojustificación que a verdadera convicción.

Alexenia parece erigirse como la figura de autoridad que todos buscan desesperadamente. Y su plan refleja lo que yo llamo el síndrome de hacer algo: la tendencia a actuar por un arrebato, porque siempre es más fácil justificar una acción, por errática que sea, que admitir la inacción deliberada.

—Separarnos es justo lo que quiere el asesino. Mientras estemos juntos, al menos tenemos una mínima protección. Pero si nos dividimos, seremos blancos fáciles. ¿De verdad creéis que estar en grupos de tres o cuatro es suficiente si ya ha logrado matar a dos personas bajo nuestras narices?

—¿Por qué tendríamos que hacerte caso a ti? —dice Timur con cierta inquina.

—Porque estoy intentando evitar que haya más muertes.

—Y ya hemos visto qué efectiva has sido —responde Freya con sarcasmo.

—No sirve de nada discutir —interviene Alexenia—. Votemos para decidir qué hacer.

Echo un vistazo rápido a los presentes. Solo me lleva un par de segundos determinar quién va a ganar esa votación. Antes de que comience el referéndum improvisado, Alexenia traduce la discusión al matrimonio ruso.

—¿Quién piensa que debemos separarnos para intentar acabar con esto cuanto antes? —pregunta el recepcionista cuando el matrimonio asiente.

Siete votos: Timur, Nikolay, las británicas y Alexenia.

—¿Y quién quiere que permanezcamos en grupo?

Cuatro votos: Jac, Laura, Vartav y yo.

Ni Bowman ni los rusos intervienen. Observo al hombre que me contrató. Parece un espectador de su propio destino, como si ya se hubiera resignado a no tener control sobre lo que le espera y solo aguardara el desenlace, dispuesto a aceptar cualquier veredicto que le imponga el curso de los acontecimientos

—Está decidido entonces. Valkiria, ¿qué necesitas que hagamos?

Suelto un suspiro y consulto la hora en el móvil. Quedan quince minutos para las tres de la mañana y a mí lo único que me apetece es tirarme en una cama a descansar y volver a tener una mente fresca con la que analizar los eventos. Ese deseo está muy lejos de ser posible.

Ya que nos vamos a separar en grupos, al menos puedo aprovechar para que sean de utilidad.

—Lo primero que necesito saber es qué ha ocurrido con el chef. Si siempre que utiliza ingredientes con potencial alérgeno lo notifica al personal o deja una nota, es posible que esa nota siga en algún lugar de la cocina. También hay que inspeccionarla en busca de cualquier indicio de manipulación en la comida, ya sea en los ingredientes utilizados, etiquetas cambiadas, o en la basura.

»Por otro lado, es posible que Ivan tuviera información relevante del caso. Quizás en su habitación hay algún documento u objeto que arroje luz sobre las acusaciones de la carta y el motivo de su asesinato.

»En último lugar, tengo que volver a interrogarte, Bowman, y esta vez no vas a mentirme. Discutías con él justo antes de que le diera el ataque anafiláctico. Pretendía contarme algo importante, tú sabes

el qué. Me vas a dar esa información aunque no quieras.

Como respuesta, el dueño del hotel alza las cejas y suelta un gruñido, pero no se niega a mis demandas.

—De los aquí presentes, a excepción de Bowman, soy quien mejor conocía a Ivan. Yo puedo registrar su habitación en busca de información —dice Vartav.

—Yo sé en qué dormitorio estaba, te acompaño —responde Timur.

—Yo también voy con vosotros —añade Nikolay. Por el tono de su voz, parece más preocupado por mantenerse cerca de la única persona armada en la sala que por ayudar a resolver el caso.

Que Vartav sea quien registre la habitación del abogado me da cierta confianza, al menos sé que será meticuloso. Excepto, claro, por el pequeño detalle de que existe una alta posibilidad de que él mismo sea el asesino.

—Yo conozco el hotel y he tratado con el chef —dice Alexenia—, si hay algo fuera de lugar en la cocina lo podré encontrar. Y, teniendo en cuenta que hablo ruso, lo más fácil es que ellos dos vengan conmigo.

El matrimonio se mira, consciente de haberse convertido de pronto en el centro de atención.

—A mí me gustaría quedarme contigo, Valkiria. Sigo pensando que esto es una mala idea.

Asiento ante la petición de Laura. Me giro hacia Jac, que se encoge de hombros para dejar claro que tampoco piensa moverse de mi lado.

—¿Y nosotras qué hacemos?

Freya pregunta con el aire de quien ha sido la última en ser elegida para un equipo.

—Haced lo que os dé la gana, como si os queréis ir al spa del hotel a haceros la manicura. ¿Mi recomendación? Permaneced juntas en todo momento y no os mováis de aquí.

No me da tiempo a ver sus expresiones de hastío, ya estoy en camino hacia la sala de póker. No sé qué es peor: saber que esto no terminará bien o la impotencia de no poder hacer nada para evitarlo.

—Bowman, vamos a hablar.

20

—Empieza a hablar ahora mismo.

El magnate británico levanta la mirada hacia mí y cierra los ojos un instante, como si la acusación directa le golpeara más fuerte de lo que esperaba. Su mano se eleva casi involuntariamente hacia el cuello de su camisa, ajustándolo con un breve tirón nervioso. Al abrir los ojos, esboza una media sonrisa tensa. No hay rastro de su habitual aplomo, solo una fina capa de orgullo sosteniendo lo que queda de su compostura.

—¿Que hable? ¿Y exactamente qué quieres que diga, señorita Kross?

Su tono es suave, casi cortés, pero cada palabra lleva filo. Como una navaja envuelta en terciopelo.

Jac, desde su rincón habitual, se frota las manos con una mezcla de tensión y expectación, como si presenciara el clímax de un drama que aún no sabe si será tragedia o redención. En la otra esquina, junto al fuego que lanza sombras titilantes sobre las estanterías, está Laura. Finge desinterés, pero sus ojos no se apartan de nosotros.

Bowman suspira, como si lo que viene a continuación le costara más de lo que quiere admitir. Aprieta con fuerza el reposabrazos de su asiento. Su mirada, afilada, salta de mí a Jac. Durante un segundo fugaz, algo parecido al pánico relampaguea en sus pupilas, antes de que baje la vista y recomponga el semblante con ese aire de falso control que tanto domina.

—Te he ocultado información, es cierto —admite al fin. Su voz suena más opaca, como si tuviera que forzarla a salir—. No lo hice para entorpecer tu trabajo, sino porque consideraba innecesario desenterrar un pasado que ya me causó demasiados problemas en su momento. Quería resolver estos ataques sin revivir aquellos incidentes. Pero con la muerte de Ivan, entiendo que eso ya no es posible… y que, probablemente, debería haber hablado antes.

La tensión que se acumula en el aire es densa.

—Adelante, te escucho.

Siento expectación por lo que me va a contar, pero una parte de mí sigue escéptica ante cualquier palabra que salga de la boca de este hombre.

—Unos días antes de recibir la carta que te enseñé, Grigor recibió una muy similar a la de Ivan. Nunca llegué a verla: la rompió en cuanto la leyó. Siempre fue un hombre de sangre demasiado caliente, incapaz de pensar en las consecuencias antes de actuar. Sin embargo, cuando le hablé de la amenaza que recibí, me detalló su contenido. En su momento no mencioné esa misiva porque estaba directamente relacionada con el asunto que prefería dejar enterrado en el pasado.

»En cuanto a la carta que recibió Ivan, desconocía su existencia hasta hace apenas treinta minutos, cuando me lo mencionó, amenazándome con contártelo todo. Nosotros tampoco le hablamos a él de nuestros mensajes. Si Grigor era impulsivo y temerario, Ivan estaba en el extremo opuesto del espectro.

»Sobre el pasado que prefería no remover, supongo que ya se hace una idea. Se puede deducir por la frase de «sé lo que hiciste treinta años atrás» en la carta a Grigor, o por la firma en los cuatro mensajes que hemos recibido: «A. M. D.». Esas iniciales corresponden a Aleksander y Maria Draganov, el matrimonio que murió hace tres décadas en el incendio de la antigua casa que se alzaba en este mismo terreno.

En esos cinco minutos Bowman me ha dado más información que en todo el tiempo transcurrido desde mi llegada. Y aunque sigo analizando la veracidad de sus palabras, mi escepticismo se desvanece cada vez más.

—A pesar de que seguimos sin conexión a internet supongo que, a través de Jac o de algún otro huésped o empleado, ya habrá oído hablar del incidente, el incendio de hace treinta años. Un accidente que, por la proximidad temporal, quedó inevitablemente ligado al surgimiento de este hotel. Imagino que ahora entiende por qué prefería no relacionar aquellos sucesos con lo que está ocurriendo hoy.

Sopeso la nueva información que tengo. Hay muchas formas de contestar a su aclaración final, y varias de ellas implican acusarlo de

ser, en parte, responsable de la muerte de sus dos amigos. Pero, dado que Bowman está hablador, prefiero no arriesgarme a cortar su flujo de confesiones.

—No estoy de acuerdo con tus acciones, pero las entiendo. En ese caso, ¿te importaría contarme lo que sabes sobre el incidente de los Draganov? ¿Qué conexión existe con Grigor e Ivan?

—Por mucho que ese accidente me supusiera un gran dolor de cabeza, lo que yo sé no dista de la información pública. Nunca llegué a conocer al matrimonio. Y, aunque hice negocios con sus hijos, pues les compré el terreno que heredaron, tampoco hablé directamente con ellos. Siempre fue Ivan quien mediaba.

»Su relación fue obvia. Como mi abogado, él negoció la compraventa de la propiedad. De ahí a por qué alguien querría asesinarle es un absoluto misterio para mí. Al igual que la involucración de Grigor. Él ha estado conmigo desde el principio, pero, como he repetido en incontables ocasiones, ninguno de los dos tenemos conexión alguna con el incendio.

—Quien está detrás de las cartas y los dos asesinatos no opina igual. Ahora mismo no importa si sois merecedores de esas acusaciones, lo relevante es que el asesino así lo cree. Está claro que busca vengar la muerte del matrimonio Draganov y, a sus ojos, vosotros tres sois los responsables.

—Una culpa inmerecida —apunta de inmediato.

—Como he dicho, en estos momentos no importa. A lo que quiero ir a parar es a la siguiente pregunta: ¿por qué ahora? Han pasado treinta años desde ese «incidente», como tú lo llamas. ¿Qué ha cambiado para que la venganza ocurra ahora?

El dueño del hotel se detiene unos segundos, pensativo ante la incógnita.

Aprovecho la pausa para ordenar mis pensamientos. Aunque he dicho que resolver la tragedia de hace treinta años es secundario, no es cierto. Quien está detrás de los asesinatos de esta noche se ha tomado demasiadas molestias para ejecutar una venganza que considera legítima. Es improbable que actúe basándose solo en suposiciones. Seguramente conoce a ciencia cierta la implicación de esos tres hombres en la muerte del matrimonio búlgaro.

Eso son buenas y malas noticias. Por un lado, ahora cuento con una segunda línea de indagación prometedora, un nuevo hilo del que tirar. La parte negativa es que debo resolver dos investigaciones.

—Lo desconozco. Y esta vez no estoy ocultando nada. Junto con la identidad del autor de esto, esa es la incógnita que más me ha atormentado. Llevaba años sin escuchar ninguna referencia a los Draganov, y tampoco ha sucedido nada recientemente que pueda relacionarse con la aparición de este perpetrador ni con el motivo por el cual ha decidido actuar justo ahora.

Asiento y me giro hacia Jac. Está muy callado, y eso significa que tiene ideas. Ideas que quiero escuchar. No me importa que sea con otros oyentes en la sala.

—¿Qué opinas?

El escritor se recuesta sobre su asiento, degusta la atención que le doy.

—Creo que todavía es pronto para descubrir la identidad del asesino, pero esta nueva información nos permite analizar mejor la posible culpabilidad de Bowman. —Por el rabillo del ojo veo que los labios del dueño del hotel se curvan en una sonrisa inquietante. Parece disfrutar de la faceta detectivesca de Jac—. Existe la posibilidad de que la misma persona esté detrás de los asesinatos de esta noche y de las cuatro cartas. En ese caso, estaríamos ante alguien que culpa a estos tres hombres por el incidente de los Draganov y busca venganza. De ser así, Bowman sería una víctima. Ya sea porque intentan inculparlo por la muerte de sus amigos o porque es el siguiente en la lista. Pero hay una segunda opción, una historia que, como novelista, me resulta fascinante.

Pongo los ojos en blanco ante tanta teatralidad. Por cómo habla parece un presentador de un documental de cocina describiendo con dicha el orgasmo que experimenta en su paladar.

—Aquí es irrelevante lo interesante o no que sea la historia del caso. Lo único que importa es descubrir qué ocurrió.

—Sí, lo sé, solo escúchame por un momento. Muchas veces es la explicación más rocambolesca la más plausible.

Suelto un suspiro y hago un ademán de consentimiento. Supongo que en caso de escuchar una idea disparatada, al menos me contará

un relato entretenido.

—Las primeras cartas fueron para Ivan y Grigor. Si morían, el principal sospechoso sería Bowman. Crean un móvil claro: alguien quiere que Bowman pague por la muerte de los Draganov. Pero ¿y si el mensaje que recibió él es falso?

»Imagínalo. Bowman sabe que será el principal sospechoso y decide convertirlo en un montaje. Fingir que alguien intenta inculparlo para que todos crean que es inocente. El mejor lugar para esconderse siempre suele ser a plena vista.

Sin duda esa idea era sugestiva.

—Eso significaría… que la carta que él recibió es fabricada.

Bowman deja escapar una risa breve e incrédula que se quiebra al instante, como si la mera insinuación fuera tan absurda que no supiera si ofenderse o reírse. Abre ligeramente los labios para replicar algo, pero ninguna palabra sale. Sus ojos me buscan por un instante, llenos de desconcierto genuino, antes de que vuelva a recomponer su máscara habitual.

—Exacto. —Jac sonríe, complacido con mi rápida deducción—. Las de Ivan y Grigor son auténticas, enviadas por alguien que quiere venganza. Pero la carta de Bowman, esa es diferente. Falsa. Un intento calculado para hacerse pasar por una víctima y desviar las sospechas.

»Quizá quien envió las primeras cartas solo quería justicia, no sangre. Pero Bowman aprovechó la situación y se hizo pasar por el supuesto «espíritu de los Draganov» para asegurarse de que Ivan y Grigor nunca hablaran.

Decenas de pensamientos bombardean mi mente. La teoría de Jac es enrevesada, casi paranoica. ¿Bowman fingiendo ser la víctima para desviar las sospechas? Parece un truco sacado de una novela barata. Pero mientras intento descartar la idea, algo en su lógica se aferra a mi mente. Es demasiado retorcido para ser cierto… ¿O justo por eso tiene sentido? Con riesgo de caer en un sesgo de confirmación, la teoría coloca a Bowman en el centro. Y por más que lo intento, no puedo ignorar esa posibilidad.

—¿Y por qué dices todo esto delante de Bowman?

—Porque tú me lo pediste. Y porque hablar con un presunto

asesino es una experiencia fascinante.

El estallido de carcajadas de Bowman me toma por sorpresa. No es una risa franca ni relajada, sino esa que surge cuando el cuerpo ya no sabe si defenderse o rendirse. Incluso Laura levanta la vista hacia él, desconcertada.

—Tienes razón, Jac, esto es estimulante —dice tras recuperar el aliento. Toma aire y su tono cambia de forma abrupta, volviéndose gélido—. Pero he perdido a dos amigos, me acusan de asesinarlos y puede que yo sea el próximo. Valkiria, te contraté para demostrar mi inocencia y mantenerme vivo, no para jugar a los detectives. Así que deja los acertijos mentales y haz tu trabajo.

La tensión que deja en el aire es brutal, pero no termina ahí. Me mantengo en silencio, observando cómo su pecho sube y baja con furia contenida. Entonces, su voz vuelve a emerger, más baja, como escapándose de él sin permiso:

—He cometido muchos errores en la vida… pero jamás haría daño a mi socio.

La frase queda suspendida como una gota pesada antes de caer. Dicha casi sin querer, cargada de algo que no sé si es culpa, dolor o ambas.

Bowman desvía la mirada un instante tras pronunciar «errores». Hay un destello de amargura en esa confesión a medias, como si por un segundo su máscara resquebrajada dejara ver una grieta antigua. Algo que lleva mucho más tiempo cargando que esta investigación.

Y por un instante, me pregunto si detrás de ese ego calculado no hay simplemente un hombre agotado de sostenerse.

Antes de que pueda contestarle, un sonido agudo retumba por todo el hotel.

Un disparo.

21

Como si repitiéramos una escena ya vivida, Bowman, Jac y yo saltamos de nuestros asientos y nos dirigimos a la puerta.

En cuanto salimos al lounge, oímos un segundo disparo.

—¡Quedaos aquí con Laura! —les digo a las británicas.

—¡Es una de las últimas plantas! —exclama Bowman cuando llegamos al vestíbulo.

Corremos hacia las escaleras. Tener luz facilita las cosas, pero no cambia la realidad: es probable que haya una nueva víctima, y yo soy la principal responsable.

Si eso es cierto, es por mi incompetencia. Por mi estúpida inseguridad. Sabía que separarnos era una mala idea, lo supe desde el principio, pero aun así permití que sucediera. Dejé que otros tomaran decisiones por mí y ahora alguien más puede estar muerto por mi incapacidad para imponerme.

El pasillo de la primera planta está vacío. Al llegar a la segunda Vartav sale de una habitación, Timur y Nikolay lo siguen.

—¿Qué ha ocurrido?

—Los disparos vienen de más arriba —me responde el superintendente corriendo hacia nosotros.

Seguimos al tercer nivel y echamos un vistazo rápido a otro pasillo desierto. Conforme subimos las escaleras escuchamos voces en el piso superior. No es inglés. Al alcanzar la cuarta planta nos encontramos con una escena que solo suscita nuevas preguntas. La mujer rusa está de pie encarándonos, su piel pálida y su postura rígida delatan que acaba de vivir algo traumático. Frente a ella, en el suelo, Alexenia yace recostada con el ruso arrodillado muy cerca.

Corremos hacia ellos, pero a pocos metros el hombre suelta un grito en ruso, desesperado, como si le fuera la vida en ello. Nos pone aún más en alerta y frenamos el paso.

—¡No os mováis! —dice Alexenia, con una voz que suena más a un alarido de dolor que a una orden.

Los tres nos detenemos de golpe. Jac, que se había adelantado apenas un par de pasos, se queda junto al umbral de la puerta

abierta.

—¡Apártate de ahí! —grita Alexenia de nuevo, esta vez con una urgencia que me hace reaccionar sin pensar.

Me lanzo hacia Jac y lo agarro del brazo, tirando de él con fuerza.

Apenas retrocede un paso cuando un chasquido metálico rompe el silencio. Un nuevo disparo. La bala impacta en la pared contraria, justo donde habría estado su pecho si no lo hubiera empujado. Jac cae de espaldas al suelo con un quejido ahogado. El cuaderno y la pluma que llevaba en la mano salen volando y rebotan contra la moqueta.

Me agacho a su lado un segundo. Su rostro está desencajado, tan pálido como si le hubieran vaciado la sangre de golpe. Tiene las pupilas dilatadas, el pecho subiendo y bajando de forma irregular. No dice nada, ni siquiera parpadea. Por primera vez desde que llegó, veo el miedo verdadero en sus ojos.

Entonces suena un cuarto disparo. Nadie se inmuta. Sea lo que sea que hay ahí dentro, dispara en pares.

A los pies de la directora de operaciones se forma un pequeño charco de sangre. Esta gotea de una de sus botas.

—Hay un sensor en la puerta —dice Alexenia, jadeando—. Alguien ha colocado una trampa automática. Si hubieras permanecido ahí un segundo más…

No termina la frase. No hace falta. A ambos grupos nos separa ahora la puerta abierta de un dormitorio, transformada en frontera letal.

—¿Estás bien? ¿Dónde te han disparado? —digo, dejando a Jac que se recomponga.

—Estoy bien —responde la directora de operaciones del hotel en una voz que parece contradecir el mensaje—. Solo me han disparado en el pie. Duele mucho, aunque no creo que sea grave. —Al acercarme a la puerta abierta, la accidentada se tensa de inmediato—. No me ha dado tiempo a ver qué es, pero la luz esa debe ser un sensor.

Coloco el móvil en el marco de la puerta y enciendo la cámara. La habitación parece estar vacía, hasta que mi atención se fija en el artilugio montado en el techo. Una lámina rectangular de madera

cuelga en posición perpendicular. Adherida a ella, una pistola apunta a la puerta, acompañada de un láser y un enredo de cables y mecanismos que los enlaza entre sí.

—¿Qué hay dentro? —pregunta el superintendente, su voz teñida de un terror impropio en él.

—Una pistola conectada a un sensor. Dispara al detectar movimiento.

Al girarme, veo que ha retrocedido un paso instintivamente, sus ojos muy abiertos y su respiración acelerada. Está pálido, sin rastro de la crudeza que solía mostrar.

—¿Sabes de quién es la habitación?

—Sí… es la mía.

Asiento, poco sorprendida por la respuesta.

—Ya conocemos quién era el siguiente objetivo. Entiendo que en el hotel habrá un botiquín médico, ¿no? —El recepcionista asiente detrás del superintendente—. Traedlo entre los tres. Ni se os ocurra separaros.

Vartav se queda dubitativo, pero en cuanto los dos empleados del hotel se dirigen a las escaleras, él los acompaña.

—Alexenia, mientras vuelven con el kit de emergencias, necesito que me digas qué ha ocurrido. Para empezar, ¿qué hacíais aquí?

La directora de operaciones se ha recompuesto y ahora descansa contra la pared. Aún parece dolida, pero se muestra más serena.

—No encontramos nada en la cocina. Entonces les dije de ir a la habitación de Vartav. —Su voz se entrecorta cada pocos segundos, su pulso todavía seguirá disparado.

—¿Por qué?

—No solo propuse que nos separásemos para resolver esto antes de que hubiese otra víctima. También sospechaba de él. Pensé que era el asesino, pero… me equivoqué. Resulta que era el siguiente objetivo.

Quería profundizar en los motivos que la llevaron a esa conclusión y a actuar por su cuenta, pero primero necesitaba obtener una imagen completa de lo sucedido.

—¿Qué ha ocurrido cuando has abierto la puerta?

—Denis estaba justo a mi lado —dice señalando al hombre ruso —.

En cuanto abrí la puerta vio el punto rojo en mi abdomen y se lanzó sobre mí. El disparo se produjo mientras yo caía al suelo e impactó en el pie que aún tenía en el aire. Unos segundos después la pistola volvió a dispararse, esta vez perforando solo la pared.

Denis ha vuelto a su estado natural: una expresión neutra que roza la inexistencia. Parece tan sereno que podría jurarse que acaba de despertarse de una siesta. De pronto suelta una frase en ruso que Alexenia no se molesta en traducir. Por el gesto que le dedica a su mujer, está claro que intenta calmarla. Ella, en cambio, no consigue disimular la tensión que le sube por los hombros.

—¿Estás segura de que el arma solo se activa al tocar el láser? —dice Jac, con la voz aún un poco temblorosa.

—Yo diría que sí, pero no me arriesgaría.

Descuelgo uno de los cuadros que adornan el pasillo y cubro parte de la puerta con él. Espero unos instantes y no sucede nada. Entonces elevo el lienzo e interrumpo el haz de luz. A los cinco segundos un tiro perfora el óleo. Al poco de quitarlo, una cuarta bala sale de la pistola.

Miro a Jac y ambos asentimos. Me tiro al suelo y entro en el cuarto gateando. Avanzo con cuidado, deteniéndome cada pocos segundos para asegurarme de que el cañón de la pistola no cambia su trayectoria. Al llegar al final de la habitación me pongo en pie y me acerco al mecanismo desde atrás.

Los elementos adheridos a la madera me recuerdan a mi época universitaria, cuando estudiaba Ingeniería Electromecánica y diseñaba inventos similares, aunque sin una pistola de por medio. Nunca habría imaginado que, seis años después, me encontraría en una situación así.

El mecanismo es rudimentario, pero letal. La pistola está asegurada en una lámina de madera, con un gancho que presiona el gatillo y se conecta a un pequeño motor. Un láser rojo funciona como sensor, y todo el sistema se alimenta con una batería común.

Lo más perturbador es su simplicidad. Cualquiera con un poco de ingenio y los materiales adecuados podría armar algo así. Un dispositivo que dispara automáticamente a quien cruce la puerta, sin necesidad de que el asesino esté presente.

Con cuidado, desvío la varilla de metal para evitar que accione el gatillo. Entonces desengancho la pistola y salgo de la habitación.

—¿Esta es tu arma?

Bowman le echa un breve vistazo y asiente resignado.

—¿Es la que estaba conectada a ese extraño mecanismo?

—Sí, el asesino ha debido de ponerla ahí después de matar a Grigor.

—¿Estáis todos bien? —pregunta Timur casi sin aliento sujetando un maletín rojo. A los pocos segundos Vartav y Nikolay aparecen detrás de él.

—Sí, los dos nuevos disparos han sido una falsa alarma.

Cojo el botiquín y se lo doy a la enfermera. Alexenia ya está en pie y se apoya en ella. La pierna derecha la tiene en vilo, todavía goteando sangre.

—Alina me curará y vendará la herida. La bala me ha atravesado el pie, así que en principio no será muy grave. ¿Ya no hay peligro?

Como respuesta le enseño el arma que sostengo en la mano. Asiente, pero aun así se asoman al umbral con cautela. Al ver que no ocurre nada, entran al baño del superintendente dando pequeños brincos.

—Vartav, ¿habéis encontrado algo en la habitación de Ivan? —El hombre niega con la cabeza—. Entiendo. Bajad los tres al lounge y decidle a las británicas y a Laura que todo está bien, no ha muerto nadie más y hemos recuperado la pistola de Bowman. Nosotros esperaremos a que Alexenia y la enfermera salgan.

El superintendente duda unos segundos. Está claro que tiene decenas de pensamientos en la cabeza, respuestas que necesita saber. Pero no llega a hablar. Se da la vuelta y, acompañado por el recepcionista y el barman, se aleja hasta desaparecer de nuevo por el pasillo.

Mientras aguardamos a que curen a Alexenia, analizo el láser y la trayectoria de las balas. Al principio me extraña que la posición sea tan baja. Al permanecer en el pasillo el haz de luz queda a la altura del abdomen. Pero como el disparo tiene varios segundos de retraso, supongo que el asesino planeaba que el impacto se produjera una vez que la persona diese unos pasos al interior de la habitación. En

ese caso, el tiro golpea en el pecho.

Regreso al pasillo y recreo varias caídas hacia el lateral, simulando que alguien me derriba. En la mayoría de los intentos mis piernas no superan la altura de la cintura, pero en algunos sí. Es posible que, en el momento del tiro, mi pie pudiera quedar justo en la trayectoria del láser.

Por más ridícula que parezca mi escena, ninguno de los tres hombres dice una palabra. Se limitan a observarme en silencio.

—Así que Vartav es el siguiente objetivo, quizás el último —comenta Jac cuando termino mis pruebas.

—Sí, no veo otra posibilidad. El asesino no tenía ninguna razón para pensar que la primera persona en abrir esta puerta no sería Vartav. Su intención seguramente era esperar a que él viniera por su cuenta o tal vez encontrar la manera de atraerlo aquí. Lo que está claro es que este mecanismo le permitía matar a su siguiente víctima sin necesidad de estar presente. Igual que con Ivan, podía asesinar mientras se mantenía como un simple testigo más.

Jac se apoya en la pared y se desliza hasta el suelo. Por primera vez desde que empezó todo esto, no detecto ni confianza ni emoción en su mirada, solo una profunda exasperación.

—Sea quien sea el que está detrás de las muertes, es evidente que va demasiados pasos por delante.

Yo trago saliva y, resignada, asiento. En los siguientes minutos nadie dice nada. Bowman permanece con una mirada sombría, sumergido en la oscuridad de su mente, mientras que el ruso no desvía la atención del baño del dormitorio. Cuando las dos mujeres salen, se relaja levemente.

Alexenia ya no lleva una de las zapatillas; su pie está completamente vendado. Cojeando sobre la pierna izquierda y ayudada por Alina y Jac, llega al ascensor. Los seis bajamos en silencio hasta el lounge.

Si en otros momentos de la noche el ambiente en esa habitación ya era lóbrego, ahora el abatimiento parecía haber llegado a máximos. Las británicas cuchichean entre sí, con los rostros desencajados y las manos crispadas. Timur se deja caer en un sillón con la mirada perdida, mientras Nikolay se pasa los dedos

temblorosos por la frente, empapada en sudor. Vartav permanece de pie, pero su postura rígida parece a punto de desmoronarse.

Jac se frota el puente de la nariz, como si el peso de la noche finalmente lo hubiera alcanzado. Incluso Bowman se hunde en su asiento con los labios apretados, luchando por mantener la compostura.

—Una de las catorce personas que está aquí es el responsable de las dos muertes y el intento de asesinato de Alexenia —digo con voz taciturna—. Viendo los medios de los que dispone, a efectos prácticos estamos a su merced. Yo voy a hacer lo que esté en mi mano para evitar que muera más gente y descubrir de quién se trata. Por vuestra parte solo pediré que cooperéis y no le pongáis las cosas más fáciles a esta persona. Es capaz de asesinar mientras estamos juntos, como ya ha ocurrido, pero si nos separamos, el riesgo es aún mayor. Jac, asegúrate de que ninguno salga de esta habitación.

Nadie se atreve a ponerme una pega. El silencio es opresivo, un peso que se siente en cada respiración. Es entonces cuando me doy cuenta de que sigo sosteniendo la pistola de Bowman en la mano. La aferro como si fuese lo único capaz de darme control sobre esta locura.

Mis pensamientos se agitan, un torrente de culpa, desesperación y miedo que se niega a ceder. Necesito respuestas, algo sólido a lo que agarrarme. Antes de que alguien diga algo, me giro hacia la directora de operaciones.

—Alexenia, creo que ha llegado el momento de que hablemos.

22

Alexenia se sienta con dificultad en una de las sillas. Su cuerpo emite el brillo de quien ha rozado la muerte y, por un instante, redescubre el valor de estar viva.

—¿Me puedes contar un poco más sobre ti? ¿Eres de Bulgaria?

—Sí, nací en Sofía a finales de los setenta y he vivido allí gran parte de mi vida.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en el hotel Esmeralda?

Alexenia se detiene un par de segundos para hacer la cuenta.

—¿Diez… años? Sí, este verano haré diez años trabajando en el Esmeralda.

—Entiendo que ahora vives aquí, en Bansko.

—Así es, tengo un pequeño apartamento en el centro del pueblo.

—¿Y qué te hizo mudarte aquí? ¿Qué hacías antes en la capital?

—Trabajaba para una multinacional. Gestionaba proyectos y equipos. Llegó un momento en el que el día a día de la ciudad me ahogó. La monotonía me sofocaba. Conocía este hotel por retiros de ejecutivos que habíamos organizado. Cuando supe que buscaban a alguien para una posición donde mis habilidades encajaban, comencé el proceso de entrevistas sin pensarlo demasiado. No esperaba llegar hasta el final, pero cuando lo logré, no lo dudé: dejé mi vida en Sofía para trasladarme aquí.

—¿Exactamente cuál es tu labor en el hotel?

—En términos generales, superviso y coordino las operaciones diarias para garantizar el funcionamiento eficiente y la satisfacción de los huéspedes. En otras palabras, soy un enlace entre la dirección y el personal operativo.

Su voz recupera parte de la seguridad perdida y parece encontrar consuelo en describir su rutina. Yo necesito ir más allá.

—Entonces, ¿trabajabas con Grigor todos los días?

—Sí, es una de las personas con las que más tiempo paso… bueno, pasaba en el hotel.

El desliz en su respuesta no pasa desapercibido. Sigue alterada, aunque trata de mantener la compostura.

—¿Qué tipo de persona era?

—¿Grigor? —Alexenia entorna los ojos y aprieta los labios. Percibo cómo calcula si es correcto criticar a un muerto.

—No era ni amiga ni familiar suya, solo pretendo resolver esta investigación. Agradecería sinceridad.

Alexenia se desinfla un poco sobre su asiento.

—En su trabajo era eficiente, pero en lo personal… No era alguien digno de confianza. Se dejaba llevar por los vicios: alcohol, apuestas, mujeres. Bowman lo mantenía porque hacía bien su trabajo, pero fuera de eso, mejor tomar distancia.

—¿Tenía relaciones con huéspedes?

—En el pasado, sí. Incluso con mujeres casadas cuyos maridos también estaban en el hotel. No le importaba. Aunque últimamente parecía más discreto.

—En ese caso, supongo que no conocías su relación con Laura Vélez.

—¿La mujer nicaragüense?

—Así es.

—No, no tenía ni idea. Pero no me sorprende.

Tomo notas mentales de las respuestas, de sus expresiones y su posición corporal, igual que he hecho con el resto de huéspedes. Esa información será esencial para cuando tenga el tiempo necesario para estudiarla en mi cabeza.

—Pasemos ahora a los eventos de esta noche. ¿Dónde estabas cuando Grigor murió?

—Me encontraba en la oficina.

—¿Sola? —Alexenia asiente—. Bowman mencionó un intento de robo en su suite. ¿Qué pasó exactamente?

—Cortaron la energía y entraron en su apartamento. Encontraron la caja fuerte, pero no lograron abrirla. El generador se activó y el ladrón escapó antes de que lo atraparan. Las cámaras no grabaron nada.

—¿Medidas nuevas?

—Ninguna. Bowman se negó a instalar cámaras en su suite. La policía no consiguió mucho.

Algo me dice que los dos eventos están conectados, aunque no

logro ver cómo. Decido pasar al segundo asesinato.

—Fuisteis vosotras quienes trajisteis la bandeja de brownies al lounge. ¿Encontraste algo extraño en la cocina antes de que Abby la cogiera?

—No. La bandeja estaba cubierta con plástico y la cocina estaba impecable, nada parecía estar fuera de lugar. Las británicas se emocionaron al ver el postre y cogieron la bandeja.

—El chef Demir conocía la alergia severa de Ivan, incluso habló con él durante la cena. ¿Cómo explicas que aun así preparara un postre cuyo ingrediente principal eran frutos secos y no avisara a nadie?

—Eso es algo que tendrás que preguntarle a él, yo solo te puedo dar mi opinión. Pero no creo que lo hiciera.

—¿A qué te refieres?

—Si fue él quien usó los frutos secos, sabiendo que había alérgenos, debió de dejar una nota avisando. La otra posibilidad es que esos brownies no los preparara él, sino el asesino. O, al menos, que alguien los contaminara después. Como he dicho, es algo que tendrás que consultar con Demir.

Las preguntas capciosas solían ser útiles con testigos, pero con Alexenia no habían funcionado.

—¿Y no viste ninguna nota en la cocina?

—No.

—¿Es posible que se cayese?

—Imposible. Siempre dejaba los avisos en el interior del plástico transparente. Si hubiese estado ahí, yo la habría visto, al igual que las británicas.

—Con lo cual, sugieres que alguien la quitó antes de que tú cogieses los brownies.

—Yo no sugiero nada, solo te cuento lo que vi y el procedimiento habitual que se sigue en el hotel.

A pesar de que parece sincera, su forma de hablar me irrita. ¿Cómo puede sonar tan calmada después de haber rozado la muerte? Tal vez porque lleva años tratando con gente influyente, acostumbrada a no perder nunca el control.

—Alexenia, necesito respuestas claras, no intuiciones vagas. ¿Por

qué sospechabas de Vartav? ¿Qué te hizo pensar que él era el responsable?

La urgencia en mi voz es palpable, un eco de la frustración que arde bajo mi piel. Ella mantiene la compostura, pero no aparta la mirada.

—Descarté a Bowman. No tiene sentido que se inculpara a sí mismo —responde, pero tarda un segundo más de lo normal en decirlo.

Antes de hablar, sus fosas nasales se ensanchan levemente, un gesto apenas perceptible. Sus palabras son cuidadosas. Calculadas.

—Vartav, en cambio, siempre me pareció sospechoso. He visto cómo miraba a Bowman y a sus amigos. Había algo en su actitud, cierta hostilidad reprimida. Tal vez solo sea intuición, pero mi trabajo consiste en leer a la gente, y con él siempre percibí resentimiento.

»Cuando empezaron los asesinatos, pensé que podía ser él. Intenté solucionarlo por mi cuenta para mantenerme a salvo. Ahora veo que quizás he excedido mis responsabilidades.

—No sé si te has excedido, pero está claro que sí te has arriesgado más de lo necesario —digo, mientras intento encajar esa nueva información en la red que he tejido en mi cabeza durante la investigación—. Que el asesino quisiera matar a Vartav implica directamente que él no es el culpable. En ese caso, ¿quién piensas que puede ser?

—No lo sé. Y la herida en mi pie es prueba de que intenté ir por encima de mis capacidades. Te dejo a ti la tarea de responder a esa pregunta.

Un poco decepcionada, continúo con la parte final de mi interrogatorio.

—Por último, quería preguntarte sobre los Draganov.

Alexenia frunce el ceño, extrañada por la alusión a ese incidente.

—¿Te refieres al incendio de los noventa? ¿El que mató a ese matrimonio?

—Sí. Tengo razones para pensar que lo ocurrido hace treinta años está relacionado con lo que pasa hoy.

—¿En serio?

La directora de operaciones del hotel desvía su mirada ante mi

asentimiento. Parece sumirse en una profunda cavilación durante medio minuto, eso me da cierta esperanza de lo que dirá a continuación. Sin embargo, cuando finalmente me responde, lo hace para erradicar mi optimismo.

—No sé nada más allá de lo que es de dominio público. Llegué a Bansko mucho después del incidente, cuando las acusaciones contra el hotel y su dueño ya se habían desvanecido. Lamento no poder serte de más ayuda al respecto.

23

Pensaba que obtendría más información de esa conversación con la directora de operaciones, pero me había quedado con más dudas. ¿Por qué Alexenia se arriesgó tanto? ¿Qué pasó realmente durante el robo a la suite de Bowman? ¿Quién manipuló los brownies?

—Gracias por responder a mis preguntas.

—No tienes nada que agradecer, Valkiria. Soy la primera que quiere acabar con esto.

Me pongo en pie y me acerco a su asiento para ayudarla a levantarse.

—En ese caso, me gustaría pedirte un favor. ¿Harías de traductora con la pareja rusa? Ahora mismo son los únicos huéspedes con los que no he hablado.

—Claro, sin problema.

Abro la puerta de la sala de póker. Solo unos pocos se giran a vernos. Alexenia pronuncia un par de frases en ruso y el matrimonio se mira circunspecto. La directora de operaciones del hotel dice algo más y finalmente los dos huéspedes se acercan.

—Muchas gracias —digo ayudando a que se vuelva a sentar en su silla.

Antes de que Denis y Alina entren en la sala, salgo de nuevo y me acerco a Jac.

—¿Algo destacable?

—Nada. A nadie le queda energía ni para ir al baño.

Suspiro con cierto alivio. Así es más fácil que la gente acate mis sugerencias y no se ponga en peligro estúpidamente.

—Decías que hablas un poco de ruso, ¿no? —El escritor asiente a mi murmullo, dibujando una media sonrisa ante mi inminente propuesta—. Quiero que estés de oyente en la conversación para asegurarme de que Alexenia hace bien su trabajo.

Jac se pone en pie con ímpetu y entra en la sala de póker. Sigo sus pasos y cierro la puerta.

—Empecemos. Diles que solo quiero hacerles unas preguntas para conocer su versión. Insiste en que no pretendo molestarles, mi único

objetivo es cerrar cuanto antes lo ocurrido esta noche.

Desde su llegada, el matrimonio ha mantenido una frialdad impenetrable, en especial el hombre. No quería que su hermetismo se intensificara aún más por el simple hecho de que una veinteañera intentara interrogarlos.

Cuando ella traduce mi mensaje y la pareja asiente, doy inicio al interrogatorio. La traducción intermedia ralentiza el proceso y me hace perder sutilezas en el tono y la expresión del interrogado. Aun así, la directora de operaciones traduce con soltura y solo una mínima pausa.

La pareja, o más bien Denis, quien responde a todas las preguntas, declara que han ido por mero interés turístico. A mí me extraña que sea así cuando aclaran que ni esquían ni hacen rutas por la montaña. Alexenia explica que es normal. Muchos huéspedes, en especial los rusos, viajan al hotel con el único propósito de disfrutar de los lujos e instalaciones del Esmeralda. Comentan que no es su primera vez.

—Pregúntales detalles sobre el accidente que han tenido.

Unos segundos más tarde la respuesta viene de vuelta.

—Denis dice que alquilaron un coche en el aeropuerto de Sofía y que, como siempre, rechazó el servicio de chófer del hotel. Disfruta conduciendo por la montaña. La tormenta no fue un problema hasta que encontraron la carretera cortada cerca de Bansko. Movieron la barricada y siguieron adelante.

»Perdió el control del coche en la nieve acumulada y se estrelló contra un árbol. Por suerte, iban despacio. Al no tener señal para pedir ayuda, caminaron hasta el hotel.

—Alexenia, ¿cuánto se tarda andando normalmente desde esa parte del pueblo hasta aquí?

—Unos treinta minutos.

—Vamos, que con la nieve mínimo les llevaría cuarenta y cinco minutos, puede que una hora. Pregúntales la hora a la que salieron del aeropuerto y tuvieron el accidente.

—Dicen que dejaron Sofía a las ocho y cuarto, y Alina consultó su reloj cuando llegaron a la carretera cortada de acceso a Bansko. Eran las once menos cuarto.

El evento en sí no tenía nada de sospechoso, lo que despertaba mis dudas era que hubiera ocurrido precisamente esa noche. De cualquier modo, era algo fácil de verificar una vez amainara la tempestad. Solo debía comprobar si había un coche accidentado.

—Teniendo en cuenta que no estaban cuando asesinaron a Grigor y que nos encontrábamos todos juntos durante la muerte de Ivan, quiero que me cuenten con detalles cómo vivieron tu intento de asesinato. Y por favor, traduce palabra por palabra lo que diga Denis, quiero conocer su punto de vista exacto.

Ella asiente y traduce mi petición. En el transcurso de diez minutos, Denis habla y Alexenia interpreta cada pocas frases. El resultado final es la misma versión que ella me compartió un rato atrás.

Primero indagaron en la cocina. Buscaron en las zonas que podría haber algo extraño, pero no encontraron nada. Entonces Alexenia sugirió que fueran a la habitación de Vartav, explicó su motivación y el matrimonio aceptó. En ningún momento se separaron. Subieron por las escaleras y llegaron a la habitación del superintendente. Cuando Alexenia abrió la puerta, la pareja estaba a cada lado. El ruso tenía la vista en ella, lo que le permitió ver inmediatamente un punto rojo proyectándose en su tripa. Sin dudar ni un segundo, la derribó y evitó que el disparo le perforara el abdomen.

Cuando inquiero más sobre sus reflejos, lo justifica con la razón que suponía. Ese hombre era un militar, o más bien, lo había sido. A pesar de tener cincuenta y un años, está jubilado. El hombre se ha negado a darme más información al respecto.

Hasta entonces Alina, la esposa, no ha hablado ni una sola vez. Está atenta a todas las traducciones y, por su expresión, parece entender partes sueltas de mi inglés. No obstante, el marido siempre toma la iniciativa.

—Quiero que la enfermera me hable sobre tu herida —digo sin rodeos.

La directora de operaciones traduce mi pregunta con la misma frialdad con la que se refiere a su propia pierna.

—Dice que es una herida limpia. Pero en el pie, eso es muy grave.

—¿Cómo de grave?

Alina responde con voz cautelosa, y Alexenia repite su respuesta.

—Si no recibo tratamiento pronto, podría perder el pie.

La naturalidad con la que lo dice me hiela la sangre. ¿Cómo puede sonar tan indiferente? ¿O es que simplemente ha aceptado que no puede hacer nada por evitarlo hasta que amaine la ventisca?

—Está bien, eso es todo. Agradéceles su cooperación y subraya lo importante que es que permanezcan en el lounge. Y muchas gracias, Alexenia, por tu ayuda.

La directora de operaciones transmite mi mensaje y lo único que obtengo es un asentimiento de parte de Denis. Se levantan y Alina ayuda a la herida a incorporarse. Cuando los tres abandonan la sala, Jac y yo nos quedamos a solas, contemplando la nevada que sigue golpeando los cristales.

No sé qué pensar de la conversación. No me gustan las situaciones con demasiadas «casualidades» encadenadas. Que un matrimonio sufra un accidente de coche el mismo día en que ocurren dos asesinatos y un intento de un tercero es, cuando menos, sospechoso. Más aún considerando que llegaron después del primer crimen y parecen envueltos en un halo de misterio. Tampoco me agrada que ellos puedan comunicarse con total libertad sin que yo comprenda una sola palabra.

—¿Has entendido lo que han dicho? —Mi voz suena más cortante de lo que pretendía, pero no me importa. Estoy cansada de sentir que me toman por tonta.

Jac se pone en pie para estirar la espalda, con una tranquilidad irritante.

—No sé qué esperas de mí. Mi ruso no es perfecto, pero entiendo mucho mejor de lo que hablo.

Me muerdo el labio con impaciencia. Ese hombre siempre va al grano en sus libros, pero aquí parece disfrutar dándome rodeos.

—¿Y bien? ¿Puedo fiarme de lo que ha dicho Alexenia o no?

—Me he perdido en algunas frases, pero, hasta donde entiendo, la traducción ha sido precisa respecto a lo que tú preguntabas y a lo que los rusos respondían.

—¿Existe la posibilidad de que esa percepción se deba a tu baja comprensión del idioma?

El escritor suelta una carcajada.

—Lo dudo. Habré entendido un ochenta por ciento de la conversación, es improbable que justo Alexenia haya tergiversado tus palabras o las de ellos en el veinte por ciento restante. Sobre todo teniendo en cuenta que presuntamente desconoce que hablo ruso, y de no ser así, al menos no sabe qué nivel tengo.

Hundo la cara entre mis brazos. Estoy agotada. Mi mente es un caos de pensamientos desordenados que se arremolinan sin sentido. No puedo pensar con claridad. Todo lo que intento para resolver este maldito caso se desmorona frente a mí. ¿Qué más puedo hacer? ¿Qué demonios se me está escapando?

Esto me queda grande. Dos personas muertas y yo no he hecho nada para evitarlo. ¿Cuántos más tienen que morir antes de que descubra al asesino? Maldita sea, debería ser capaz de resolver esto, debería…

Pero no puedo. No puedo. Estoy sola en esta investigación. Nadie va a venir a salvarme ni a relevarme del caso. Si alguien más muere, será mi culpa. Si el asesino se escapa, también. Y cada segundo que pierdo me acerca más a ese desenlace.

No tengo opción. Necesito tiempo para reflexionar y escuchar mis propios pensamientos, encontrar alguna pieza que no encaja.

—¿Ya son las cinco menos cuarto? —exclamo al mirar la hora en mi móvil, que sigue sin conexión a internet.

—Dicen que el tiempo vuela cuando te lo estás pasando bien, ¿no? —dice Jac.

Sonrío ante sus comentarios fuera de lugar. Hasta me estoy acostumbrando al humor ácido de este hombre.

Me pongo en pie y miro con más atención a la ventana. La tormenta del exterior parece incansable, no hay ningún indicio de que vaya a parar en la próxima hora o dos.

Salgo al lounge y el ambiente me golpea de lleno, como si chocara contra un muro. La desesperación y el agotamiento se reflejan en cada rostro. Nadie duerme. Nadie habla. Isabella ya no tiene esa arrogancia que tanto me saca de quicio; ahora parece encogida sobre sí misma, y esas gafas de leopardo, que antes llevaban su altivez por delante, le quedan tan grandes que parece una niña

escondiéndose detrás de ellas. Vartav se ha desplomado en uno de los sillones, con la espalda hundida y la mirada perdida en un punto que no existe. Su presencia, antes intimidante, ahora es la de un hombre que ya no sabe a qué aferrarse. Y Bowman… Bowman observa desde un rincón con los codos apoyados en las rodillas y los dedos entrelazados delante de la boca. Tiene la expresión de alguien que ya ha sido juzgado y solo espera la sentencia. Aquí nadie está libre de sospecha. Nadie. Y yo sigo sin encontrar al culpable.

—Son casi las cinco de la mañana. Todavía faltan dos horas para el amanecer, seguramente más para el final de la tempestad. Quedarnos juntos en esta sala es la única opción que tenemos si queremos sobrevivir al resto del confinamiento.

Camino hacia una de las macetas que decoran las esquinas y la arrastro con brusquedad hasta la sala de billar. Me es indiferente lo que piensen. Estoy demasiado cansada, demasiado frustrada.

—Si alguien tiene que ir al baño, que lo haga aquí. —Mi voz suena más fría de lo que pretendía—. Nadie va a perder la vida por mear en un váter. Y si a alguien le incomoda la idea, puede aguantarse.

El mensaje es claro. A algunos se les escapan expresiones de disgusto, pero nadie se atreve a replicar. Y eso, en parte, me asusta. Porque si no tienen fuerzas ni para quejarse, significa que el asesino ya ha hecho mella en todos nosotros.

Me siento en uno de los pocos lugares que quedan libres, un sillón que enfrenta la sala entera, y me dejo llevar por mis pensamientos. Mientras los demás dormitan en un duermevela insuflado por el miedo de saber que aún podrían morir, yo reflexiono.

Repaso el caso una y otra vez en mi cabeza. Revivo los hechos desde cada perspectiva que conozco, analizo cada situación, confronto la información contradictoria, examino motivos, intereses y posibles cabos sueltos.

Poco a poco voy desenmarañando la madeja en la que se ha convertido esta investigación, hasta convertirla en una red de motivaciones, hechos, pistas y deducciones.

Estoy agotada, pero mi mente está más activa que nunca. El tiempo pasa a mi alrededor sin que yo me dé cuenta. No advierto el momento en el que la noche se transforma en un alba tímida, ni

tampoco cuando el sol ya debe de estar por encima de las montañas, oculto tras las nubes que descargan más nieve.

Aunque soy la única que no duerme durante la espera, no soy yo quien nota lo evidente.

—Ha dejado de nevar… ¡La tormenta ha cesado! —El grito de Laura Vélez parece recalcar algo obvio que, aun así, nos devuelve la fuerza a todos.

Me giro hacia la ventana. No solo la nieve ha dejado de azotarla, sino que un rayo de luz se aventura a colarse y alumbra la parte trasera de mi sillón.

Consulto mi móvil. Son las siete y cuarto de la mañana. Parece que, finalmente, esta odiosa noche llega a su fin.

24

Como una mañana que ilumina unas trincheras tras una noche de guerra, el lounge resplandece con una doble luz. Por un lado, el sol se alza con fuerza en un cielo cada vez más despejado. Por otro, los rostros de los presentes reflejan el alivio de quienes dejan atrás el horror de la noche, aferrándose a la esperanza de que todo, por fin, ha terminado.

—Lo primero es contactar con la Policía.

Mis palabras se aceptan con un consenso absoluto. Miro a Vartav, quien consulta su móvil.

—Sigue sin haber conexión, y no tengo la radio conmigo. Habrá que acercarse a la comisaría de Bansko.

—También hay que ir a por el chef. Debo hablar con él para aclarar lo sucedido con Ivan.

—Timur, tú sabes dónde vive Demir, ¿no? —pregunta Alexenia.

El recepcionista asiente.

—¿Y quién sabe dónde está la comisaría?

Como era de esperar, los cinco habitantes de Bansko levantan la mano. No pensaba dejar que Bowman y Vartav saliesen del hotel hasta que llegase la Policía, y Alexenia no está en ninguna posición de ir a la calle.

—Está bien —digo, mirando a cada uno por turnos—. Timur, tú irás a por el chef. Nikolay, tú a la comisaría. Asegúrate de avisarles de que hay una persona herida de bala que necesita asistencia médica.

Los dos hombres se ponen en pie al unísono, con la resolución de quienes reciben una orden clara.

—Jac, acompáñales hasta la puerta y asegúrate de que la cierras con llave una vez que hayan salido —añado, dirigiéndome al escritor —. Cuando regreséis, golpead con fuerza para que os reconozcamos. Nosotros esperaremos aquí.

Nadie se atreve a contradecirme. Soy la única que aún tiene energía después de esa noche.

Los tres hombres salen del lounge, al minuto el escritor regresa solo. El silencio ahora es más denso que nunca. Sin el rugido de la

tormenta y con la chimenea apagada, no hay nada que rompa este mutismo paradójicamente ensordecedor. La espera se vuelve lenta y asfixiante. Todos permanecemos en vilo, atrapados en la incertidumbre de qué va a suceder.

Veinte minutos después, el mutismo se rompe con la voz de la última persona que habría esperado. Habla en ruso y debemos aguardar la traducción de Alexenia para comprender sus palabras.

—Denis quiere ir al servicio.

—Ya sabe dónde está la maceta.

La directora de operaciones frunce el ceño, dejando claro que no será tan fácil.

—Se niega a ir ahí. No piensa rebajarse a ese nivel.

El ruso clava su mirada en mí. Parece que me esté retando a que le diga dónde debe hacer sus necesidades. Abatida por tales estupideces, cedo ante ese hombre.

—No puede ir solo.

—Vartav, tú hablas ruso, ¿no? —dice Alexenia.

El superintendente farfulla a media voz, ostensiblemente molesto al tener que acompañar al extranjero al baño como si fuera un profesor de infantil.

Los dos hombres se levantan y, antes de que yo pueda añadir algo más, es Bowman quien se me adelanta.

—¿Vas a dejarles ir a los dos solos?

Su preocupación me sorprende, pero tiene razón. Hay una posibilidad de que el ruso sea el asesino.

—No, justo iba a decirlo. Acompáñales tú también. Ante cualquier problema, gritad.

Miro la cintura de Vartav, donde se dibuja la marca de la pistola que lleva encima. En mi mente calculo las variables que involucran que el maldito ruso quiera ir al lavabo, trato de discernir si hay algo oculto en esa simple decisión. Pero no vislumbro nada. Los tres hombres salen del lounge.

El silencio se prolonga cinco minutos más, hasta que varios golpes secos resuenan en el vestíbulo.

—La Policía o el chef ha llegado —anuncio poniéndome en pie—. Jac, ven conmigo.

—¿Nos vas a dejar aquí solas? —pregunta Abby de inmediato.

—Estáis siete personas juntas…

—No nos vamos a separar de vosotros dos —dice Isabella tajante.

Antes, cada vez que me veía, parecía que le brotaba un sarpullido. Ahora, quiere acompañarme hasta el baño. El instinto de supervivencia obliga a cualquiera a dejar de lado su ego.

—Entonces yo también voy con vosotros.

No me sorprende el comentario de Laura, pero sí me incomoda, no quiero dejar a Alexenia y la enfermera rusa a solas.

—No te preocupes por mí, confío en Alina —dice la directora de operaciones del hotel interrumpiendo mis pensamientos—. Además, en caso de que no sea la Policía, estará también al caer.

Resignada, asiento y los siete salimos al vestíbulo, dejando a Alexenia y Alina solas. No me gusta nada cómo se está desarrollando esto. En cuestión de minutos, nos hemos fragmentado en varios grupos de manera casi inevitable. Y me aterra pensar que eso, en realidad, no sea una coincidencia.

Jac saca la llave con la que ha cerrado la puerta del hotel y la desbloquea.

—¿Alguien me puede explicar qué pinto aquí? —es la bienvenida que el chef nos da—. No son ni las ocho de la mañana y tengo que ir a comprar hielo en cuanto abran el supermercado para evitar que se me descongele la carne. No os hacéis ni una idea del problema que supone una pérdida de energía para…

—Te pido disculpas por las molestias, chef, pero es una situación de máxima urgencia. —Mi voz críptica no deja lugar a negociación, el cocinero aparta sus preocupaciones de inmediato.

—¿Qué ha ocurrido?

—Necesito que me expliques por qué preparaste brownies con frutos secos cuando sabías que Ivan Kostov, alguien con una alergia severa, era uno de los comensales.

—¿Ha habido una intoxicación? No tuve otro remedio. Pero dejé un aviso de los ingredientes.

Su expresión de preocupación e incertidumbre es sincera.

—Responde a mi pregunta, por favor, ¿por qué utilizaste frutos secos?

—Cuando empecé a preparar los brownies, me di cuenta de que no quedaba harina. Juraría que sí, pero no la encontré. Tal vez la tormenta retrasó los suministros que pedí, o quizás fue un error mío en la planificación. El caso es que ya estaba todo listo para el postre, así que usé nueces extra que tenía a mano. Es un ingrediente que me encanta usar por la textura que aporta, mi equipo lo sabe. Las trituré y las utilicé como sustituto. Sabiendo que había intolerantes a los frutos secos, escribí una nota y la dejé en la misma bandeja con los brownies, conocía el peligro que supondría que Ivan los comiese.

—¿Sería posible que la nota se cayera o saliera volando por accidente?

—¡De ninguna manera! —dice categórico—. ¿Por quién me toma? Soy un profesional, la salud de mis clientes es lo más importante para mí. Dejé la nota debajo del plástico de protección. Siempre lo hacemos así. No hay forma alguna de que se perdiera. Y ahora, por favor, dime, ¿qué ha ocurrido?

—Ivan consumió los brownies, es posible que más de uno.

—¡¿De verdad?! Pero… juro que yo puse la nota… Entonces hay que llamar a una ambulancia, lo habéis hecho ya, ¿no? Las inyecciones de adrenalina solo sirven como medida preventiva. Es imperativo que ese hombre vaya al hospital ahora mismo.

—Ese hombre está muerto, chef.

La frase lapidaria proviene, como no, de parte de Jac. Le miro de reojo, molesta por su falta de tacto.

—Ha sido asesinado —añado para aclarar la situación, aunque, por la expresión del cocinero, parece que solo logro aumentar su desconcierto.

—¿Cómo que asesinado? ¿Pero no estábamos hablando de un ataque anafiláctico? ¿Acaso Ivan no tenía inyecciones de adrenalina?

—Las tenía, al igual que tú dejaste una nota preventiva en los brownies. Pero el asesino gastó la adrenalina y quitó la nota. No ha sido un accidente, chef, es un asesinato. Necesitaré que te quedes aquí para cuando lleguen los agentes, querrán tu testimonio.

El hombre asiente cabizbajo, visiblemente afectado por la noticia de la muerte del abogado. Estoy a punto de ofrecer consuelo cuando Jac mira hacia el interior del hotel con expresión tensa. Me giro y

veo a Denis caminando con prisa, su rostro reflejando una urgencia que contradice la frialdad que había mantenido hasta ahora.

Antes de que pueda preguntar qué ocurre, empieza a hablar en ruso, agolpando las frases entre sí. Jac le dice algo en su idioma y este reduce la velocidad a la que se expresa.

—¿Dónde están Vartav y Bowman? —pregunto exasperada por no saber qué ocurre.

—Denis dice que estaba en el baño… —traduce Jac—. Escuchó a Vartav y Bowman discutiendo en el pasillo. La discusión se volvió intensa y, cuando salió del baño para ver qué ocurría… Vio a ambos hombres alejándose con prisa. Vartav sujetaba un papel en la mano y parecía alterado… Intentó preguntarles qué sucedía, pero ellos siguieron caminando hasta el ascensor sin responderle.

—¡¿Qué?! ¿De qué estás hablando?

Todos los allí presentes me miran igual de confusos que yo. Me encamino hacia el interior del vestíbulo y entonces me encuentro a la enfermera rusa con rostro circunspecto. Dice un par de frases dirigidas a Denis y este retoma su habitual actitud fría.

—Pregunta dónde estaba… qué significaban los gritos de antes… que se había preocupado.

Estoy a punto de correr hacia el interior del hotel cuando un ruido lejano rompe la quietud del ambiente. Un motor acercándose a gran velocidad. Miro hacia la entrada justo a tiempo para ver cómo un coche frena en seco frente al edificio, con las luces rojas y azules parpadeando. Es un vehículo policial.

—Jac, ponles al día de la situación. Voy a ver qué narices pasa.

Del coche baja un hombre uniformado, pero lo ignoro y entro al hotel. Apenas he dado dos pasos cuando un grito desde la calle me detiene en seco.

Me giro justo a tiempo para ver cómo un cuerpo pesado cae del cielo y se estrella contra el techo del todoterreno de la Policía.

25

El cuerpo se ha precipitado con tal fuerza, como si lo hubieran soltado desde un avión, que al impactar ha perforado el techo del todoterreno con la cabeza. A través de la puerta abierta del vehículo veo una masa desfigurada en el interior. Es imposible distinguir los rasgos, igual de inútil que comprobar si aún respira. No hay forma de que siga con vida. Solo asoma del techo desde los hombros, como un muñeco ridículamente plantado en la nieve. Solo cuando reconozco la ropa confirmo lo inevitable: el superintendente Vartav es la tercera víctima.

—¡Alguien lo ha tirado desde el balcón de la última planta!

El grito es de Jac, y actúa como un detonante que rompe el bloqueo de la escena. Junto al escritor y los policías, salgo corriendo hacia el hotel.

Aunque Jac haya dicho «alguien», no hay duda de la identidad del culpable. Dentro del edificio solo quedan dos personas, el resto estamos fuera.

Alexenia, una mujer de estatura media que normalmente no podría arrojar a alguien del tamaño del superintendente. Además, su herida de bala le impide siquiera caminar con normalidad.

La segunda persona es corpulenta, el hombre al que todas las pruebas han señalado desde el inicio. No sé qué me encontraré en la escena del crimen, pero me cuesta imaginar un escenario en el que Bowman no sea el único sospechoso.

Lo que sí tengo claro es que esta muerte, al igual que las otras dos, pudo haberse evitado. Desde el momento en que Denis fue al baño, los acontecimientos se habían precipitado de manera irrevocable hacia este desenlace.

Es como perder el control del coche sobre una carretera helada. Hay un lapso de segundos —que se sienten como minutos— en el que sabes que el impacto es inevitable, pero no puedes hacer nada para impedirlo.

Los agentes se meten en el ascensor y Jac y yo subimos por las escaleras. Cuando no hemos llegado ni al primer piso, se escucha un

disparo en la cima del hotel. Ya no entiendo nada. ¿Acaso hay más de una víctima? ¿Para quién puede ser ese disparo?

—¿Se ha… suicidado?

Jac pronuncia esas palabras en el instante en el que la misma idea surge en mi cabeza. Nuestro parón momentáneo se desvanece y retomamos la ascensión a todavía más velocidad.

Si Bowman acaba de dispararse, esta investigación terminaría con cuatro muertos, un herido y ningún detenido. Un desastre absoluto para mi primer caso como detective independiente. Mi carrera acabaría antes de siquiera empezar. Pero eso es lo de menos. Lo que de verdad importa es que entonces habría fallado por completo… y cargaría con esas cuatro muertes para siempre.

Sacudo la cabeza y salto de dos en dos los escalones hasta llegar a la última planta del hotel Esmeralda. Los policías salen del ascensor y corren, pistolas en mano, hacia la puerta abierta. Es la de la suite del dueño del hotel.

El recibidor y comedor están igual que los vi en mi primera visita. Los agentes se dirigen hacia el salón principal, cuyo balcón da a la entrada del hotel y por donde ha debido de caer Vartav.

—¡Arriba las manos! —gritan en un inglés un tanto roto.

Cuando alcanzamos a los agentes, vemos a un hombre asomado a la balaustrada, el mismo balcón desde el que Vartav ha caído para no volver a levantarse. Es Bowman y, para mi sorpresa, parece ileso. No alza los brazos en señal de rendición, pero mantiene las manos libres. No está armado.

—He dicho arriba las manos —dice el policía acercándose con pasos lentos.

Miro alrededor en busca del arma que produjo el disparo unos segundos después de la muerte de Vartav. No la encuentro. Tampoco hay rastro de una marca de bala ni ninguna pista que esclarezca lo sucedido. Lo que sí descubro es una nota. Está en el suelo, justo en la trayectoria del agente que no ha hablado. Tiene la mirada fija en Bowman y no parece haberla visto. En cuanto pasa de largo, me agacho para recogerla.

Es un papel arrugado y un poco roto, pero el contenido está integro:

Los brownies contienen harina de nueces, no he podido utilizar otro ingrediente. Que los alérgicos no consuman este plato. Decidle a Ivan que la próxima vez le recompensaré con un postre especial.

¿Ese era el papel que Bowman tenía? ¿El causante de la discusión con el superintendente según Denis? Si Vartav encontró esta nota en su posesión, sería una prueba directa de su implicación en los asesinatos. Lo habría confrontado con dureza. De algún modo, Bowman lo habría convencido para subir a la suite y, allí, con la situación cada vez más caldeada, terminó empujándolo por el balcón.

Encajaba con los hechos, pero no con la verdad que había ido reconstruyendo en mi mente. Esa versión era una historia fabricada, diseñada para ocultar la realidad subyacente. Una historia tan convincente que incluso la víctima principal, Willow Bowman, había terminado creyéndola.

El dueño del hotel Esmeralda se da la vuelta lentamente, como si cada movimiento le costara un esfuerzo inmenso. Su mirada, antes gélida y desafiante, ahora es la de un hombre al borde del abismo. Los ojos hinchados y la respiración entrecortada traicionan un pánico que ha estado intentando reprimir durante toda la noche. Murmura palabras sin sentido, como si tratara de aferrarse a fragmentos de realidad que se le escapan de las manos. La seguridad y frialdad que había mostrado no eran más que un caparazón, y ahora se desmorona frente a nosotros.

—¡Al suelo!

El hombre cae de rodillas, aunque más por su incapacidad de mantenerse en pie que por obedecer las órdenes. Entonces me fijo en sus manos: tiemblan tanto que parecen la llama de una vela al borde de extinguirse.

—¿He… he sido yo? ¿Yo… yo… he hecho… todo esto?

Su voz emerge como las plegarias de quien está a punto de ser ejecutado.

Antes de que pueda repetir sus preguntas, el agente que parece estar al mando lo rodea con paso decidido. Con un movimiento

brusco, lo empuja al suelo e inmoviliza su espalda con una rodilla firme. La escena ocurre tan rápido que apenas tengo tiempo de reaccionar. Siento un nudo en el estómago mientras observo cómo Bowman se desploma, roto, convertido en una sombra del hombre autoritario que enfrentamos durante la noche.

—Willow Bowman, queda detenido por el asesinato de Vartav…

El policía habla mientras le esposa las muñecas, pero el dueño del hotel no le presta atención. En su mirada lo único que veo es que ya ni siquiera él mismo cree en su propia inocencia.

26

Había pasado más de una hora desde la detención de Bowman. En ese tiempo el hotel se había infestado de policías. Primero llegaron los agentes restantes de Bansko y, unos treinta minutos después, se sumaron varios más desde Blagoevgrad.

No había tenido ni un solo momento para hablar con Bowman. En cuanto le pusieron las esposas, se lo llevaron a la comisaría local de inmediato. A mí también me requisaron su pistola y la nota del cocinero que encontré en el suelo.

A Jac y a mí nos expulsaron de la suite presidencial. Apenas tuve unos segundos para escanear la habitación en busca de pistas sobre el arma o el origen del disparo. No encontré nada. Lo único que tenía era la sospecha clara de qué pistola se había usado: la de Vartav. Ya que no estaba en su cadáver.

Desde entonces permanecíamos en el vestíbulo junto al resto de huéspedes y empleados. La única excepción era Alexenia. Al bajar de la suite de Bowman la encontramos de pie fuera del lounge. No sabía qué sucedía y el pie le sangraba a causa del sobresfuerzo y la conmoción. Ya estaría en el hospital de Blagoevgrad.

En un lapso reducido de tiempo he perdido el control de la investigación: una tercera víctima ha caído presa del asesino y han arrestado al hombre que me pagaba por estar ahí. Pero no pienso quedarme de brazos cruzados. Si la Policía se conforma con su teoría conveniente, yo no. Debo averiguar cómo Bowman llegó a convencerse de su propia culpabilidad. Si quiero descubrir la verdad, necesito actuar por mi cuenta antes de que este caos se vuelva irreversible.

Fue esa incredulidad y terror en la mirada de Bowman la que me confirmó que no era el asesino. Pero si era otra persona, no entendía cómo era posible que hasta el propio Bowman hubiese cedido al encubrimiento de que él era el criminal.

A diferencia de mí, los agentes ya tenían una historia clara en sus mentes. Nos interrogaron a todos para reconstruir lo sucedido y, aunque esa tarde tendríamos que testificar, ya contaban con una

idea general de los hechos. Su trato había sido frío, más propio de quien interroga a sospechosos que a víctimas. Especialmente conmigo. En cuanto supieron que era una detective privada contratada para investigar lo que ocurriese esa noche, me miraron con una mezcla de escepticismo y desdén. El único que recibía un trato diferente era Jac. El inspector de policía, fanático de sus libros, lo atendía con un respeto cercano a la veneración.

Me pongo en pie y me acerco a la ventana del vestíbulo. Varios de los cuadros empapelados y protegidos cubren los cristales, solo uno está libre en ese lado de la fachada.

El cielo despejado desmiente la terrible noche que hemos vivido. Los montículos de nieve acumulados en las aceras son el único testigo del paso de la tormenta. Un par de máquinas han despejado la carretera, aunque con dificultad, pues la noticia de lo ocurrido en el hotel se ha propagado por el pueblo con una rapidez que contrasta con la persistente falta de electricidad. Detrás del cordón policial, una veintena de curiosos se agolpan, ansiosos por atisbar algún rastro del misterio.

Dos agentes del equipo científico de la Policía fotografían la escultura que forma el cuerpo de Vartav en el todoterreno. Distrayéndolos de su trabajo, un camión se para en el acceso del hotel. El conductor se baja, un tanto desconcertado por la escena, su rostro se contrae en una mueca de disgusto cuando ve al muerto. Intercambia un par de frases con los agentes.

—Nikolay, ¿qué pone en ese camión?

El barman se acerca con desgana. Son casi las nueve de la mañana y se nota que lo único que quiere hacer es volver a su apartamento para por fin descansar.

—Es una agencia de transporte.

Yo asiento con la mirada fija en el conductor que se va por donde ha venido. Los dos agentes regresan al coche accidentado y continúan su trabajo. Mantienen una conversación en voz baja, pero nosotros, que estamos a unos metros de ellos, la escuchamos.

—Tradúceme qué están diciendo, por favor.

Nikolay se acerca un poco más a la puerta y atiende.

—Hablan de Vartav. Al parecer los dos agentes son de

Blagoevgrad. Es decir, el superintendente era su jefe absoluto en la comisaría.

—¿Están disgustados o sorprendidos?

—Más bien lo contrario. No creo que se esperasen algo así, pero no parecen tristes por su muerte. Dicen que lo tenía merecido. Que solo era un interesado que se juntaba con la gente de pasta para ganar influencias.

Su valoración de Vartav no me sorprende, pero sí que hablen tan abiertamente de ello mientras fotografían la escena de su muerte.

—Según comentan, deduzco que ese sentimiento es generalizado en la comisaría.

Asiento y me giro hacia los sillones donde nos han pedido que aguardemos.

—Por cierto, Nikolay, ¿por qué has tardado tanto en llegar con los agentes? Timur ha vuelto antes y según me han dicho, la casa del chef está más lejos.

—El inspector no se encontraba en la comisaría. Estaban revisando algo en las afueras.

—¿Algo?

—Un árbol caído. Al principio pensaron que la tormenta era la causa… pero todo indica que no fue así.

Otra pieza se suma a la intrincada red de sucesos de aquella noche. Una pieza que, por una vez, arroja más luz que sombras. Confirmar que el corte de energía no había sido casual era crucial. Y todo apunta a que tampoco lo fue su sincronización: justo cuando Grigor estaba solo.

El inspector Todorov, el hombre que había esposado a Bowman, sale del ascensor y se dirige con prisa al exterior.

—Inspector, necesito hacerte…

—Ahora mismo no, señorita Kross, tengo mucho trabajo…

—Es solo una pregunta, por favor.

Todorov se detiene en seco y me mira con la ceja alzada. Interpreto su silencio como una invitación a que hable.

—¿Tenéis algún parte de un coche estrellado esta noche?

El agente pone los ojos en blanco.

—Señorita Kross, no tengo tiempo para jugar a los detectives.

Tenemos tres muertos y un cuarto intento de asesinato. Una de las víctimas es el superintendente Vartav, y las otras dos, individuos de alta estima en el pueblo. Suficiente tiempo estoy perdiendo ya…

—Solo dame una respuesta, por favor.

El hombre suspira y, para mi sorpresa, me da una contestación.

—Sí, hay un coche accidentado. Algún estúpido con un Mercedes negro anoche se saltó el cierre de la carretera y el vehículo se estrelló contra los árboles antes de entrar en el pueblo. Pero, como comprenderá, esa investigación está al fondo de mis prioridades.

No me da tiempo ni de agradecerle su respuesta, el inspector sale disparado a la entrada del hotel.

Me derrumbo sobre el sofá. Necesito urgentemente darle un descanso a mis neuronas, requiero de su máxima capacidad si deseo resolver lo ocurrido.

—La Policía ya tiene la solución que quiere —dice Jac Ros a mi lado—. Bowman es el culpable de los tres asesinatos. Tú qué opinas.

—Opino que tienen una historia que les cuadra, tanto a nivel de hechos como a nivel de repercusión mediática, y no se van a molestar lo más mínimo en poner en duda dicho relato.

—Me refiero a qué opinas del caso en sí.

—Todavía no he resuelto los asesinatos de esta noche. Pero sí que estoy segura de una cosa: Bowman no ha cometido ninguno de ellos, en especial el de Vartav.

Jac me observa perplejo.

—¿Cómo es eso posible? A mí tampoco me encaja, me queda una historia demasiado… insulsa. Pero ¿cómo explicas que él no cometiera el asesinato? Cuando Vartav cayó por el balcón, solo Alexenia y Bowman estaban en el hotel. Y si de por sí ya resultaría casi imposible que Alexenia lo empujara en contra de su voluntad, más improbable aún sería hacerlo con una herida de bala en el pie y encontrándose cinco plantas más abajo en el momento del suceso. Por otro lado, al llegar a la suite hallamos al propio Bowman asomado al balcón, sin siquiera la fuerza para negar lo evidente.

»Por último, la nota en el suelo del dormitorio y el relato de Denis sobre lo ocurrido en el baño explican cómo se llegó a esta situación. Vartav descubrió que Bowman tenía la nota que dejó el chef, es

decir, que él mató a Ivan. Lo confrontó y, con algún pretexto, lo llevó a su suite. Allí la discusión escaló hasta que terminó arrojándolo por el balcón. O quizás ese era su objetivo desde el principio. Después de todo, ya sabíamos que Vartav era el último blanco de esta noche.

»Si no ha ocurrido así, ¿qué sugieres tú?

La pregunta final es más una súplica. La parte de él que vive para escribir necesita una explicación más sugerente que la que ha dado.

—Todavía no lo sé, necesito un poco más de información y, sobre todo, descansar y pensar. —A Jac no le gusta mi respuesta, pero no insiste—. Lo que sí que tengo para ti es una petición. —Sonríe sutilmente, aceptando esa especie de premio de consolación—. El inspector te tiene en gran estima, puede que a ti te escuche. Necesito que le pidas que pospongan nuestros testimonios, el del matrimonio ruso y el mío, para mañana en lugar de hoy. Necesito ganar un día.

Su rostro se ilumina ante mi solicitud, viendo un final prometedor a esta historia.

—¿El matrimonio ruso también? ¿Por qué?

—Tengo una corazonada.

27

El viento del norte desciende a través del Parque Nacional de Pirin con un frío cortante. Aunque el día ha permanecido despejado desde que la tormenta amainó por la mañana, la nieve es un recordatorio del paisaje helado en el que me encuentro.

Alzo la vista y veo un letrero iluminado con el nombre del restaurante donde he quedado a cenar con uno de los escritores superventas más codiciados del momento. Me espera en el interior. Nos saludamos con familiaridad antes de entrar. Aunque ya lo considero un amigo, veinticuatro horas atrás éramos completos desconocidos. Estaba claro que una noche de asesinatos aceleraba drásticamente el ritmo natural de las relaciones humanas.

—Tienes mejor cara que esta mañana —dice mientras nos acomodamos en una mesa en la esquina, con vista al resto de los comensales. Aunque, más bien, son ellos quienes nos observan a nosotros. Todos saben que fuimos testigos de los fatídicos eventos de la noche anterior.

—Solo necesitaba dormir.

—¿Ya tienes un nuevo alojamiento?

—Sí. Cuando la Policía nos dejó ir fui a la pensión que Timur me recomendó. Me permitieron registrarme, aunque fuera por la mañana. Dormí hasta el mediodía y luego me puse a trabajar.

Jac asiente y baja la vista al menú. Lo imito. Al cabo de un rato, pedimos la cena y dejamos que el silencio se alargue unos minutos. Ambos sabemos por qué estamos aquí: aunque la Policía ya haya dado el caso por resuelto, la realidad es otra. Somos los únicos dispuestos a llegar al fondo del asunto. Aun así, después de todo lo ocurrido, nos concedemos el lujo de posponer ese momento un poco más.

Finalmente, cuando al escritor noruego le sirven su copa de vino, habla.

—En tu mensaje de esta tarde decías que tienes malas noticias. ¿Cuáles son?

Le doy un sorbo a mi vaso de agua con gas.

—He resuelto el caso.

—¿Qué? —suelta de inmediato, parece más una queja que una pregunta. A los pocos segundos su expresión de sorpresa se torna en alegría—. ¿Cómo es eso malas noticias? Entonces, ¿ya has confirmado que realmente Bowman no es el culpable?

—No estoy hablando de las muertes de anoche, me refiero al caso de los Draganov.

Jac Ros se relaja. Sabe que se viene una larga explicación, así que se acomoda en su asiento y, aunque antes de empezar ya tiene preguntas, se prepara para solo escuchar.

—En cuanto desperté de mi sueño necesario, busqué toda la información publicada sobre los sucesos de hace treinta años. Además de noticias generales sobre el suceso, encontré el trabajo de un periodista de Sofía, la única crónica en profundidad. No solo relataba los hechos, también los ponía en situación.

»El matrimonio era originario de la capital. Él, con cincuenta y siete años, se prejubiló por problemas cardíacos, probablemente derivados del estrés de su trabajo como ejecutivo en una gran empresa. Unos años antes, el primo de su esposa había fallecido, y la pareja decidió comprar la propiedad a la familia y trasladarse allí. Como imaginarás, esa es la casa de Bansko que terminó incendiada. No conocían a nadie en el pueblo ni tenían parientes en la zona; solo buscaban tranquilidad, y Bansko se la brindaba. Por eso, cuando Bowman quiso comprar el terreno, se negaron. No necesitaban el dinero que les ofrecía.

»El artículo sigue aportando contexto sobre el magnate, aunque solo confirma lo que ya sabíamos. Llegó al pueblo en los noventa, atraído por su potencial, y tras un par de inversiones exitosas, se embarcó en un proyecto más ambicioso. Adquirió los terrenos colindantes a la futura estación de esquí con la intención de edificar un hotel de lujo. Solo había un obstáculo: la casa de los Draganov, la más cercana a las pistas. Cuando el matrimonio se negó a vender, el proyecto quedó en pausa. Pero, meses después, la casa ardió en un supuesto incendio con la pareja dentro. Tras la transferencia de la herencia a sus hijos, Bowman adquirió el terreno y la construcción del hotel Esmeralda comenzó de inmediato. Todo ocurrió muy

rápido: el incendio fue en marzo de 1995, la compra se firmó en abril, las obras arrancaron en mayo y, en diciembre del año siguiente, el hotel abrió sus puertas.

»Este periodista no solo sugiere que el británico orquestó el incendio, sino que también plantea que coaccionó a los hijos para que le vendieran la propiedad, además de ofrecerles una suma muy superior al valor real del terreno. Estas sospechas aparecen en otros artículos, pero aquí encontré un dato particularmente interesante: no todos los hijos cedieron a las presiones ni aceptaron el dinero. Uno de los cuatro descendientes se negó a vender la propiedad.

Jac alza las cejas. Ha permanecido en silencio todo el tiempo, pero ahora noto que quiere intervenir. Le cedo la palabra.

—En ese caso, si los cuatro hijos ya eran mayores de edad, Bowman no podría haber comprado el terreno ni los restos de la casa.

Antes de que responda, un camarero nos sirve la cena. Espero a que se vaya para continuar.

—Los cuatro hijos eran mayores de edad. Lo que sugiere el periodista es que se falsificó la firma del descendiente que se negó a vender. —El escritor entreabre la boca. No le ha costado nada entender lo que eso implica para los asesinatos de la noche anterior —. Por desgracia, la investigación del periodista termina ahí. Por más que he intentado encontrar más información sobre él y los Draganov, no he sido capaz.

Jac tiene varias preguntas, pero todavía no he terminado.

—Una vez que confirmamos que las muertes de anoche están relacionadas con el incidente de hace treinta años, no es difícil conectar el papel de cada víctima en aquel supuesto accidente.

»La implicación de Bowman es obvia: él fue el principal interesado. Es el cerebro detrás del crimen, quien organizó el incendio de la casa, independientemente de si planeaba o no la muerte del matrimonio. La persona que intenta inculparlo por los asesinatos de anoche ha construido un móvil convincente: los demás culpables pretendían confesar. Ante esa amenaza, el inversor británico no habría tenido más opción que eliminarlos para silenciarlos.

»En cuanto a Vartav, he confirmado que él dirigió la investigación.

En ningún lugar he encontrado una acusación directa. Pero al reunir la información de varios artículos y su reacción cuando le pregunté al respecto, es posible que, como inspector del caso, se asegurara de que se archivara como un incendio accidental para proteger a Bowman y al futuro hotel.

»Sobre Grigor no hay ninguna mención, pero aún falta identificar al ejecutor del incendio. Dudo mucho que Bowman se ensuciara las manos, no es ese tipo de hombre. Así que, suponiendo que si murió ayer es porque está involucrado en el incidente, es lógico deducir que él fue el encargado de llevar a cabo el incendio. Aunque, como digo, por ahora son solo deducciones.

Detengo mi exposición y doy mi primer bocado al filete de carne que tengo delante de mí.

—En ese caso, queda el abogado. Ivan Kostov —dice Jac apremiándome a que continúe.

—Así es. Con las insinuaciones del periodista de Sofía y la fotografía de la carta que recibió, su implicación se vuelve más evidente. Que fuera el abogado que gestionó la compraventa no significaba nada, solo hacía su trabajo. Pero si participó en la falsificación de la firma de uno de los descendientes y en una posible coacción, la historia cambia por completo.

Saco el móvil para mostrar la fotografía que había tomado a la imagen. La original la tiene la Policía.

—La presencia de las montañas y el río de Bansko son secundarias, simples distracciones para cualquiera que no sea Ivan. Lo importante es el folio sobre la mesa, en la esquina inferior izquierda. A menudo, lo que parece secundario es en realidad lo fundamental. Aunque el texto no es legible, su disposición es inconfundible. Comparándolo con el documento original, se podría confirmar que es el mismo. Con todo lo que sabía, esta tarde deduje que ese folio es una copia del contrato de compraventa de la propiedad de los Draganov. Sin dudarlo, fui al despacho de Ivan, en el centro del pueblo.

—¿Has entrado en su oficina?

Jac no pregunta con asombro, sino con la intención de confirmar si estaba dispuesta a cruzar la línea de la legalidad para resolver la

investigación. Lo estaba.

—Entrar no me ha costado mucho. En un pueblo perdido entre las montañas búlgaras, la posibilidad de un robo es casi nula, y eso se nota en la calidad de las cerraduras. El verdadero problema estaba dentro de la oficina. No te imaginas la cantidad de documentos que puede acumular un abogado con casi cuarenta años de ejercicio. Aunque encontré rápidamente el fichero de Willow Bowman, habían trabajado juntos por más de treinta años. Además, gran parte de los documentos estaban en búlgaro y no seguían un orden cronológico.

»He cambiado de enfoque. Sabiendo que Ivan recibió la carta hace nueve días, era de suponer que sacó el contrato de sus archivos para volver a leerlo y tenerlo a mano. He revisado los papeles de su escritorio. Es entonces cuando he encontrado algo muy interesante. Entre los folios estaba impreso el artículo ochenta de la ley criminal de Bulgaria. Esta define las condiciones bajo las que un crimen prescribe. En el caso de un asesinato de dos o más personas, son treinta y cinco años.

—Entonces, todavía se le puede acusar de las muertes —exclama Jac, interrumpiéndome por primera vez.

—Sí, pero solo si tienes pruebas. Lo que nosotros tenemos es una historia. Este relato, junto a las muertes de anoche, gana mucha más fuerza, pero no dejan de ser conjeturas.

—¿Y has encontrado el acuerdo? —dice Jac tratando de no contagiarse de mi pesimismo.

—Ha costado, pero sí. Después de un rato buscando, llegué a un documento de compraventa fechado el 16 de abril de 1995. El comprador: Willow Bowman. Los vendedores: Andrei Draganov, Gloria Draganova, Anton Draganov y Nikola Draganova. El contrato llevaba la firma de los cinco involucrados.

»Si es cierto que uno de los descendientes se negó a firmar el acuerdo, los esfuerzos de Bowman hasta entonces habrían sido en vano. Pero si los hermanos consintieron la falsificación y el abogado la llevó a cabo, eso explicaría su involucración directa en el crimen contra el matrimonio. Ivan Kostov no participó en los asesinatos, pero permitió que se materializara la razón por la que murieron.

Termino de hablar con un suspiro, aliviada de finalizar mi

explicación. Llevo mi atención al filete todavía casi entero.

—Sin duda, es una historia fascinante, Valkiria —dice Jac, con ese optimismo imperturbable suyo—. Todo encaja: la motivación del asesino es vengar a los Draganov, y la ejecución ha sido brillante. Pero no entiendo por qué insistes en que esto es un problema.

—Porque lo es, Jac. —Mi tono es seco, casi cortante—. Este asesino llegó tan lejos porque no encontró otra forma de incriminar a Bowman. Eso significa que no había pruebas suficientes. Así que decidió fabricarlas a su manera.

»No hay forma de que ambos culpables paguen por lo que hicieron. Si permitimos que Bowman sea inculpado por estos crímenes, se hace justicia por lo de los Draganov… pero no por las muertes de anoche. Sería aceptar una victoria envenenada, una resolución parcial que deja impune a quien ha asesinado con total frialdad. Y si, en cambio, atrapamos al verdadero criminal, el relato que lo incrimina a él desmonta la coartada perfecta que lo conectaba con Bowman. El magnate saldría impune de todo, sin consecuencias por la muerte de los Draganov.

Jac frunce el ceño y se queda en silencio por unos segundos. Mueve los labios como si fuera a replicar, pero se detiene. Finalmente, soy yo quien hablo en voz baja, casi como si dudara de mis propias palabras.

—Es como si la justicia se hubiera partido en dos caminos incompatibles. Uno limpia el pasado a costa del presente; el otro limpia el presente, pero deja el pasado enterrado sin reparación. No hay forma de cerrar ambas heridas a la vez. No con las pruebas que tenemos. No con las reglas que tenemos. Y yo… yo estoy atrapada en medio, la elección es enteramente mía, al igual que las consecuencias que acarreará. No importa lo que elija, un asesino quedará en libertad, y no tengo la menor idea de cómo evitarlo.

28

—Espera, espera… ¿Acaso insinúas que ya has resuelto la investigación? ¿Sabes quién cometió los asesinatos de anoche y pretende incriminar a Bowman?

Pongo los ojos en blanco, Jac atiende a lo que le interesa. Ha ignorado completamente el gran dilema en el que me encuentro.

—Casi, solo me queda el último crimen —digo, cediendo ante su insistente mirada—. La información que encontré en el despacho de Ivan ha hecho que todo se conecte. Aún no entiendo dónde encaja el disparo que escuchamos después de la muerte de Vartav. Una vez encontrado su lugar en el rompecabezas, el caso estará resuelto. Aunque eso no es relevante ahora mismo. El verdadero problema es que debemos elegir…

—¿Quién es el asesino?

Tenía la intención de compartirle el estado completo de la investigación, pero, dado que parece un niño que solo escucha lo que le interesa, le respondo en consecuencia:

—No te lo voy a decir todavía. —Sabiendo que eso no es suficiente para aplacarle, me invento una excusa—. En este punto de la investigación no me gusta compartir mis ideas hasta tener una imagen completa.

Jac suelta una carcajada, divertido por esa excentricidad propia de uno de sus personajes.

—¿Cómo es posible que casi hayas resuelto el caso? —pregunta, dispuesto a continuar con la conversación a pesar de mi negativa—. Solo has tenido una tarde para trabajar, y no has hecho ningún interrogatorio más, no conoces las autopsias de los cadáveres ni has podido analizar las escenas de los crímenes con tranquilidad. ¿Qué clase de metodología sigues?

Su interés en mis métodos suaviza mi irascibilidad. Es un tema del que pocas veces puedo hablar.

—No me faltaba información. Tras investigar el incidente de los Draganov y visitar el despacho de Ivan, tenía todo lo necesario. Lo que me faltaba era tiempo para ordenarlo.

Jac frunce el ceño, pero su curiosidad se mantiene viva.

—¿Y cómo lo ordenas exactamente?

—Uso modelos mentales —respondo, y su cara de incredulidad me hace sonreír—. No es nada místico ni hipnótico. Solo son formas de analizar la realidad desde distintos ángulos.

—¿Distintos ángulos? —repite, intentando captar la idea.

—Piensa en ellos como lentes. Si miras un problema solo desde un punto de vista, pierdes muchos detalles. Pero si lo observas desde diferentes enfoques, algo que parecía imposible de entender se vuelve claro. —Hago una pausa para ver si lo sigue. Asiente lentamente, aunque no con total convicción—. Imagínate que cada crimen es un puzle incompleto. Los modelos mentales me permiten girar las piezas, cambiarlas de lugar y hasta deformarlas en mi mente. Así encuentro combinaciones que no habría visto de otra manera.

Jac no desvía su atención de mí, pero en vez de fascinado, parece perplejo.

—Escucho lo que dices, pero sigo sin entender qué es un modelo mental o cómo eso te ha permitido resolver el caso.

Niego con la cabeza. Esperaba más de un escritor de intriga como él.

—Te pondré un ejemplo. Los crímenes de anoche se realizaron con la ayuda de dos cómplices. Yo ahora sé que fueron Denis y Alina.

—¿Qué? ¿Cómo puedes saberlo con tal certeza?

—Los humanos pensamos —continúo—, y eso nos permite simular acciones en la mente antes de realizarlas. Podemos doblar el tiempo y el espacio, imaginar lo imposible. Es como un ensayo mental, una forma de explorar posibilidades desde distintos ángulos.

—¿Al igual que cuando un escritor prueba finales distintos hasta encontrar el adecuado? —interviene Jac con interés genuino.

—Exactamente. Es como soñar despierto, pero con un propósito claro. —Me detengo un momento, tratando de formular mis pensamientos de forma que Jac lo entienda mejor—. He recreado los crímenes en mi mente una y otra vez. Cambié al asesino, agregué cómplices, modifiqué las circunstancias. Intenté todas las combinaciones posibles. Y cada vez llego a la misma conclusión. La

ejecución de los crímenes no pudo hacerse sin la ayuda de cómplices.

—¿De los rusos? —Jac suelta una risa incrédula—. ¿Por qué ellos?

—Porque cada vez que los incluyo en mis simulaciones, todo encaja mejor. No hay inconsistencias, no hay puntos muertos. —Hago una pausa, observando su reacción—. Llegaron justo después del apagón, Denis estaba presente en momentos clave, y su testimonio sobre la discusión entre Bowman y Vartav me sigue sonando a coartada fabricada.

—Entonces, ¿por qué me pediste que el inspector postergara la declaración de los rusos hasta mañana? Así les das pie a que escapen.

—La base de estos crímenes es incriminar a Bowman. Si el asesino o el matrimonio huyeran, levantarían sospechas. Deben mantener las apariencias hasta el desenlace final.

El escritor me observa con fascinación, como si delante de él tuviese a una especie en peligro de extinción.

—Eres muy buena, Valkiria Kross —dice como única respuesta.

Su comentario, en lugar de reconfortarme, solo aumenta la presión que siento en el pecho. Sacudo la cabeza con frustración.

—Tal vez sea buena, pero no lo suficiente. Y en este trabajo, eso no basta, la vida de otros depende de ello. Ahora debo decidir qué asesino quedará en libertad. ¿Quién soy yo para tomar una decisión así? —Me desinflo en mi asiento y, junto al aire que espiro, se me escapa toda la confianza que mostraba hasta ahora—. Trabajando para otros quizá me resignaría a casos rutinarios, pero al menos no cargaría con un dilema tan mortificante como este. Siempre ha sido mi problema: ser la número dos. Destacar, pero nunca lo suficiente. Y en este mundo, las verdaderas oportunidades solo existen para quienes están en la cima.

Cuando alzo la vista de mi plato, ya no veo al Jac que se asemejaba a un niño curioso y algo impertinente. En su lugar, me encuentro con un hombre que me dedica una sonrisa de suficiencia y la actitud de quien observa a alguien atravesar las mismas dudas que él ya enfrentó.

—En la vida, debemos elegir nuestros remordimientos. —Las

palabras de Jac resuenan con una calma inquietante—. La mayoría se enfoca en los beneficios; yo, en cambio, me centro en los perjuicios. No hay decisiones perfectas, solo problemas que debes estar preparada para asumir.

»Valkiria, no es que no seas capaz de resolver esto. Solo necesitas más tiempo y compromiso. Si llegaste tan lejos en un día, puedes terminar lo que empezaste.

Sus palabras resuenan en mi interior: «En la vida debemos elegir nuestros remordimientos». Sin embargo, estoy demasiado implicada emocionalmente para asimilarlo. Sé que es un error, pero no consigo distanciarme del problema.

—Es fácil decirlo. No hacerlo. Quien planeó los asesinatos de ayer ha dedicado años a esto, y al parecer la única forma que encontró de culpar a Bowman fue originando nuevos crímenes. ¿Cómo voy a lograrlo yo en unas pocas horas, cuando ese es el tiempo que me queda antes de testificar ante la Policía?

29

A pesar del viento gélido que seguía bajando de las montañas, el aire puro me despejaba la mente. Después de la cena, Jac me acompañó hasta la pensión, pero seguí negándome a revelarle quién era el verdadero responsable de lo ocurrido en el hotel Esmeralda.

Cuando me quedé sola, mi cabeza aún estaba demasiado cargada de pensamientos como para encerrarme en la habitación, así que decidí salir a dar un paseo.

El agua del río descendía entre las rocas, deslizándose junto a la nieve acumulada en los flancos. Yo caminaba por el sendero que corría a su lado. A pesar de las lámparas que lo iluminaban y de los bancos colocados cada veinte metros, la calle estaba desierta.

Seguía dándole vueltas a los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, a la cena con Jac y a cómo me sentía. Cada vez que intentaba profundizar en un pensamiento, el dilema volvía a surgir y me desafiaba a resolverlo. La decisión recaía en mí: elegir quién acabaría en la cárcel. ¿Bowman, el hombre que me contrató y que, treinta años atrás, causó la muerte de un matrimonio inocente? ¿O el asesino responsable de los crímenes que presencié la noche anterior?

Me doy cuenta de que he llegado al mismo callejón sin salida una vez más. Para desconectar saco el móvil. A pesar de que llevo guantes, mis dedos están rígidos por el frío. Voy a mis contactos y llamo a la única persona que en esos momentos me puede reconfortar. Son las nueve de la noche en España y, conociendo sus horarios, seguramente sigue trabajando. Unos segundos más tarde su voz familiar me alienta.

—Hombre, Valkiria, pero si estás viva.

—Sí, perdona que no te haya llamado antes —digo con cierta culpabilidad.

—Después de la foto que me mandaste de tu habitación de hotel, ya suponía que estarías muy ocupada «trabajando» como para llamarme. Me dijiste que había spa, ¿no? ¿Qué tal está?

La risa me sale forzada, más un intento desesperado por aparentar

normalidad que una reacción genuina. La última vez que hablé con Ferris fue antes de que todo se desmoronara. Antes de que me viera atrapada en este dilema envenenado sin una salida clara.

—No, no tuve tiempo de probar el spa.

Mientras le resumo a Ferris lo ocurrido, trato de mantener la voz firme, pero siento la desesperación apretarme la garganta, como si un puño se cerrara desde dentro. Me obligo a mantener la calma. No quiero que Ferris note mi duda constante, esa maldita sensación de que voy a fallar. Hablar con él debería tranquilizarme, pero solo expone lo perdida que estoy.

—¿Tú qué tal por Valencia? ¿Estás con un seguimiento? —pregunto rápidamente, buscando un refugio en la banalidad de una conversación sobre su trabajo. Cualquier cosa que me aleje, aunque sea por un instante, de la impotencia que me ahoga.

—Así es. Estoy con tu caso.

—¿Mi caso? Pero si ya le envié a Jaume el informe final.

—Cuando el jefe se enteró de que te largaste sin avisar, casi le da un infarto. Estaba furioso. Dijo que había llegado un caso urgente de infidelidad y que si no lo atendías al instante, te despedía. —Ferris suelta una risa seca—. Le dije que yo me encargaría para que no lanzara tus cosas por la ventana.

—¿Tú? Pero si siempre dices que esos casos son de novatos —respondo, intentando que mi voz suene despreocupada. Aunque la realidad es que pensar en la agencia y en el trabajo rutinario me causa un ligero vacío en el estómago—. Tú te pasaste a los casos serios hace años.

—Y por eso es tan divertido volver a los viejos tiempos. —Su risa suena nítida, como si todo esto fuera solo otra anécdota absurda en su interminable colección.

Cierro los ojos un momento, tratando de dejarme llevar por la conversación. Ferris describe con entusiasmo la simpleza de su tarea: seguir a un hombre al gimnasio, capturar fotos comprometedoras desde el coche y luego presentar las pruebas. Un trabajo sencillo, sin dilemas morales ni elecciones imposibles. Algo que yo solía hacer casi por inercia.

Pero ahora, esa rutina me parece vacía. Solo pensar en volver a

ese tipo de casos me provoca un sabor amargo en la boca. Antes, todo parecía mucho más sencillo. Ahora, después de enfrentarme a un caso que realmente me desafía, la idea de regresar a lo mismo de siempre me resulta insoportable.

Mis pasos se detienen al borde del río. Apoyo las manos en la barandilla helada y siento cómo el frío me atraviesa la piel. Pero no me alejo. Necesito este dolor punzante, algo que me mantenga en la realidad y no enredada en mis pensamientos.

Siempre se me ha dado bien resolver problemas ajenos. Pero, cuando se trata de los míos, todo se vuelve borroso. ¿De qué sirve tener claridad en un caso si me siento perdida dentro de mi propia mente? Mis dedos golpean con impaciencia sobre la barandilla, como si el movimiento pudiera arrancar mis dudas de raíz.

El eco de las palabras de Jac sigue presente. «En la vida debemos elegir nuestros remordimientos». Una parte de mí se resiste a aceptarlo, pero no puedo ignorar la verdad que encierran.

Inspiro profundamente, intentando que el aire helado despeje la neblina en mi mente. Al exhalar, algo se aclara. Tal vez la clave está en aceptar que cualquier decisión conlleva un precio. Que siempre habrá un peso que cargar. Pero, si he de llevar algo sobre mis hombros, al menos que sea un lastre que yo misma haya decidido cargar.

Mis manos ya no tiemblan, descansan firmes sobre la barandilla mientras mi respiración recupera el ritmo. No puedo permitirme dejar esto a medias, no esta vez. Abandoné la universidad, el ejército de Singapur, incluso dejé a medias el año sabático en el que recorrí medio mundo. Esta vez es distinto.

Si ahora voy a fallar, al menos que sea por haberlo intentado con todas mis fuerzas.

—Es una forma triste de iniciar un matrimonio —continúa Ferris, ajeno a mis cavilaciones—. Si acaba siendo una infidelidad, está claro que no habrá boda. Pero si resultan ser meras imaginaciones del novio, ¿realmente se quiere casar con alguien en quien confía tan poco? En fin, nunca deja de sorprenderme la complejidad humana.

Esa frase es una de las coletillas de Ricardo Ferris, una forma de

acabar deliberaciones a las que prefiere no darle más vueltas.

—¿Y cómo vais con el caso Monsalvatje? El jefe y tú dirigís la investigación, ¿no?

Mi compañero suelta un resoplido tan grande que casi siento su aliento cálido a través del móvil.

—Cada vez pongo más en duda cómo la agencia sigue en pie. Es una pena que Vicent se muriera antes de que le diera tiempo a firmar en el testamento que su hijo no podía quedarse como dirigente de la empresa. Es un inepto. Su intuición detectivesca es tan inútil como una mosca que no ve la ventana abierta.

Retomo el paseo. El frío de un golpe de viento se cuela a través de los guantes. Escuchar a Ferris quejarse del jefe, como siempre, es justo la distracción banal que necesitaba para relajarme un poco.

—… La agencia solo sigue en pie gracias a nosotros. No podemos dejar que caiga, porque si Jaume se hunde, nos arrastrará con él a las sombras de la profesión. —Su frase me hace sonreír. Siempre tan dramático y exagerado, como si la agencia fuera su único refugio en el mundo.

Pero hay algo en esas palabras que se queda resonando. Mi sonrisa se apaga lentamente mientras intento capturar esa idea huidiza. ¿Por qué su comentario me afecta tanto?

Entonces el tiempo se detiene. La corriente del río se paraliza y el coche que baja por la carretera se congela.

—¡Ferris, eres un maldito genio! —grito, sin poder contener la emoción que me recorre como un rayo.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? Pero si…

—Eres un maldito genio —repito ya sin chillar, pero todavía con el brillo en la mirada que solo otorga la resolución de un misterio—. Te tengo que dejar, mañana hablamos, cuando haya cerrado el caso.

Antes de que pueda responder, cuelgo la llamada y abro mis mensajes. Estoy demasiado emocionada como para seguir los buenos modales y despedirme de quien me acaba de ayudar a resolver mi dilema.

Busco el contacto de Jac Ros y le escribo. Aunque los dedos se me congelan dentro de unos guantes demasiado finos, no puedo evitar sonreír de satisfacción.

El mensaje que le mando dice así:

Ya sé cómo vamos a incriminar a Bowman por el crimen de los Draganov. Mañana hay que volver al hotel y pedir a la Policía que abran su caja fuerte.

30

Es impresionante cómo cambia el rostro del inspector dependiendo de a quién mire. Cuando me observa a mí, solo ve una molestia, un incordio que debe tolerar. Al posar sus ojos en Jac, la admiración se dibuja en su expresión. Para él, soportarme es solo el precio a pagar por compartir tiempo con el escritor de misterio que tanto le fascina.

Vamos de camino al hotel Esmeralda en uno de los coches patrulla. Jac ha convencido a Todorov de que dentro de la caja fuerte de Willow Bowman hay documentos importantes que terminarán de inculparle de los asesinatos de dos noches atrás.

Mientras recorremos las calles de Bansko, el policía nos pone al corriente de la investigación… o, más bien, se lo cuenta a Jac. Yo solo estoy allí por coincidencia.

—Bowman ha admitido parte de la verdad sobre la muerte de Vartav. No dice que lo mató, pero tampoco lo niega. Afirma que no recuerda nada de los minutos previos a cuando lo encontramos en su suite. Y, claro, un abogado de Sofía ya está protegiéndolo.

»Pero no necesitamos que confiese —continúa con una seguridad irritante—. Las cartas que recibieron Grigor e Ivan prueban su móvil: evitar que confesaran el incidente de los Draganov. La muerte de Vartav es aún más clara. Bowman guardó la nota del chef y dejó que el superintendente la viera. Con los testimonios que reunimos, todo encaja. Los disparos a Grigor, la intoxicación de Ivan, el dispositivo letal que hirió a Alexenia, y finalmente arrojarlo por la ventana. No va a librarse de la cárcel.

—¿Y cómo explicas las cartas que les enviaron a Ivan y Grigor? ¿Y la que recibió Bowman? —dice Jac, que disfruta de la arrogancia del inspector.

—Muy sencillo, hay alguien que quería desentrañar lo que ocurrió con los Draganov. Desconozco si ese hombre asesinó al pobre matrimonio, viendo de lo que es capaz, no me extrañaría. Lo que está claro es que quien amenazó al abogado y al socio de Bowman no esperaba tal respuesta del británico. Ya no ha necesitado que Ivan y Grigor confesaran lo ocurrido, él mismo se ha cavado su

tumba. Me siento como si estuviera en uno de tus libros, Jac. Nunca se ha vivido algo así en Bansko.

—¿Y la carta que recibió el británico?

—Supongo que fue cosa del propio Bowman, una forma de crear una distracción que reforzara su coartada. De por sí ya sería el principal sospechoso, pero el hecho de que alguien lo acusara de los crímenes antes de que sucedieran en realidad le beneficiaba más de lo que le perjudicaba. Es más, si Vartav hubiera muerto por la pistola de activación automática en lugar de caer desde la última planta, quizá aún tendría una oportunidad de librarse.

Jac me mira entretenido, a la vez que un poco sorprendido de que haya tenido la misma ocurrencia que él. Esa deducción es interesante, demuestra que el policía tiene cierta intuición, el problema es que su enfoque de la investigación es erróneo de raíz. No trata de descubrir qué había ocurrido, sino de corroborar una idea ya existente, la de que Bowman es el culpable. Es un sesgo de confirmación de libro. Y en esa investigación, todo estaba orquestado para que, de un modo u otro, las sospechas recayeran sobre el inversor británico.

—Solo falta el testimonio del matrimonio ruso y el tuyo, y el caso estará listo —dice el inspector mirándome por el retrovisor del coche, como si fuese un maleante al que llevan al calabozo en la parte trasera del vehículo.

Giramos hacia la calle que da al hotel. Este se erige a un centenar de metros. Su aspecto pulcro parece ajeno a lo que tuvo lugar en su interior dos noches atrás. En la radio del policía se escucha una voz en búlgaro.

—El cerrajero de Blagoevgrad ya está con la caja fuerte, dice que tardará unos diez minutos.

Todorov aparca en la entrada del hotel. Hay un segundo coche patrulla y un camión. El agente que guarda la puerta del edificio le saluda, el inspector le habla en búlgaro.

El hotel sigue cerrado a huéspedes. Teniendo en cuenta el terror que se vivió ahí, que el director del negocio está muerto y que su propietario se enfrenta a la cárcel, pongo en duda el futuro de ese edificio lujoso. En el vestíbulo dos hombres agarran con cuidado uno

de los cuadros empapelados.

Vamos al ascensor y subimos hasta la última planta. El policía nos indica que esperemos en el salón de la suite del dueño del hotel mientras va a comprobar el progreso del cerrajero.

Al mirar a mi alrededor me doy cuenta de lo extraño que es volver a estar ahí.

—¿Me quieres decir de una vez por todas qué pretendes encontrar en la caja fuerte? —suelta Jac de repente como quien no aguanta más la respiración y toma una gran bocanada de aire.

—¿No te puedes esperar a verlo por ti mismo cuando la abran? —digo con cierta malicia, a sabiendas de que estoy jugando con el límite de su paciencia.

—¿No crees que ya es suficiente con que no me cuentes quién es el asesino?

Cedo ante él y sonrío.

—Dentro de esa caja fuerte Bowman guarda pruebas incriminatorias contra sí mismo sobre el caso de los Draganov.

—¿Qué? —Jac suelta un grito ahogado, incapaz de disimular su asombro—. ¿Por qué haría algo así?

—Porque Willow Bowman es un cabrón. —Mi respuesta le descoloca todavía más—. Cuando nos conocimos, Grigor me dijo: «Si Bowman cae, caemos con él». No guarda pruebas por imprudencia ni por sadismo. Es puro cálculo.

»Se aseguró de mantener a sus cómplices atados a él por miedo. Ivan, Grigor, Vartav… Todos compartían su mismo temor: que lo ocurrido con los Draganov saliera a la luz. ¿Qué mejor manera de asegurarse su lealtad que tener pruebas que los incriminan también? Un chantaje perfecto, diseñado para mantenerlos bajo control.

—Es su seguro, ¿verdad? —dice Jac, fascinado por la idea.

—Exactamente. Bowman se aseguró de que cubrirle las espaldas fuera lo más conveniente para todos. Porque si él cae, ellos caen con él. —Miro hacia la puerta del vestidor, ansiosa por comprobar si mi teoría es correcta—. Y por eso se desmoronó cuando creyó que alguien quería abrir su caja fuerte. Si esas pruebas caen en manos equivocadas, todo su castillo de naipes se viene abajo.

Jac me muestra sus dientes. No necesito meterme en su cabeza

para saber en qué está pensando: en su próxima novela. No me sorprendería que el villano de su siguiente superventas hiciera algo muy similar.

—El cerrajero ha abierto la caja fuerte —dice el inspector asomándose al salón.

Los dos nos miramos y caminamos con brío hacia el vestidor del magnate, donde él mismo nos enseñó el contenido de su caja de seguridad.

Al entrar en el ropero, nos topamos con un hombre con un surtido de herramientas extendidas sobre el suelo. Varios cables conectados al frontal de la caja fuerte, cuya pantalla muestra una luz verde. El inspector, con las manos enfundadas, se agacha y abre la puerta. En el interior, las baldas siguen abarrotadas de objetos, los mismos que días antes. Entre ellos, en el último estante, descansan unos documentos que, a simple vista, cualquiera pasaría por alto. Pero yo sé el verdadero valor que esconden.

—¿Qué son esos papeles que hay al fondo? —pregunta Jac, actuando como mi portavoz.

El policía agarra la carpeta y la saca. Desde mi posición soy incapaz de leer qué pone y, por la expresión de Jac, él tampoco. Me centro en el rostro del inspector para interpretar su contenido. Sin embargo, no vislumbro el asombro que me gustaría ver.

—Son las escrituras del hotel, un contrato de inversores y su testamento. Lo que uno esperaría hallar en un lugar así. ¿Qué pretendías encontrar aquí, Jac?

El escritor, con unos guantes que le ha dejado el policía, le pide la carpeta. Todorov, cansado de acatar sus peticiones, acepta a regañadientes. Jac revisa los folios uno a uno, yo hago lo mismo a su lado. El agente tiene razón: en ese archivo solo hay documentos importantes para Bowman, pero ninguna prueba que lo vincule con la muerte de los Draganov.

Después de revisar los papeles dos veces, Jac me mira con incertidumbre, buscando en mi expresión la respuesta que no encuentra en los documentos. Quiere saber dónde están las pruebas incriminatorias que, en teoría, deberían solucionar todos nuestros problemas.

Yo no puedo darle ninguna respuesta, porque ni siquiera la tengo para mí misma. Miro los documentos con creciente desesperación. Nada de esto tiene sentido. ¿Cómo puedo haberme equivocado tanto?

Mi mente retrocede a toda velocidad. ¿Y si me confundí desde el principio? ¿Y si la frase de Grigor no era más que un comentario vacío? ¿Por qué estaba tan convencida de que encontraríamos las pruebas aquí? La lógica parecía perfecta: Bowman necesitaba asegurarse de que sus cómplices nunca lo traicionaran. Pero esa certeza no era más que una teoría construida a partir de fragmentos de información y conjeturas.

Estaba completamente derrotada. No me quedaba más opción que enfrentar el dilema que había intentado evitar: permitir que cargara con la culpa de unos crímenes que no cometió o liberarlo y acusar al auténtico ejecutor de los hechos.

31

El inspector nos observa extrañado ante nuestra perplejidad. Finalmente, toma la carpeta de las manos de Jac y se dirige de nuevo a la caja fuerte.

—Supongo que no habéis encontrado lo que esperabais. Dentro de lo que cabe, no hemos perdido el tiempo. Tarde o temprano haríamos inventario de las posesiones de Willow Bowman.

Hace un ademán con la cabeza al segundo agente que está en el vestidor y ambos comienzan a vaciar la caja fuerte separando el contenido en diferentes bolsas de plástico.

Todavía estoy afectada por la derrota. Estaba convencida de que en esa caja encontraría pruebas incriminatorias contra Bowman, fueran las que fueran. Antes de que la desilusión se apodere de mí, sonrío. Ese simple gesto provoca una reacción química en mi cuerpo que transforma por completo mis sensaciones.

Jac, al notar mi cambio de actitud repentino, frunce el ceño. Ignoro su expresión y salgo al salón de la suite. Él me sigue, intrigado.

—El hecho de que las pruebas no estén ahí no significa que no existan, solo que no están en ese lugar.

Es un puzle más de la investigación, un nuevo enigma que resolver.

—Seguramente cogió los documentos cuando subió durante el apagón. —Jac también sonríe—. Pero existe la posibilidad de que los destruyera, ¿no crees?

—Es improbable —digo de inmediato, voy unos pasos por delante del escritor—. Bowman sabía que las amenazas estaban relacionadas con los Draganov desde que recibió la carta. Las iniciales A. M. D. lo confirmaban. Si hubiese querido destruir las pruebas, lo habría hecho antes. Viendo cómo reaccionó cuando se fue la luz, debían de seguir aquí.

—Solo tenemos que averiguar a dónde las movió esa noche.

—Exacto. Arrestaron a Bowman en el hotel, así que las pruebas no han podido salir del Esmeralda.

Jac parece emocionado, pero pronto se desinfla.

—El problema es que el edificio es enorme. Pueden estar en cualquier habitación o escondrijo. Y el inspector no va a esperar eternamente. ¿Cómo planeas encontrarlas tan rápido?

Me dejo caer en uno de los sillones de Bowman y dedico toda la capacidad computacional de mi cabeza a esa cuestión.

—Podemos usar una de esas herramientas tuyas —suelta Jac de repente.

—¿Herramientas? ¿Te refieres a los modelos mentales?

No estaba acostumbrada a trabajar con otra persona, y no tenía claro si desperdiciar el poco tiempo con el que contábamos hablando era una buena idea.

—Sí. ¿Cuál de esas formas diferentes de ver un problema sería útil ahora mismo?

—Yo iba a invertir el problema.

—¿Invertir?

El interés de su pregunta hace que me ponga en pie con energía.

—Es una de las herramientas que más uso. Como decía un antiguo inversor, en vez de intentar ser un genio, es más fácil evitar ser un estúpido. No nos centramos en buscar dónde están escondidos los documentos, sino en qué lugares definitivamente no se encuentran. Vemos el problema desde el lado opuesto.

—¿Por qué eso nos ayudaría?

—Tú confía. Empecemos por lo obvio. Si quisiera esconder la carpeta en el lugar más fácil de encontrar, la dejaría sobre el mostrador del vestíbulo.

Jac parece desconcertado. Aun así, su confianza en mis métodos basta para que siga el curso de mis palabras.

—¿O sobre el sofá del lounge? —dice, con un tono que suena más a pregunta que a afirmación.

—O también en el lavabo del baño. Cualquiera que entrara durante la noche lo habría visto. Es decir, lo dejaría en un lugar visible y frecuentado.

El escritor alza las cejas. Empieza a comprender la utilidad de invertir un problema.

—Si soy Bowman y quiero que encuentren los archivos, también

podría dejarlos en esta suite.

—Claro, sé que si acabo detenido u ocurre algún crimen del que soy culpable, es el primer lugar en el que lo escondería —digo entusiasmada de que estemos en la misma página—. No solo eso: sabiendo que en caso de que haya una víctima será Grigor, su habitación es un lugar ideal para dejar la carpeta.

—Eso incluye la de Ivan y Vartav. Si alguien planeaba eliminar a más culpables del incidente de los Draganov, ellos serían los siguientes.

Me detengo unos segundos a pensar. Es divertido ver un problema así desde el lado opuesto. Aunque al principio te sientes un poco estúpido, no tardas mucho en ver su utilidad.

—En realidad, dejar los documentos en cualquier habitación sería una buena idea. Si detuvieran a Bowman por un tiempo indeterminado, tarde o temprano la actividad en el hotel se reanudaría. Si dejara los archivos en alguna habitación, eventualmente el servicio de limpieza los encontraría.

—Con esa regla de tres, la cocina, el comedor, el spa, las oficinas… Cualquier parte del hotel en el que haya movimiento de huéspedes o de empleados.

—No solo en los sitios con movimiento. —Mi voz se afila por la emoción, siento que estamos a punto de llegar a una conclusión—. El edificio es un buen lugar para esconder las pruebas si mi intención es que las encuentren. Si Bowman no está, no hay nada que impida que sea descubierta. Si la oculto en el falso techo del baño, eventualmente un fontanero podría encontrarla al reparar un problema de tuberías. Si la entierro en una maceta, un niño jugando podría romperla y revelar el contenido.

—Es decir —dice Jac con resolución—, que si me quiero asegurar de que nunca hallen los documentos, el único lugar posible es fuera del hotel Esmeralda.

El escritor había comprendido a la perfección cómo funcionaba esa herramienta. Una vez agotadas todas las posibilidades, era momento de regresar al problema original y volver a enfrentarlo con la nueva información recopilada.

—Exacto. Pero ¿cómo podía esconderlo fuera del hotel? Los

jardines y zonas exteriores presentan el mismo inconveniente que el interior del edificio. Y sabemos que no tiene cómplices. No confía en nadie de los presentes lo suficiente como para darle las pruebas que le encarcelarían de por vida.

—Ya… —murmura Jac, un poco desanimado ante ese nuevo bloqueo—. Bowman necesitaba ocultar la carpeta en algo que tuviera la absoluta certeza de que saldría del hotel cuanto antes, sin riesgo de que alguien la encontrara por casualidad.

Los dos nos sumergimos en ese dilema con tanta intensidad que no nos damos cuenta de que el inspector, el cerrajero y el agente acaban de salir del dormitorio de Bowman. Nos observan un poco extrañados al vernos tan concentrados. Antes de que cualquiera de ellos pueda decir algo, Jac y yo nos miramos con los ojos abiertos de par en par y gritamos al unísono:

—¡Los cuadros!

De inmediato salimos corriendo de la suite de Bowman y descendemos por las escaleras saltándolas de dos en dos. Cuando llegamos al vestíbulo principal, nos detenemos con la misma velocidad con la que hemos bajado. Al mirar en la esquina donde debían de estar las pinturas envueltas en papel, no hay nada.

—¡El camión! —grito al comprender qué ha ocurrido.

Salimos al exterior y el agente que protege la entrada se tensa al vernos alborotados.

—¿Dónde está el camión? —pregunta Jac.

El hombre nos mira sin entender nada.

—Camión —insiste el escritor señalando al lugar donde antes se encontraba el vehículo.

El policía por fin lo capta y nos señala que ya se ha ido, subrayando lo evidente.

—¿Me podéis explicar de una maldita vez qué está ocurriendo?

La voz del inspector sobresalta al agente.

—Tenemos que detener el camión que se ha llevado los cuadros. Dentro de uno de ellos está escondida una prueba de extrema importancia en el caso.

El resumen tajante de Jac, junto a la seriedad con la que habla, es suficiente para que el inspector se apresure hacia su coche. El

segundo agente va de copiloto, nosotros nos subimos en la parte trasera.

A pesar de ser el inicio de la mañana, las calles de Bansko ya tienen bastante actividad. Todorov enciende la sirena de policía y acelera con la confianza de quien sabe que los peatones se van a apartar. No tenemos ni idea de cuándo ha salido el camión, pero sí conocemos la única dirección que puede seguir.

Salimos a las afueras del pueblo sin rastro del vehículo. Tomamos la carretera por la que llegué hace dos días y, finalmente, ahí está, a unos quinientos metros por delante.

—¡Es ese! —dice Jac, con la adrenalina marcando cada palabra.

El inspector acelera todavía más. Al alcanzar el camión, reduce la marcha hasta igualar su velocidad y se lanza al carril contrario. Los transportistas lo miran con una expresión de absoluto desconcierto. El policía les indica que se detengan y termina de adelantarles. Cien metros más adelante, nos desviamos a una gasolinera con el furgón pegado a nuestra estela. Al detenernos, el inspector se vuelve para mirar a Jac.

—Espero que tengas razón y todo esto merezca la pena.

El escritor asiente ante lo que suena como una amenaza encubierta. Dejamos que los policías hablen con los transportistas. Tras unos segundos de explicación el conductor se baja de la cabina y nos abre la puerta del contenedor. En el interior se encuentra la docena de cuadros que antes abarrotaban parte del vestíbulo. Están asegurados a las paredes con cinchas.

Jac mira al inspector. Este asiente, permitiéndole que suba. Yo le sigo.

—Bowman tendría la carpeta encima cuando llegó al cadáver de Grigor. Seguramente ocultó los documentos incriminatorios al regresar al vestíbulo, quizá aprovechando la distracción de la llegada de los rusos. Debe estar en la parte trasera de uno de estos cuadros.

Cada lienzo va cubierto con papel de estraza y reforzado en los bordes con piezas de espuma. Con cuidado, despego el celo que mantiene unidos los extremos de uno de los envoltorios. Al abrirlo, me encuentro con la parte trasera de la pintura y dos listones de madera cruzados que refuerzan la estructura. Nada más.

Jac y yo nos miramos con creciente inquietud. Quedan diez cuadros por revisar. El escritor se encarga de los del lado contrario.

La segunda lámina que compruebo está vacía. Escucho el suspiro ahogado de Jac desde el otro extremo del camión, su respiración acelerada por la misma desesperación que me consume.

El tercer, cuarto y quinto lienzo son idénticos. Nada. Ni un solo indicio.

Me detengo frente al último cuadro de mi lado. Siento un latido atronador en mis sienes, un impulso que me susurra que lo hemos perdido todo. Pero mi cuerpo actúa por instinto y mis dedos se deslizan sobre el papel marrón hasta que lo desgarran con un frenesí desesperado.

Detrás de mí, Jac murmura algo. Pero su voz es tan débil y entrecortada que no estoy segura de no haberlo imaginado. Me giro y ahí está, con un fajo de documentos sujetos por una cuerda áspera.

—Cre… creo que lo tenemos.

Jac deshace el nudo con manos inseguras, sus dedos luchando contra la atadura que parece más resistente de lo que debería. Cuando por fin se suelta, sostiene un montón de archivos gruesos, como si cada hoja pesara toneladas.

—No puede ser… —murmura, sus ojos abiertos como platos.

Agarro el primer documento y leo la etiqueta con tinta desgastada: «Draganov». Mi pulso se acelera. Al abrirlo, el aire parece espesarse. Frente a mí se despliega un torrente de pruebas que jamás habría imaginado.

No es un simple indicio. Es el caso entero, documentado y detallado con una precisión que eriza la piel. Recibos de productos inflamables que Grigor utilizó para iniciar el incendio. Una fotografía clandestina de un joven Bowman entregando un sobre a un Vartav uniformado. Incluso una hoja con la misma firma falsificada repetida una y otra vez.

—Esto… esto es una confesión completa —digo, con una voz apenas audible, ahogada entre el torbellino de pensamientos.

—Valkiria —dice Jac. Su expresión bascula del terror a la euforia—. Aquí hay mucho más que pruebas incriminatorias sobre la muerte de

los Draganov. Es… es toda la verdad. Toda la podredumbre de Bowman.

Nos miramos sin saber si deberíamos reír, llorar o simplemente correr antes de que este tesoro se nos escape. Porque acabamos de hallar la llave para destruir a Bowman de una vez por todas.

—Parece que ya no hay dilema —digo con una satisfacción como nunca antes he sentido—. Podremos inculpar tanto a Bowman como al responsable de los asesinatos del hotel Esmeralda.

—¿Eso significa que por fin me dirás quién cometió los cuatro crímenes que presenciamos?

—Son tres, Jac. Y sí, te lo voy a contar.

32

Es la primera vez que soy espectadora de un interrogatorio policial. Aunque más que interrogatorio se trata de la declaración de un testimonio, por lo menos eso piensa el matrimonio ruso.

Jac, a mi lado, espera impaciente. De los presentes es el único que conoce lo realmente ocurrido. Analiza a Denis y Alina sentados en la sala contigua, tratando de ver en esas personas lo que le he contado que hicieron.

El inspector Todorov me dedica una mirada vacilante. Le hemos entregado los archivos incriminatorios que Bowman ocultaba. Encontrarlos nos hizo ganar algo de su confianza, aunque no le hacía gracia que desmontáramos su caso por completo. Aun así, aceptó hacer las cosas a mi manera esa mañana, con la condición de que él estuviera presente. Le prometí que todo se aclararía antes de que saliéramos de esa comisaría.

—Señora Petrova, ¿está segura de que no quiere irse a su casa? Suficiente esfuerzo ha hecho al venir hasta la comisaría como para quedarse un rato más a traducir.

Alexenia, la última persona en la habitación, niega con la cabeza.

—No se preocupe, inspector, me venía bien salir del hospital.

En la sala de interrogatorios hay movimiento. Un hombre que ya pasará la cincuentena ha entrado.

—Ese es el agente Kolev —explica Todorov—. Es el único que queda en la comisaría que hable ruso con fluidez. Las nuevas generaciones ya no aprendemos el idioma, como mucho entendemos frases sueltas.

Era práctico que Alexenia hubiese ido esa mañana a dar su declaración. Debido a que el día anterior la llevaron con urgencia al hospital, no se había podido pasar antes.

El agente Kolev saluda a Denis y Alina en ruso. Como es habitual, el marido es el único que responde. Llevándome de vuelta a la noche del hotel, Alexenia traduce la conversación entre el policía y el matrimonio.

Los rusos relatan su llegada a Bansko, el accidente, la muerte de

Ivan y el intento de asesinato de Alexenia. Denis también menciona haber visto la discusión entre Bowman y Vartav antes de que este cayera por el balcón.

Kolev pregunta sobre la herida de Alexenia y Alina responde que fue un disparo limpio que atravesó el pie, sin dañar nervios importantes, pero en una zona complicada. Apenas puede apoyar el pie sin gritar de dolor, mucho menos subir escaleras o hacer esfuerzos.

Me gustan las preguntas del policía, son las mismas que yo haría. A efectos prácticos, cuando Vartav murió la única persona aparte de mí en el hotel era Alexenia. Por improbable que parezca, es la sospechosa restante.

Mientras yo analizo el interrogatorio, Jac está pegado al cristal, pluma en mano, tomando notas en ese cuaderno que parece sacado de otra época. Sus ojos saltan del agente al matrimonio, absortos, como si estuviera viendo el clímax de una novela que no se atrevió a imaginar. Pero entonces frunce el ceño y deja de escribir por un momento. No sé qué le pasa por la cabeza, pero algo en su expresión se apaga, como si acabara de recordar que en esta historia ya han muerto tres personas, no simples personajes.

—Kolev pregunta si yo podría haber tirado a Vartav por el balcón, Alina dice que es imposible. En el tiempo en el que ella me dejó sola yo no habría podido subir hasta la quinta planta, enfrentarme a un tipo que me dobla en tamaño, empujarle por el balcón y volver al lounge. Lo único que logré fue cojear hasta la puerta para ver qué pasaba, y aun así fue un esfuerzo excesivo, como demuestra el hecho de que mi pie empezara a sangrar.

Entonces el marido toma la palabra, parece que su paciencia ha llegado a su límite.

—Denis pregunta si ya han terminado con su testimonio. Dice que para él es evidente que Bowman asesinó a Vartav, es el único sospechoso posible. Añade que ya han soportado suficiente: un accidente de coche, una noche horrenda y unas vacaciones completamente arruinadas. Lo único que quieren es tomar un avión y regresar a su país.

Jac me clava la mirada. Por mi expresión, sabe que acabo de atar

cabos.

Horas antes, cuando le conté quién era el asesino y cómo se habían llevado a cabo los crímenes, había un cabo suelto: la última muerte, especialmente el disparo. Ni siquiera él, con toda su obsesión por los detalles, pudo darme una explicación convincente.

Yo intuía lo que había pasado, era la única posibilidad lógica, pero me faltaba entender el cómo. Hasta ahora.

La explicación exasperada de Denis acaba de darme la última pieza. El hilo que quedaba suelto por fin encaja, y el mapa completo de los crímenes del hotel Esmeralda se despliega ante mí con una claridad casi insultante. Tan evidente que me cuesta creer que no lo viera antes.

—Jac, ven conmigo —digo cuando el agente Kolev está dando por terminada la declaración.

El escritor me sigue sin cuestionarme. Abro la puerta de la sala de interrogatorios y las tres personas en su interior nos miran sin entender qué ocurre.

—Pregúntales en ruso en qué universidad estudió Enfermería la mujer.

Jac rápidamente entiende mis intenciones. En una frase corta traduce mi pregunta.

—¿Hablas ruso? —dice Todorov. Ya ni siquiera parece molesto por esa falta de protocolo.

El matrimonio se mira entre sí, absorto por la interrupción y esa pregunta tan inesperada. Cuando la enfermera se dispone a responder, le indico que no hable todavía.

—Inspector, ¿le puedes decir al agente Kolev que me deje una de sus hojas y los bolis?

Todorov levanta una ceja, pero asiente, transmitiendo la orden a su agente en búlgaro. Kolev se muestra dubitativo, aunque obedece. Rompo la hoja en dos y le doy un trozo a cada ruso.

—Jac, diles que escriban por separado la respuesta a mi pregunta.

Ambos me miran con desconcierto. Durante un segundo, incluso parecen asustados. Su nerviosismo es evidente, y es justo lo que esperaba. Finalmente, se empieza a quebrar su actuación. Denis explota. Con su voz grave escupe palabras ininteligibles para

nosotros.

—Pregúntales dónde se celebró el banquete de su boda.

Jac asiente sin decir nada. Ya no sonríe como antes. Su voz, cuando traduce mi pregunta, suena serena, casi grave. Ha perdido esa energía infantil con la que atestiguaba los primeros crímenes. Ahora parece otro. No un escritor curioso, sino alguien que ha aprendido a mirar el horror sin romanticismo.

El matrimonio intercambia otra mirada cargada de dudas, seguida por la voz exasperada del ruso. Hasta Alexenia, movida por la intriga, ha entrado a la sala de interrogatorios en su silla de ruedas.

Todorov habla en búlgaro al agente Kolev y este responde en ruso. Es complicado no perderse con tanto idioma, pero por el rostro del matrimonio parece que Todorov ha insistido en que respondan a mis preguntas. Ya no hay rastro del cabreo de Denis, se ha dado cuenta de que está en un callejón sin salida.

—Inspector, dígale al agente Kolev que, si no quieren responder a esas preguntas, entonces nos aclaren esto: ¿cuánto les han pagado por ser cómplices de los crímenes de hace dos noches?

El inspector me observa con incredulidad. Pero, en lugar de pedirme explicaciones, transmite la pregunta a Kolev, quien vacila antes de dirigirse al matrimonio.

Esta vez Denis no muestra enfado, ni siquiera parece tan posesivo con Alina. Ambos se limitan a negar rotundamente, la única respuesta que les queda en este punto.

Sabiendo que ya es suficiente, me giro hacia la mujer en silla de ruedas. Antes de hablar, golpeo la uña de mi dedo corazón con la del pulgar, cediendo a la adrenalina que recorre mi cuerpo.

—En ese caso, Alexenia, ¿por qué no nos respondes tú? ¿Cuánto les pagaste a estos dos mercenarios para que fueran tus cómplices en los asesinatos de Grigor Markov, Ivan Kostov y el superintendente Vartav?

33

La mirada del inspector pesa sobre mí. Ahora soy yo quien está sentada en la mesa de interrogatorios, con él al otro lado, estudiándome con atención.

—Valkiria Kross, creo que ya he tenido suficiente paciencia contigo. Desde ayer he satisfecho todas las peticiones de Jac, y esta mañana también las tuyas. Ha llegado el momento de que me cuentes exactamente qué piensas que ocurrió hace dos noches en el hotel Esmeralda.

No le falta la razón. Aunque al principio me cayó un poco mal, mi opinión sobre él había cambiado. Incluso había accedido a que Bowman escuchara mi explicación desde el otro lado del cristal en el que se reflejaba mi rostro. Quería que presenciara mi testimonio, después de todo, me había contratado para eso.

Junto a él se encontraban Jac y Alexenia. Esta última, como suponía, no cedió ante mi acusación. Respondió con una mezcla de confusión y ofensa que parecía bastante convincente. Los rusos, que ya se negaban a hablar, estaban en otra sala.

—Comenzaré la explicación de lo ocurrido por el principio, hace treinta años, cuando asesinaron a Aleksander y Maria Draganov.

El inspector se acomoda en el asiento sin modificar su expresión. Tras haber visto la carpeta de pruebas incriminatorias que Bowman guardaba y teniendo en cuenta quiénes eran las víctimas del hotel, sabía que ahí empezaba todo.

Expongo la misma explicación que le di a Jac la noche anterior. Todorov me interrumpe un par de veces en busca de aclaraciones, pero en general me deja manga ancha para contar las cosas a mi ritmo.

—¿Y qué relación hay entre esos eventos de hace treinta años y los homicidios actuales? —pregunta cuando termino mi exposición.

—La razón detrás de los crímenes. La finalidad de Alexenia Petrova era vengar la muerte de los Draganov. No disponía de ninguna forma de inculpar a los responsables por sus delitos pasados, así que orquestó nuevos asesinatos para poder incriminar a Bowman de

ellos. Y aquí es donde entran en juego los eventos ocurridos en el hotel.

»Todo comenzó con las tres cartas que envió Alexenia. Tenían un doble propósito. El primero, asegurarse de que el 11 de marzo los implicados en el caso Draganov estuviesen en el hotel. Bowman y Grigor ya vivían allí, así que era un hecho. A Ivan lo amenazó con revelar su implicación en la falsificación del contrato de compraventa si no se presentaba en el Esmeralda. Y en cuanto a Vartav, ahí entra en juego la carta que recibió Bowman. Alexenia lleva casi diez años trabajando en el Esmeralda, conoce a su dueño a la perfección. Sabe lo precavido y neurótico que puede llegar a ser. Aunque dudara de que las amenazas fueran reales, se aseguraría de que alguien con autoridad estuviera presente para dar fe de lo que sucediera esa noche. Era inevitable que recurriera a su amigo Vartav, el superintendente de la Policía de Blagoevgrad. De este modo, Alexenia conseguía que los cuatro involucrados en el homicidio de los Draganov estuvieran en el hotel esa noche. Aunque supongo que no contaba con mi presencia.

»El segundo motivo por el que envió las cartas fue para construir un móvil creíble. Aunque sabía que Grigor estaría en el hotel, también le envió una misiva para que existiera un motivo aparente por el cual Bowman querría asesinarlo. Si se suponía que Grigor o Ivan planeaban hablar sobre lo ocurrido con los Draganov, entonces Bowman haría cualquier cosa para evitarlo, incluso matar. Alexenia necesitaba que pareciera que el magnate estaba eliminando cabos sueltos antes de que alguien revelara la verdad.

»Hay un hecho más que mencionar. Hace tres meses hubo un intento de robo en el hotel, en la suite de Willow Bowman. Se provocó un corte de electricidad para crear una distracción. Aunque el ladrón no logró acceder a la caja fuerte, claramente lo intentó. Esto fue obra de la propia Alexenia, que condicionó al británico. Sabía que si volvía a producirse un apagón, Bowman asumiría de inmediato que se trataba de un segundo intento elaborado para robar el contenido de su caja fuerte. Alexenia conocía a la perfección su paranoia.

»Cuando ocurrió el nuevo corte de energía hace dos noches,

Bowman salió corriendo como ella había previsto, desesperado por proteger su contenido. Es muy probable que el matrimonio ruso estuviera esperando su señal junto al árbol que derribaron sobre el tendido eléctrico. Cuando Grigor fue al baño y se quedó solo, Alexenia dio la señal. Bowman salió corriendo y su ausencia dejó un vacío que nadie podía llenar con su testimonio. Y para agravar aún más la situación, fue su propia arma la que se disparó. Alexenia, como directora de operaciones del hotel, debió de tomarla en algún momento durante la tarde. Todo estaba planeado al detalle.

El inspector Todorov no me ha interrumpido en un buen rato. Hago una pausa para dar un sorbo de agua y organizar mis pensamientos. Me gustaría poder ver la expresión de Alexenia al otro lado del espejo. Aunque ya sé cómo llevó a cabo todo, aún tengo algunas preguntas que hacerle.

—El segundo crimen, el asesinato de Ivan Kostov, fue el más sencillo de los tres. El propio chef mencionó que pensaba que tenía más harina en reserva para preparar los brownies. Eso fue cosa de Alexenia, que se deshizo de la harina de forma deliberada. Supongo que tendría otras alternativas para provocar el ataque en caso de que el chef Demir no optara por usar nueces trituradas como sustituto. El resto de los preparativos resulta fácil de imaginar. En algún momento de la noche, Alexenia o sus cómplices vaciaron la adrenalina de emergencia del abogado. Y en cuanto a la nota de advertencia del chef, simplemente la retiró después de que el cocinero se marchara y antes de que comenzaran los asesinatos. Cuando llegó con las británicas, gracias a su sugerencia de revisar las puertas, ya no había nada que la relacionara con aquella arma homicida.

Todorov suelta un suspiro. Alzo la cabeza y espero a que exponga sus preocupaciones.

—No te voy a negar que, por mucho que me sorprenda, lo que has contado hasta ahora encaja. Sin embargo, no dejan de ser hechos circunstanciales, no tienes ni una sola prueba que respalde tu historia.

—Es cierto, pero si me das acceso al hotel encontraré las pruebas que necesitas.

—No tan rápido, aún te falta el crimen más importante de todos. Yo mismo vi al superintendente caer al vacío. En ese momento las únicas dos personas en el hotel eran Willow Bowman, que estaba en la misma habitación desde la que cayó Vartav, y Alexenia, que se encontraba cinco plantas más abajo con un agujero de bala en el pie.

—Tienes razón, esta es la planificación más inteligente de todas, no ha sido hasta que he escuchado la deposición de Denis y Alina cuando finalmente ha encajado la última de las piezas.

»El hecho de que solo Alexenia y Bowman estuviesen en el hotel cuando Vartav murió no fue casualidad. He repetido en mi mente la conversación que tuvimos antes de separarnos y, ahora en frío, es evidente que nos manipuló. Fue ella quien sugirió que Timur y Nikolay fueran a buscaros a vosotros y al chef. Cuando Denis mencionó que iba al baño, ella se aseguró de que Vartav y Bowman lo acompañaran. Y al salir a la puerta del hotel para recibiros, insistió en quedarse con la enfermera rusa. También tendrían acordado que el matrimonio saliera del hotel justo antes del asesinato para asegurarse de que solo hubiera un posible sospechoso.

»En cuanto a Bowman, cuando lo encontramos estaba extremadamente agitado, con una desorientación y confusión absoluta. Incluso con amnesia temporal.

—Síntomas esperables de alguien que pasa por un evento muy traumático, como verse obligado a asesinar a su propio amigo.

—Cierto, pero aquí supuestamente hablamos de un psicópata. Presumimos que Bowman ha disparado por la espalda a su socio de más de treinta años, ha provocado que un amigo muera ahogado en un ataque anafiláctico y pretendía asesinar al tercer amigo con una pistola de activación automática. Alguien así no se traumatiza por tirar por el balcón a quien ya pretendía matar.

—Quién sabe, quizás le dio un arrebato de remordimientos.

—Esa es una excusa barata, inspector.

Todorov me mira con desdén, pero no se ofende ante mi acometida.

—¿Qué sugieres tú, Valkiria?

—Lo drogaron, igual que a Vartav. Los síntomas, incluida la

amnesia, son similares a los de víctimas de violación. No sé qué sustancia exacta, pero podría haber sido escopolamina, ketamina, GHB o algo similar. Probablemente el ruso les administró la droga en el baño, cuando estuvo a solas con ellos. Es posible que guardase allí los fármacos. Una vez que el efecto hizo mella y ambos estaban desorientados, los llevó hasta la suite. Esperaron a que Alexenia subiera, aprovechando que la habíamos dejado sola con Alina. Fue entonces cuando Denis y su supuesta esposa abandonaron el hotel.

—Por primera vez hablas de hechos demostrables —dice con cierta condescendencia—. Las drogas que has mencionado no aparecen en los análisis genéricos de una autopsia, así que no estarán en el informe de Vartav que obtendremos esta tarde. Pero sí que podemos hacer análisis específicos en su cadáver y en el cuerpo de Bowman. Todavía no han pasado treinta y seis horas. —Yo asiento satisfecha, tengo la completa certeza de que los resultados serán positivos—. De todas formas, detective, sigue sin explicar lo imposible. Por mucho que Vartav estuviese drogado y Alexenia tuviese la capacidad de empujarle, no hay que olvidar que tenía un disparo de bala en el pie. Tendría que subir a la última planta, lidiar con el superintendente hasta que pudiese empujarlo y luego volver al lounge por sí misma. Eso es impensable.

—Ese hecho solo es inviable si suponemos una cosa, que Alexenia estaba herida. El principio de la navaja de Ockham dice que la explicación más sencilla suele ser la más probable. Si lo único que imposibilita que Alexenia sea la asesina es su herida de bala en el pie, eso significa que esa herida sencillamente no existe.

De repente toda la calma del inspector desaparece. Se pone en pie con energía y arrastra la silla de metal varios palmos.

—¡Esto ya es demasiado! He aguantado suficiente tus historias y tus juegos de detectives. Así no se resuelve un crimen. No puedes eliminar un hecho porque «es la razón más sencilla».

—No estoy eliminando un hecho, inspector —respondo con firmeza —. ¿Qué pruebas hay de que dispararon a Alexenia? Cuando ocurrió estaba con el matrimonio, sus dos cómplices. Fue la supuesta enfermera quien curó su herida, la única persona que presuntamente la vio. Alexenia sabía que había un arma de

activación automática en la habitación de Vartav, ella misma la colocó ahí. El disparo no fue más que un truco: sangre falsa, un tiro a una zapatilla vacía y un poco de actuación bien ensayada. Esto encaja a la perfección con el supuesto intento de asesinato contra ella. Si Alexenia es la asesina, ¿qué motivo tiene este ataque? Solo uno: eliminarla como sospechosa y darle una herida falsa que la imposibilitaría como responsable del último homicidio.

—Pero la herida no es falsa. Agentes míos la llevaron al hospital ayer por la mañana. ¿Acaso ahora me vas a decir que también se confabuló con todo el personal médico?

Resulta un tanto cómico ver al hombre tan de los nervios. Tampoco pretendía menospreciarle, a mí me había costado mucho llegar a esa conclusión, no esperaba que él lo hiciera en unos pocos minutos.

—Yo no he dicho que no hubiese una herida real de bala, he dicho que no existía en el momento de la muerte de Vartav. Hasta ahora, todos ignoran un hecho clave. Un detalle que queda suelto en la teoría de que Bowman es el asesino. Una pieza que solo encaja en mi versión, en la realidad. Ese acontecimiento es el disparo que se escuchó unos segundos después de la muerte de Vartav y la ubicación de su pistola.

»Cuando dejamos a Alexenia con la enfermera en el lounge, no tenía ninguna herida. Solo vendas. Subió corriendo a la suite de Bowman para relevar a Denis. Esperó hasta asegurarse de que todos estuvieran fuera del hotel y empujó a Vartav. Con él drogado y ella sin ninguna herida, no le resultó difícil hacerlo. Antes de arrojarlo al vacío, le arrebató su arma. Aún no he podido aclarar todos los detalles, pero en algún momento se disparó en el pie de manera que ni la sangre ni la bala quedaran en la suite. Mientras nosotros subíamos por el ascensor normal, ella estaría descendiendo por el de servicio. Para cuando volvimos al vestíbulo y fuimos a verla en el lounge, ya habría tenido tiempo de colocarse un vendaje nuevo. Uno manchado no por el sobresfuerzo, sino porque la herida era reciente. Así, al llegar al hospital, tendría una lesión real, perfecta para sostener su coartada.

El inspector de policía parece agotado. Como un abogado que no

deja de encontrarse con respuestas blindadas a cada una de sus preguntas. El hombre se cruje el cuello.

—Si hacemos un análisis a Bowman y encontramos trazas de alguna droga es prueba de que lo que has dicho tiene parte de verdad. Bajo ninguna otra circunstancia a ese hombre le podrían haber drogado. Así que, por rocambolesca que me parezca tu historia, es bastante sencillo refutarla. Pero, antes de que eso ocurra, tengo una última pregunta. —Me mojo los labios, preparándome para lo que ya sé que quiere saber—. ¿Por qué? ¿Por qué Alexenia Petrova, la directora de operaciones del hotel Esmeralda, se tomaría tantas molestias para vengar la muerte de los Draganov?

—Porque no se llama Alexenia Petrova. Su auténtico nombre es Nikola Draganova.

Todorov me mira atónito. Esa última revelación, aunque sea la más simple, es la que menos se esperaba.

—Es la hija pequeña de los Draganov, la hermana que nunca llegó a firmar el contrato de venta de la casa. La hija que siempre quiso vengar el asesinato de sus padres.

»Ayer tuve la oportunidad de ver una copia del contrato de compraventa de la casa de los Draganov. Es el único lugar donde he visto los nombres de los hijos. Con esa información logré encontrar una imagen de la familia al completo. La hija menor tenía dieciocho años por aquel entonces, pero su parecido con Alexenia es innegable, aunque es uno de esos detalles que pasan desapercibidos si no los estás buscando. No es extraño que nadie la reconociera: sus padres no eran de aquí, ella solo visitó el pueblo un par de veces antes de que murieran y, en esa época, no se difundieron fotos de los hijos. Pero descubrir que Alexenia es en realidad la hija de los Draganov fue la pieza que lo confirmó todo. Su verdadera identidad desencadenó que el resto de mis teorías cobraran sentido.

Todorov sigue perplejo. Antes de que pueda decir nada, se escuchan unos golpes en la habitación contigua. Alguien sacude el cristal de la sala de interrogatorios. El inspector y yo corremos a la puerta.

—¡¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer?! —me grita Alexenia

al irrumpir en la habitación contigua. Uno de los agentes la sujeta por los brazos, recién separada del cristal. Su pie sangra, esta vez sí, por el sobresfuerzo—. ¿Tienes la menor idea de los años que me ha costado preparar esto? ¿Del tiempo y esfuerzo que he dedicado para, por fin, vengar la muerte de mis padres? ¡Toda mi maldita vida! —Su voz tiembla entre la furia y la desesperación.

No esperaba que se derrumbara tan pronto, pero carecía de sentido mantener la farsa. Los análisis de drogas resultarían positivos, y con esa prueba el resto de naipes se desplomaría inevitablemente.

—Ahora, por tu culpa, todo se va a echar a perder. Tu imprudencia permitirá que el principal responsable de la muerte de mis padres quede en libertad.

Bowman, que había escuchado toda mi declaración, saborea cada segundo de la derrota en la que Alexenia se ha sumido, pero, sobre todo, paladea la libertad que ya había dado por perdida.

—He de decir, señorita Kross, que no tenía muchas expectativas puestas en usted. Especialmente considerando la desesperada situación en la que me encontraba. Pero me ha sorprendido con creces. Tenga plena seguridad de que será recompensada adecuadamente por…

—Alexenia, entiendo el dolor que sientes —digo, ignorando por completo las palabras de agradecimiento de Bowman, cargadas de autocomplacencia y falsa amabilidad—. Pero no puedo permitir que alguien que ha asesinado a tres personas quede libre, aunque creas que tus acciones estaban justificadas por vengar un crimen pasado. Soy detective, y mi deber es mantenerme lo más objetiva posible.

»De todas formas, te equivocas en algo. Ninguno de los dos asesinos que tengo delante va a quedar en libertad. Ni tú por los tres asesinatos de hace dos noches, ni él por el de tus padres.

Ahora soy yo quien clava la mirada en mi empleador. El propietario del hotel Esmeralda me observa desconcertado, sin rastro del agradecimiento que mostraba unos segundos atrás. Me giro hacia Jac, quien me entrega una carpeta.

—Solo tú podrías convertir tus propios delitos en herramienta de chantaje.

En cuanto Bowman ve la carpeta en mis manos, sus ojos se agrandan como platos. Parpadea varias veces, como si creyera que, al hacerlo, la imagen desaparecería. Pero no lo hace.

—No… eso es imposible —balbucea, su voz temblorosa como nunca antes la había oído.

Retrocede instintivamente, su mirada saltando de la carpeta a mi rostro, y de vuelta a la carpeta. Como si dudara de que estuviera ahí.

—Debe de ser una falsificación… —trata de convencerse, aunque el miedo en su voz traiciona su intento de mantenerse sereno—. Esto es un montaje barato. ¡No puede ser real!

—Claro que es real, Bowman. Toda tu red de corrupción, extorsiones y crímenes documentada con un detalle enfermizo. Guardada por ti mismo para chantajear a tus socios si alguna vez se volvían en tu contra.

—¡No! —El grito se le escapa como un lamento. Sus piernas flaquean y da un paso hacia atrás, olvidando que sus muñecas están esposadas. Tropieza con el borde de la mesa y cae al suelo con un golpe sordo, sin la dignidad del hombre que pretendía controlar la situación hace unos minutos.

Su respiración se acelera, y el sudor frío resbala por su frente. Se lo ha jugado todo, y lo ha perdido.

—Lo que hay en esa carpeta y en estas otras —dice el inspector Todorov levantando el resto de ficheros— es más que suficiente para meterte en prisión de por vida y, de paso, llevarte por delante a unos cuantos más igual de miserables que tú. Este es el único motivo por el que estuve dispuesto a escuchar a Valkiria. Porque, con sus métodos poco convencionales, ha logrado encontrar estos documentos y la mina de oro que esconden.

Me agacho hasta quedar a la altura de Bowman, quien ahora parece un espectro del hombre engreído que se jactaba de la derrota de Alexenia apenas unos minutos atrás.

—Esto es lo que pasa cuando aceptas favores de mi padre, siempre regresan para morderte en el culo. Espero que disfrutes de tu jubilación en prisión.

Bowman parece incapaz de responder, pero tampoco tendría

tiempo de hacerlo. El sonido de alguien llorando inunda la pequeña sala en la que nos encontramos. Me giro hacia Alexenia… o mejor dicho, Nikola. También está en el suelo, con el agente a su lado. Es ella quien llora. Pero cuando veo su rostro, lo único que encuentro es felicidad y alivio. Aunque sus métodos han sido extremistas, ha logrado cumplir su venganza.

—Alexenia, ahora te toca a ti hablar.

La mujer intenta calmarse, pero a medida que la adrenalina abandona su sistema, el dolor del disparo en su pie se hace cada vez más evidente, retorciendo su rostro en una mueca de sufrimiento.

—¿Qué quieres saber? —dice apretando los dientes.

—Todo.

34

—Como bien ha dicho Valkiria, mi verdadero nombre es Nikola Draganova. Soy la menor de los cuatro hijos de Aleksander y Maria Draganov.

»Cuando yo tenía diecisiete años, mi padre sufrió serios problemas cardíacos. Su vida había estado plagada de un estrés constante, era uno de los ejecutivos más importantes de una gran empresa en Sofía. El médico fue claro: si no reducía su ritmo de vida, moriría en cuestión de meses. Para sorpresa de todos, acató la advertencia. Negoció una prejubilación con la empresa y, dado que sus hijos ya eran mayores, decidieron trasladarse a un pueblo en la montaña. Compraron una casa en Bansko que pertenecía a un primo de mi madre.

»Yo acababa de empezar mi último año de instituto. Tengo una diferencia considerable de edad con mis hermanos y no iba a cambiar de escuela a esas alturas. Me quedé a vivir con mi tía en Sofía. Exceptuando un par de visitas a Bansko para ver a mis padres, siempre eran ellos quienes viajaban a la capital.

»A los pocos meses de mudarse a la montaña les llegó una oferta: un importante inversor británico quería comprarles la casa. La cifra que ofrecía era desorbitada en consideración con el terreno y la propiedad. Sin embargo, ni se lo plantearon. Dinero no les faltaba, no después de que mi padre se dejara la vida trabajando. Lo que querían era paz y tranquilidad, y eso Willow Bowman no se lo podía ofrecer.

»En la primavera de 1995, cuando me faltaba poco tiempo para terminar la escuela, mi tía me despertó una mañana llorando a lágrima viva. Un incendio había consumido la noche anterior la casa de mis padres en Bansko. Ellos estaban dentro. De un día para otro, me quedé huérfana.

»Yo fui quien más lo sufrió. En aquel momento no sospechamos nada raro: todo apuntaba a un accidente trágico, sin más. No hubo cuerpos que enterrar; aun así, al funeral que celebramos en Sofía acudieron cerca de un centenar de personas.

»Pasadas unas semanas, el inversor británico presentó una segunda oferta de compra. Fue ahí cuando hilé ambos eventos y surgió la idea de que eso no era un accidente, por mucho que fuese la versión oficial de la Policía. Hablé con mis hermanos y les supliqué que no firmaran, convencida de que ese hombre había asesinado a nuestros padres. Ellos no me creyeron, o quizás no me quisieron creer, así que firmaron.

»No obstante, yo había cumplido los dieciocho años unos meses atrás y me negué a manchar de tinta un documento enviado por alguien capaz de asesinar con tal de hacerse con una propiedad. Falsificaron mi firma. ¡Y ni siquiera les importó! Como si yo no fuera nada. Como si nuestra familia nunca hubiese existido. En ese punto era inútil que los denunciase, habían pagado lo suficiente a mis hermanos como para que desmintiesen cualquier acusación que yo hiciera. Esa fue la última vez que hablé con cualquiera de ellos.

»Los meses siguientes los dediqué a estudiar cada detalle: la investigación mediocre, quién era Willow Bowman, sus negocios, sus socios, el abogado que falsificó la venta y el agente que dirigió la investigación.

»Mi primer intento de exponer a Bowman fue un artículo lleno de información inédita. Hilos sueltos de los que cualquiera podía tirar. Causó cierto revuelo, pero las consecuencias no fueron las esperadas. Una semana después, el periodista con el que trabajé recibió una amenaza. Considerando lo poco que tenía por ganar, decidió no publicar nada más sobre el tema. Pero eso no me detuvo.

»Seguí investigando. Viajé a Bansko decenas de veces, entrevisté a testigos fingiendo ser una estudiante universitaria e incluso hablé con el perito que analizó el incendio. En un año obtuve una visión completa del caso. Sabía qué había pasado y quiénes estaban involucrados. Pero no podía probarlo. No podía hacerles pagar por sus crímenes. No con los recursos que yo tenía frente al poder de Bowman.

»La muerte de mis padres lo consumió todo. Detuvo mi ingreso a la universidad. Destrozó mi salud. En un punto, mi tía, mi única familia, me rogó que abandonara la investigación. Me dijo que suficientes personas habían perdido la vida a causa de ese hombre

como para que yo desaprovechara también la mía.

»Me resultó casi imposible al principio, pero poco a poco fui dejando el tema a un lado. No lo olvidé, nunca lo superé del todo, aunque hice el esfuerzo de seguir con mi vida.

»Un par de décadas más tarde mi tía murió. En ese momento, volví a leer mis apuntes y repasé cada detalle de la investigación. Antes de darme cuenta, estaba completamente inmersa otra vez. Llegué a la misma conclusión de siempre: no tenía medios para que la ley castigara a esos cuatro hombres. Pero esta vez descubrí algo nuevo. Si la ley no podía impartir justicia, yo lo haría.

»Ahí comenzó la planificación de mi venganza, y sabía que todo empezaba por entrar a trabajar en el hotel Esmeralda, esa monstruosidad de opulencia y lujo por la que asesinaron a mis padres.

»Llevaba quince años trabajando en la gestión de proyectos en varias empresas de Sofía. A pesar de ser una industria diferente, había posibilidades de que me contratasen, y eso sucedió. Los primeros años me dediqué a observar mientras ganaba relevancia dentro de la empresa. Poco a poco una idea fue tomando forma en mi cabeza. Una idea que finalmente culminó dos noches atrás.

»Podría haber ejecutado este plan varios años antes, pero llegó un momento en el que me excusaba diciendo que me faltaba preparación, cuando en realidad no quería perder ese odio en el que me escudaba. Hace unos años me prometí que actuaría en el trigésimo aniversario de la muerte de mis padres. Era una fecha aleatoria, pero sabía que, si no me la imponía, nunca les brindaría la justicia que merecían.

»Las deducciones de Valkiria son en su mayoría correctas, desconozco cómo ha sido capaz de revelar lo ocurrido. De todas formas, solo ha resuelto una de las investigaciones. Dicho de otro modo: para que el plan saliera bien, debía contemplar opciones para decenas de posibles escenarios. Aunque Valkiria ha hecho un excelente trabajo en descubrir la ejecución, el verdadero esfuerzo se encuentra en la planificación para que esto fuera posible.

»Un ejemplo es la tormenta. Cuando envié las cartas a Bowman, Grigor e Ivan con una fecha decidida, se desconocía que esa noche

habría tormenta. Pero era una de las variables que ya consideraba. Mi plan cambiaba en función del tiempo meteorológico. En el caso de que fuese una noche normal, habría tenido mayor facilidad para una parte de los crímenes, pues con más huéspedes hay más caos y es más sencillo pasar desapercibida. En otros aspectos, la ventisca facilitó la ejecución, como en el hecho de que se cortasen las comunicaciones.

»Otro ejemplo es la involucración del chef. En cualquier momento que entraba en juego un factor humano debía contar con multitud de alternativas. Sabía que todos los martes Demir preparaba brownies. Pero no podía garantizar que usara frutos secos en lugar de harina. Si elegía otros ingredientes, tenía jeringuillas preparadas para contaminar la comida.

»Esta robustez en mi plan redujo al mínimo el papel del azar. La planificación de esa noche fue más compleja que la propia ejecución. Consideré todos los factores: la posible intervención de la Policía, la ubicación de Grigor cuando quedara solo, las condiciones en las que Bowman mataría a Vartav… Pero siempre supe que algunos elementos escaparían de mi control, como los huéspedes presentes o la aparición inesperada de una detective extranjera sorprendentemente competente.

»Las explicaciones de Valkiria sobre el primer y segundo crimen han sido acertadas. Denis y Alina derribaron el árbol para cortar la electricidad cuando Grigor estaba solo. Usamos la tormenta para fingir un accidente y justificar su llegada tardía. Sabíamos que con la ventisca no podrían caminar desde el árbol caído hasta el hotel, así que dejé mi coche cerca esa tarde. Lo usaron para llegar al Esmeralda y, antes de entrar, se empaparon de nieve para que pareciera que habían llegado caminando.

»En cuanto al arma homicida, hace unas semanas dupliqué la tarjeta que utiliza el servicio de limpieza para entrar en la suite. La tarde del once solo tuve que subir y coger la pistola que guarda en su mesilla de noche. La escondí en un lugar accesible para más tarde matar a Grigor.

»En el asesinato de Ivan solo necesité coger su chaqueta durante la partida de póker. Cada uno estaba a sus cosas, nadie tenía la

atención puesta en el perchero. La devolví con los inyectores vacíos de adrenalina.

»En cuanto a la última de las muertes, Valkiria no ha rellenado todos los huecos, aunque estoy segura de que de haberle dejado unos días más lo habría conseguido.

»Mi intento de asesinato fue pura teatralidad. Junto a los mercenarios, fui directa a la habitación de Vartav. Mientras fingíamos investigar en la cocina, instalamos la pistola de activación automática. Luego, me descalcé y puse una bolsa de sangre dentro de mi bota. Al colocar el zapato en el sensor, el disparo atravesó la bota y rompió la bolsa en su interior. Me calcé de nuevo y, cuando llegaron Valkiria y los demás, solo tuvimos que seguir con la actuación.

»Fingir mi herida era esencial para el asesinato de Vartav, era la única forma en la que la culpa caería irrevocablemente sobre Bowman. Una vez que se descubre que la herida es falsa y que la pareja de rusos son mis cómplices, el misterio pierde toda su gracia. Cuando Denis llevó a los dos hombres al baño, les drogó con ketamina administrada en la vena yugular interna. Según me explicó, es un procedimiento que ha realizado en numerosas ocasiones; preferí no preguntar más. Al administrarse por vía intravenosa, los efectos son casi inmediatos: aparecen en apenas cuarenta y cinco segundos y duran entre diez y quince minutos.

»En ese estado, controlar a los dos hombres fue sencillo. Denis los llevó a la suite y preparó el resto de las piezas: dejó la nota del chef y organizó las herramientas necesarias para producir mi verdadera herida.

»Cuando me quedé a solas con Alina, salí corriendo hacia la quinta planta. Sustituí a Denis y dispuse los últimos preparativos: aplicar anestesia en mi pie vendado. Desarmé a Vartav y le apunté al pecho. Ni siquiera tuve que empujarle, con los efectos alucinógenos de la ketamina en dosis altas y mi amenaza de dispararle, él mismo se tiró por el balcón.

»Quedaba la última parte de mi plan: asegurarme de tener una herida de bala auténtica. Apoyé el pie, que ya no sentía por el efecto de la droga, sobre una placa de acero reforzado de cincuenta

milímetros que había colocado dentro de una bolsa. El disparo atravesó mi empeine sin que yo sintiera nada. La bala quedó incrustada en la placa de acero y la sangre se recogió en la bolsa, sin dejar rastros en la habitación.

»Salí cojeando de la suite y me subí en el montaplatos mientras los policías y Valkiria ascendían a la quinta planta. Este fue mi centro de operaciones a lo largo de la noche. En el descenso, limpié la herida, me puse una venda nueva y devolví todo a su estado original. La sangre seguía brotando, pero se justificaba como consecuencia del sobresfuerzo al alarmarme por el disparo. Al llegar al lounge me aseguré de estar allí antes de que los policías y Valkiria bajaran. Si alguien hubiese pasado por allí y no me hubiese encontrado, simplemente habría alegado que me escondí al escuchar el disparo por miedo a que intentaran matarme de nuevo.

»El montaplatos del hotel guarda todas las pruebas. En el falso techo están la harina robada, la placa de metal con la bala incrustada, el arma de Vartav, varias jeringuillas, la chaqueta con hombreras y el pasamontañas que usé al matar a Grigor. También empleamos ese elevador para tener a mano la ketamina de Denis y para guardar el arma de Bowman con la que asesiné a Grigor. Mi intención era deshacerme de todas esas pruebas cuando se cerrara el caso, pero ahora ya da igual.

»Este plan que me ha llevado diez años elaborar radicaba en un solo objetivo: que yo quedara libre de sospechas. Si fallaba, no podría incriminar a Bowman. Todo habría sido en vano. Pero jamás imaginé que la mente retorcida de ese hombre guardara pruebas que lo condenarían por sí mismo.

»Ahora ya me da igual que también vaya a ir a prisión. Debo pagar por mis crímenes, así como él pagará por los suyos.

»Lo único que me importa es saber que la memoria de mis padres por fin está en paz. Al igual que la mía.

35

El sonido de las ruedas de mi maleta discurriendo por las calles empedradas de Bansko sirve de banda sonora de mi partida.

Tras el día once, la noche fatídica, el tiempo en las montañas ha sido perfecto: sol radiante y cielos despejados. Esa misma luz me acompaña mientras camino hacia la estación de autobuses donde, cuatro días después de haber llegado a Bansko, finalmente partiré de regreso a España.

Mi trabajo allí había terminado. El testimonio de Alexenia era más que suficiente para aclarar lo ocurrido, aunque el resto de piezas encajaron en su lugar. En el montaplatos del hotel se descubrió el falso techo. Ocultos sobre la cabina estaban la pistola de Vartav, un juego de jeringuillas usadas, paquetes de harina, una chaqueta con hombreras, un pasamontañas, una placa de acero con una bala incrustada y una bolsa con sangre. Una mezcla de objetos tan heterogénea como incriminatoria.

El mismo día de la declaración de Alexenia se hizo un análisis en busca de trazas de ketamina en el sistema de Bowman y en el cadáver de Vartav. Ambos dieron positivo.

Los rusos, furiosos por la traición de su empleador, serán juzgados como cómplices. Tal vez se libren de otros delitos pasados, pero no de estos.

A pesar de que han desaparecido los cargos contra Willow Bowman por los homicidios del hotel Esmeralda, sigue detenido. El caso de los Draganov se ha reabierto. Por la naturaleza de sus crímenes, la prescripción de los delitos es de treinta y cinco años. Las pruebas que él mismo había guardado son más que suficientes para asegurarse de que pasará el resto de su vida en prisión. Los policías de Bansko y Blagoevgrad tendrán trabajo durante meses para revisar el resto de sus documentos, que describen con detalle incidentes de malversación de fondos, elusión de impuestos y extorsión de cargos públicos, entre otros.

Bowman se ha negado a pagarme el resto del trabajo. Al parecer, no ha quedado satisfecho. A mí no me importa. Estoy más que

conforme con el resultado, y la mitad que me pagó al principio equivale a varios meses de sueldo por una sola semana de trabajo.

Además, no todo se mide en dinero. Hay casos que dejan otra clase de saldo. Y este, aunque me duela admitirlo, me ha marcado más de lo esperado. Por un instante, pienso en Alexenia. Una mujer capaz, inteligente… y destrozada por dentro. Su venganza le costó todo, incluso la libertad, pero en sus ojos, al final, vi una paz sombría. «Debo pagar por mis crímenes, así como él pagará por los suyos», dijo al final de su confesión. Quizá, de algún modo retorcido, su alma encontró descanso entre tanta oscuridad.

El móvil vibra en mi bolsillo. Me detengo en mitad de la calle. Los adoquines resbalan con la escarcha de la noche, pero no hay nadie cerca que me apure. Saco el teléfono. Es un mensaje de Max:

¿Ya vas de camino al aeropuerto o todavía te queda algo por hacer en ese pueblo perdido?

Sonrío, como si pudiera verme desde la otra punta de Valencia.

Dos días después de la comida, Max me escribió para saber cómo estaba. Le respondí con un escueto: «Estoy en Bulgaria, trabajando». Como era de esperar, no lo dejó pasar. Me lanzó tres mensajes seguidos, preguntando qué hacía tan lejos, si estaba bien, si alguien me había metido en un lío. Le contesté con monosílabos. Fui brusca, demasiado. Y aunque él al final se dio por vencido, sé que lo hizo por respeto, no por desinterés. Sigue siendo mi hermano pequeño, y lo único que hacía era preocuparse por mí. Desde entonces he querido escribirle con más calma, pero nunca encontraba el momento adecuado. Hasta ahora.

Camino a la estación para ir al aeropuerto. Esta tarde llego a Valencia.

Su respuesta llega rápido:

¿Y qué pasa con Singapur? ¿Te vas o te lo has pensado mejor?

Miro la pantalla durante unos segundos. Ha lanzado la pregunta como quien no quiere la cosa, pero se nota que la tenía atravesada desde hace días. Podría responder con una evasiva, algo vago, dejar el tema flotando. Pero no, esta vez no.

Singapur era solo una excusa. Ya no necesito escapar.

Tarda en contestar. Me da tiempo a levantar la vista y ver el valle abrirse en la distancia, blanco, brillante. El mismo pueblo que hace unos días me parecía una trampa. Ahora solo es un punto más en el mapa. Uno que ya puedo dejar atrás.

Me alegro.

Por cierto, el otro día hablé con papá… dijo algo de que tuvo que ver con lo de Bulgaria. ¿Es verdad?

Entorno los ojos al leer el mensaje. Por supuesto que él ya se ha atribuido el mérito. Una oportunidad disfrazada de generosidad. Pero no era más que otro intento de demostrar que sigo dependiendo de él. Que, incluso a kilómetros de distancia, sigue manejando los hilos.

Solo que esta vez el plan le ha salido mal. Porque no fue él quien me sacó de este caso. Ni su recomendación, ni su nombre, ni su sombra. Fui yo. Y eso le debe doler más que cualquier silencio mío.

Lo más irónico es que, por más que yo le ignore, él sigue ahí. En titulares, en entrevistas, en artículos de prensa. Todas las semanas. Como si se negara a desaparecer del todo. Como si el mundo aún tuviera algo que escucharle.

Pero en mi vida ya no hay espacio para él. Ni como figura. Ni como advertencia. Ni como excusa.

Miro el móvil y empiezo a escribir:

Claro que sí. Siempre necesita dejar claro que sin él no soy nada.

Max responde rápido:

Dijo que te estaba dando una oportunidad.

Mi contestación es instantánea:

Sí, una oportunidad envenenada. Y le ha salido el tiro por la culata.

Tardo unos segundos antes de enviar el siguiente mensaje:

Ya no forma parte de mi vida. Ni como padre. Ni como sombra.

La respuesta tarda un poco esta vez. Pero llega.

Entiendo… Supongo que cada uno tiene que poner sus propios límites.

Cuando vuelvas, me invitas a una cerveza y me cuentas todo lo de Bulgaria, ¿vale?

Respiro hondo antes de contestar.

Tú invitas. Yo llevo la historia.

Guardo el móvil en el bolsillo y reemprendo el camino. No hemos hablado de todo, ni falta que hace. Pero con unos pocos mensajes ha bastado para que las cosas vuelvan a su sitio.

Rodeo el pequeño edificio que es la estación de autobuses de ese pueblo y, entre los búlgaros que esperan al transporte, me encuentro a Jac Ros sentado en un banco garabateando con la pluma en su bloc de notas. Sus trazos son rápidos, casi ansiosos. Donde antes había duda en su semblante, ahora veo resolución. Entusiasmo contenido. Como si por fin hubiera encontrado aquello que llevaba tanto tiempo buscando.

—¿No nos despedimos ya anoche, en la cena? —digo.

Dejo la maleta en un lado y me siento junto al escritor.

—No tenía nada mejor que hacer esta mañana.

—¿Hasta cuándo te quedarás en Bansko? Supongo que ahora, que

ya no te encuentras en un hotel de lujo, no estarás tan cómodo en este pueblo.

—No te creas, el encanto lo tiene el pueblo y sus gentes, no el hotel. Aunque está claro que he perdido un muy buen lugar de escritura. Con suerte alguien retomará la dirección del Esmeralda.

—¿Serías capaz de volver a dormir ahí? —pregunto extrañada de que ese hombre quiera regresar al lugar en el que vivimos tanta tensión en una misma noche.

—Pues claro, ¿por qué no iba a querer?

—¿Se te ha olvidado el hecho de que asesinaron a tres personas y que nuestras vidas también peligraron entre esas cuatro paredes?

—¿Y? Ya arrestaron a Alexenia. Igualmente, los crímenes que ocurren dentro de mi cabeza son mucho más sórdidos, y tengo la penitencia constante de irme a dormir con ellos cada noche.

Suelto una carcajada ante su comentario. Ese hombre, al que ya llamo amigo, ha hecho esta experiencia intensa mucho más placentera.

Jac se queda en silencio un segundo más del necesario. Sus ojos se pierden en las montañas, recortadas a lo lejos contra el cielo blanco. No sonríe. Solo observa, como si aún viera sombras de aquella noche en las ventanas del hotel. Sus dedos juegan con la tapa de su pluma estilográfica, un gesto pequeño, casi imperceptible, pero que delata algo más profundo.

—Ha sido un placer compartir esta semana contigo —dice por fin, con una sinceridad que no necesita adornos—. Me has recordado por qué empecé a escribir misterio.

Lo miro, sorprendida por el cambio de tono.

—A veces, tras tantos superventas, uno olvida la pasión original… Esta semana la he vuelto a sentir.

Entonces me lanza una mirada cómplice, y sé que está a punto de proponer algo.

—Sé detectar una buena historia cuando la veo, y por tu forma de actuar y lo que sucedió estos días, sin duda esto lo es. Debería escribir un libro sobre ello. —Hace una pausa—. Pero no quiero contarla como un simple morbo de crímenes, ¿sabes? Quiero hacerlo bien. Mostrar lo que de verdad importó aquí: tu tenacidad, la justicia

para esas víctimas, lo que realmente ocurrió con los Draganov… ¿Me dejarías escribir esta novela contigo como protagonista?

Aunque mantiene su porte encantador, hay algo distinto en su expresión. Un leve brillo en la mirada, casi ansioso, que desentona con su actitud relajada. Como si, más allá del interés profesional, esa historia tuviera un peso personal para él. No parece solo una oportunidad comercial. Parece una forma de darle sentido a lo que vivimos. De procesarlo.

La proposición me pilla tan desprevenida que no sé qué decir. Pero a los pocos segundos, la parte analítica de mi cerebro se impone y me tenso.

—¿Qué saco yo de que escribas un libro sobre mí? —pregunto, cruzándome de brazos mientras evalúo su reacción.

Jac sonríe, pero hay algo calculador en su mirada. Se toma su tiempo antes de responder, como si estuviera ordenando sus palabras para una venta perfecta.

—Es una oportunidad de publicidad ideal. Estarías mostrando tu forma de trabajar y tu efectividad. La mejor manera de conseguir clientes ahora que te vas a convertir en una investigadora independiente.

Me dedica una sonrisa amistosa, pero sus ojos traicionan un interés genuino. Sabe que estoy considerando su propuesta.

—Este caso ya de por sí va a ser muy sonado —continúa—. A la gente le encanta cuando un magnate maligno de los negocios cae. Y si, unos meses después, un escritor superventas publica un libro contando el caso entero, narrado en primera persona por la investigadora que lo resolvió… Será un éxito seguro.

Me recuesto en el banco y desvío la mirada hacia la calle, donde unos turistas pasan hablando en voz alta. La idea de exponer mi trabajo así se siente extraña, como si dejara al descubierto algo que preferiría mantener en la sombra. Y, sin embargo, una parte de la idea me atrae en gran medida.

—Me parece bien —digo finalmente, y al volver a mirarlo noto el brillo triunfante en sus ojos—. Pero con condiciones.

—Adelante —responde Jac sin inmutarse. Ha venido preparado para negociar.

—Yo tengo que aprobar todo lo que cuentes. Tanto los hechos que se narran como mis pensamientos y mi forma de ser. Si me vas a tener de protagonista, quiero que sea lo más realista posible.

—No aceptaría de ningún otro modo. Te propongo este trato porque me interesas como personaje, así que quiero traspasar lo máximo posible de ti a la hoja.

—Bien. La segunda condición es que yo me llevo el cincuenta por ciento de las regalías.

—¡¿Cincuenta por ciento?! Creo que no tienes una idea clara de los porcentajes que se mueven en la industria. Ese…

—La mitad de lo que tú te lleves. A efectos prácticos, es como si escribiésemos este libro entre los dos.

Jac Ros frunce el ceño mientras examina mi expresión, buscando algún indicio de concesión. No lo encuentra. Durante un instante, su sonrisa se tambalea, como si no supiera si mantenerla o dejarla caer. Bajo ese gesto calculado percibo algo que no había visto antes: una pizca de inseguridad. Como si temiera que le diga que no. Como si, más allá del proyecto, esto significara algo más para él.

—Está bien, tenemos un trato —dice al fin, ofreciéndome la mano.

La estrecho con una satisfacción contenida. En ese momento, noto cómo Jac suelta el aire que llevaba reteniendo, como si mi acuerdo fuera un ancla que no esperaba que cayera tan pronto. Sonríe de nuevo, esta vez con sinceridad. Una sonrisa amplia, sin cálculo, como si ya estuviera viendo las primeras líneas del libro formarse en su cabeza. Y tal vez, con ellas, también la forma de reconciliarse con todo lo que acabamos de vivir.

—¿Y qué pretendes que aparezca en el libro? —pregunto, entre curiosa y precavida—. ¿Tu idea es sacar una novela negra de lo ocurrido en el hotel?

—Mi idea es contarlo todo.

—¿Todo? ¿Incluso esta conversación? —añado con una media sonrisa, pero Jac no varía su expresión.

—Por supuesto, esto dejará un cierre abierto en la novela para futuras investigaciones. Además, siempre he querido ser un personaje en uno de mis libros.

—¿Cómo que una serie? Yo solo he aceptado que escribas sobre lo

que ha ocurrido aquí en Bansko.

—No te preocupes, Val, ya hablaremos del resto. Pero dudo que este sea el único caso interesante que hagas en tu carrera profesional. Es más, ya tengo el título de la serie. —Como si estuviese anunciando el nombre del siguiente taquillazo de Hollywood, añade—: Valkiria Kross: detective internacional de lujo.

—Ni de broma —digo categórica, para bajarle los humos a quien unos minutos después de cerrar el trato ya se está tomando excesivas libertades creativas—. Es demasiado… presuntuoso. ¿Y por qué «de lujo»? Suena muy elitista.

—Primero de todo, queda perfecto. Y segundo, atraerá al tipo de clientes que quieres. Créeme, prefieres resolver los problemas de los ricos, ellos pagan mejor.

—No sé yo si diría que el trabajo que he hecho con Bowman es solucionar sus problemas.

Los dos nos miramos y estallamos en una carcajada.

Los siguientes veinte minutos se desdibujan en una conversación amena. Discutimos sobre el libro y sobre Bansko y su maldita habilidad para dejar huella en quienes lo visitan. Jac sigue defendiendo su título ridículo con la obstinación de un niño encaprichado, y aunque me resisto a admitirlo, empiezo a verle cierto encanto.

Finalmente, el autobús aparece a lo lejos, sus luces rompiendo la claridad helada de la mañana. Jac se pone en pie y me ofrece la mano con una sonrisa tranquila.

—Supongo que esto es un adiós temporal. No te desharás de mí tan pronto, Val. Aún tenemos un libro que escribir.

Su tono relajado choca con mi agotamiento, pero me sorprende notar que me resulta agradable. Aún no me he recuperado del todo de lo ocurrido en el hotel, pero esta conversación, por absurda que sea, me da un motivo para mirar hacia delante.

—Ya veremos —respondo mientras le estrecho la mano con fuerza —. Y no abuses de mi paciencia, Jac. No me he olvidado de nuestras condiciones.

Jac ríe y se aleja hasta desaparecer entre la gente. Subo al autobús y me desplomo en el asiento más cercano a la ventana.

Siento que mi cuerpo finalmente se permite relajarse, pero en mi mente, todo sigue girando con fuerza. Los crímenes, la investigación, la absurda idea de que un escritor quiera plasmar mi trabajo en un libro…

Es en ese momento cuando el teléfono vibra en mi bolsillo.

—Valkiria, ¿ya te vas a quedar a vivir en Bulgaria? —Su tono es de reproche, pero sé que me habla con una sonrisa.

—Perdona, Ferris, ya estoy de camino al aeropuerto. Los últimos días han sido un caos, como podrás imaginar.

Informé a Ferris sobre la investigación desde que hablamos por teléfono, pero mis mensajes eran escuetos y algo erráticos.

—Pues casi que te iba a decir que mejor te quedes a vivir en Bulgaria. No te haces una idea del cabreo que tiene el jefe. Los dos días que solicitaste se han convertido en cuatro. Y el hecho de que ni siquiera respondas a sus llamadas no ayuda a calmar sus nervios.

Miro por la ventana y disfruto de la vista de las montañas nevadas de Pirin. Decían que Bansko dejaba huella, y tenían razón. Volveré, tarde o temprano. Pero espero que la próxima vez no haya tantos muertos.

—No te preocupes, Ferris, el lunes me pasaré por la oficina y lo solucionaré. Le diré que dejo el trabajo.

Los primeros segundos solo obtengo un silencio preocupante, seguido de una carcajada atronadora que resuena al otro lado de la línea.

—Menuda diplomática estás hecha. No sé si eso ayudará a su cabreo, pero desde luego sabes erradicar un problema de raíz. Me alegro mucho por ti, Valkiria, he visto como se iba apagando tu energía conforme más tiempo pasabas en la agencia. Aunque sin duda te echaré de menos, este ha sido el año que más me he divertido desde que llegué aquí hace dos décadas.

Ferris tiene razón. Mi paso por la agencia Fabra había conseguido que terminara aborreciendo la mayor pasión de mi vida, y me llegara a plantear dejarlo todo.

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Vas a seguir por tu cuenta?

Tomo aire y, sin creerme que realmente vaya a decir esas palabras, respondo:

—No solo eso. Me voy a convertir en una detective internacional de lujo.

Jac dice que esto importa. Mucho

Yo no suelo pedir favores. Pero Jac insiste en que, si esta historia te ha tocado de algún modo —si te hizo pensar, dudar o te mantuvo en vela—, entonces deberías dejar una review.

Dice que es la única forma de que esta historia no se pierda entre algoritmos y portadas sin alma.

Así que aquí estoy, haciendo algo que no se me da bien: pedirte algo.

Un minuto de tu tiempo. Escanea el QR o entra en: kiannoren.com/review-valkiria-kross-1

Dejar una review es rápido. No duele. Y puede marcar la diferencia.

¿Vienes conmigo al siguiente caso?

Una vieja amiga taiwanesa me pide ayuda desesperada para encontrar a su hermana secuestrada.

Lo que parecía un caso aislado, se convierte en un juego macabro diseñado por un asesino en serie que se cree el salvador del mundo.

Cinco acertijos a contrarreloj. Una víctima que depende de nosotros.

Y un pequeño detalle: el tercer enigma… me lo manda directamente a mí.

Estás a un solo paso de entrar en el juego. Escanea el QR o entra en: kiannoren.com/valkiria-kross-2

Tú decides si seguimos adelante… o si la dejamos morir.

Un archivo que casi se va a juicio

Esto es lo último que tengo para ti.

La editorial preparó un Kit de Prensa para promocionar el libro. Jamás vio la luz.

¿Por qué? Porque cuando lo leí, amenacé con denunciarles si se publicaba.

Pero tú no eres el público general. Ya me conoces.

Así que aquí tienes la versión que yo recibí, con mis anotaciones, tachones y alguna nota pasivo-agresiva que no debería enseñar.

Escanea el QR o entra en: kiannoren.com/kit-valkiria

Y si lo filtras, asegúrate de que no sepa dónde vives.